

cuadernos
del cec - museo uabc



mexicali en tu voz

aidé grijalva
martha lilia mancilla villa
yolanda sánchez ogás
austreberto silva olivares

Los valiosos testimonios que conforman este volumen fueron galardonados en el concurso de historia oral Mexicali en tu voz, convocado por el CEC-Museo UABC. Representan, en su conjunto, un emotivo y ameno ejercicio de memoria de quienes han sido testigos privilegiados de la evolución de nuestra ciudad.

Mexicali
en tu voz

**Universidad Autónoma
de Baja California**

Alejandro Mungaray Lagarda
Rector

Gabriel Estrella Valenzuela
Secretario General

Jaime Enrique Hurtado de Mendoza
Vicerrector campus Mexicali

Guillermo Torres Moya
Coordinador de Posgrado e
Investigación

Everardo Garduño
Jefe del Centro de Estudios
Culturales-Museo

**Gobierno del Estado
de Baja California**

Eugenio Elorduy Walther
Gobernador del estado de Baja
California

José Gabriel Posada Gallego
Secretario de Educación y Bienestar
Social

Maricela Jacobo Heredia
Directora general del Instituto de
Cultura de Baja California

**Francisco Javier Cabanillas
García**
Director de Desarrollo Cultural

Mexicali en tu voz / Aidé Grijalva ... [et al.]. –
Mexicali, Baja California : Universidad Autónoma de
Baja California, Centro de Estudios Culturales-Museo, 2004.
249 p. ; 14 x 21.6 cm. – (Cuadernos del CEC-Museo UABC).

ISBN 970-735-004-0

I. Mexicali, Baja California – Historia. I. Grijalva,
Aidé. II. Universidad Autónoma de Baja California.
Centro de Estudios Culturales-Museo. III. Serie.

F1246 .M4 M495 2004

FAM/amm/04-11-04

©DR. Universidad Autónoma de Baja
California.
Centro de Estudios Culturales-Museo.
Av. Reforma y calle L, colonia Nueva,
21100.
Mexicali, B. C. México

Correo electrónico:
cecmuseouabc@hotmail.com
Teléfonos: (686) 554-19-77 y 552-57-15.

©DR. Instituto de Cultura de Baja
California.
Av. Álvaro Obregón 1209, colonia
Nueva, 21100.
Mexicali, B. C. México.
Teléfono: (686) 553-50-44 y 554-19-91.

Edición y formación:
Aljibe Editorial.
Diseño de portada:
Virginia Aldana.



ÍNDICE

PRESENTACIÓN5

MIRÍADAS MEXICALENSES EN LA VOZ
DE MARÍA GUADALUPE SÁNCHEZ LEÓN. . .29
Aidé Grijalva y Martha Lilia Mancilla

LUIS CONTRERAS NAVARRO
LA MÚSICA ES SU VIDA..123
Yolanda Sánchez Ogás

REMEMBRANZAS DE AUSTREBERTO
SILVA OLIVARES.191
Austreberto Silva Olivares

1910

Index

1. Introduction
2. The first part of the book
3. The second part of the book
4. The third part of the book
5. The fourth part of the book
6. The fifth part of the book
7. The sixth part of the book
8. The seventh part of the book
9. The eighth part of the book
10. The ninth part of the book
11. The tenth part of the book
12. The eleventh part of the book
13. The twelfth part of the book
14. The thirteenth part of the book
15. The fourteenth part of the book
16. The fifteenth part of the book
17. The sixteenth part of the book
18. The seventeenth part of the book
19. The eighteenth part of the book
20. The nineteenth part of the book
21. The twentieth part of the book
22. The twenty-first part of the book
23. The twenty-second part of the book
24. The twenty-third part of the book
25. The twenty-fourth part of the book
26. The twenty-fifth part of the book
27. The twenty-sixth part of the book
28. The twenty-seventh part of the book
29. The twenty-eighth part of the book
30. The twenty-ninth part of the book
31. The thirtieth part of the book
32. The thirty-first part of the book
33. The thirty-second part of the book
34. The thirty-third part of the book
35. The thirty-fourth part of the book
36. The thirty-fifth part of the book
37. The thirty-sixth part of the book
38. The thirty-seventh part of the book
39. The thirty-eighth part of the book
40. The thirty-ninth part of the book
41. The fortieth part of the book
42. The forty-first part of the book
43. The forty-second part of the book
44. The forty-third part of the book
45. The forty-fourth part of the book
46. The forty-fifth part of the book
47. The forty-sixth part of the book
48. The forty-seventh part of the book
49. The forty-eighth part of the book
50. The forty-ninth part of the book
51. The fiftieth part of the book

1911

1912

PRESENTACIÓN.

El deber de la memoria es el deber de los descendientes
y tiene dos aspectos: el recuerdo y la vigilancia.
La vigilancia es la actualización del recuerdo.

Marc Augé

Los trabajos contenidos en este texto, fueron originalmente elaborados para el concurso *Mexicali en tu voz*, el cual convocó a la comunidad para que escribiera sus memorias o entrevistara a residentes locales. El concurso, realizado en septiembre de 2003, fue organizado por la Universidad Autónoma de Baja California, a través de Extensión Universitaria y del Centro de Estudios Culturales-Museo. En el evento se invitó a participar a la población mexicalense interesada en el rescate e investigación sobre la historia y la cultura de la región.

ESTA HISTORIA SERÁ CONTADA POR UN ...

La investigación histórica contemporánea busca explicar la continuidad, la ruptura o el cambio social en los procesos históricos; en ellos participa activamente la comunidad y a ella nos acercamos, en buena medida, a través de la historia oral¹. El rescatar los testimonios orales de antiguos residentes, y de otros que no por ser más jóvenes son menos conocedores, nos lleva a entender cómo vivieron los protagonistas los hechos históricos, en qué rol les tocó participar, qué los motivó, qué hicieron, qué pensaban de lo que ocurría, en fin, el ámbito subjetivo de la historia. Al buscar la mirada de diversos actores mexicalenses se proporciona una versión de los hechos que ya no resulta tan homogénea, al recopilar testimonios de religiosos, empresarios,

¹La historia oral es una alternativa metodológica para la creación de fuentes de información; es una opción para llegar a una investigación integral, con la cual ampliaremos la perspectiva de un objeto de estudio. La historia oral rescata la elaboración sociocultural de la historia como es percibida por el individuo, además incorpora nuevos actores a la historiografía. Esta metodología construye sus testimonios mediante la técnica de la entrevista. Atendiendo a Collado Herrera, la define como “una metodología creadora o productora de fuentes para el estudio de cómo los individuos (actores, sujetos, protagonistas, observadores) perciben y/o son afectados por los diferentes procesos históricos de su tiempo.” Véase: María del Carmen Collado Herrera, *¿Qué es la historia oral?*, en Graciela de Garay (coord) *La historia con micrófono*, México, Instituto Mora, 1994.

políticos, músicos, maestros, obreros, ejidatarios, ferrocarrileros, de hombres y mujeres en general. Ellos nos ofrecen interpretaciones del pasado de acuerdo a su visión del mundo y a la posición social que ocupan en el momento de sus relatos, lo cual enriquece y diversifica nuestra visión de un pasado plural. Así, la historia oral considera el ámbito subjetivo de las prácticas sociales y su acontecer en el tiempo.

El testimonio, producto de la memoria del entrevistado, pone de manifiesto “la acción individual en el cambio social”², pues al conocer la participación activa de los protagonistas en los hechos sociales, nos percatamos que no actuaron debido a un determinismo social, como meros títeres de su contexto histórico, sino que imprimieron sus marcas de identidad, un elemento subjetivo. A partir de la acción individual y del contexto social los mexicalenses construyeron el devenir histórico. Bajo este marco es necesario continuar apoyando el rescate de la memoria individual ya que nos proporciona una parte importante en la construcción de una visión integral de nuestro pasado remoto.

En la construcción de testimonios, los interlocutores elaboran descripciones de hechos del pasado en donde hay elementos subjetivos,

² Paul, Thompson, “*Historias de vida y análisis del cambio social*”, en *Historia Oral* comp. Jorge Aceves Lozano, México, Instituto Mora, Universidad Autónoma Metropolitana, 1993, p.p. 117-135.

como ya se señaló, pero también encontramos en sus discursos rasgos de la memoria colectiva, la que nos muestra el terreno de las creencias y de las tradiciones. Así, los testimonios orales son un gran resguardo del imaginario social, en buena medida aún desconocido para nuestros académicos. En los trabajos rescatados a través de este concurso, encontramos que la memoria individual y la colectiva se entrecruzan en las amenas charlas con los residentes mexicalenses. Tanto la memoria individual como la colectiva divergen por su contenido pero se complementan y finalmente integran junto a la memoria oficial. Esta última, es la ya conocida y estudiada por todos; está caracterizada por referentes culturales como monumentos, museos y libros. Tanto la memoria individual, como la colectiva y la oficial, deben confluír en la memoria histórica, la que se necesita enseñar en las escuelas, la que nos da sentido de pertenencia, la que nos hace apropiarnos de nuestro entorno inmediato y que genera identidad.

DA FE DE LA EXISTENCIA Y PASO POR ESTAS TIERRAS ...

Pero, la importancia del concurso convocado por el Centro de Estudios Culturales-Museo, no sólo radica en la aportación de la perspectiva del mundo interior de nuestra sociedad y en los testimonios que se convierten en adelante, en fuentes de investigación histórica. Este evento

también es valioso por el proceso que genera internamente, tanto en las personas que escriben sus memorias (autobiografías) como en las que son entrevistadas (historias de vida). La mayoría de los trabajos que se presentaron en este concurso se centraron en la elaboración de autobiografías, en donde los autores escribieron sus memorias con el fin de “recobrar el movimiento de su vida”, de hacer una retrospectiva de su propia historia y vincularla con la historia mexicalense. Todos giraron alrededor de un tema: el telégrafo, la academia, el deporte, la música, la política o el servicio militar en Estados Unidos. Los otros trabajos presentados tienen que ver con la elaboración de *historias de vida*³ que fueron realizadas por un familiar, un alumno o un académico. En éstas, la narrativa se estructura a través del ciclo vital del individuo (infancia, adolescencia, juventud, etc.) y se vincula con las relaciones afectivas de los entrevistados que según el caso son familiares, amigos, vecinos, con las instituciones en las que participaron, como la escuela, el partido político; así como sus vivencias y relaciones con el entorno, por ejemplo: el desarrollo de los barrios, los oficios, los comercios y las fiestas, en los que se relacionan durante cada

³ Se podrá encontrar más información acerca de la historia de vida e historia oral temática en: Jorge Aceves Lozano *Un enfoque metodológico de las historias de vida*, en *Cuéntame tu vida Historia oral: historias de vida*, coord., Graciela De Garay, México, Instituto Mora, 1997.

periodo de su vida. En ambos tipos de trabajos tenemos un beneficio para el autor, pues en la autobiografía, durante el transcurso de la construcción del testimonio, cuando se estructura el discurso acerca del pasado, en ese momento se da forma y sentido a su propia existencia. Asimismo, en la historia de vida, el aliciente afectivo de los trabajos, será que la comunidad valore o identifique a un personaje o una institución.

¿QUÉ GUARDA LA MEMORIA DE LA USANZA DE AQUEL TIEMPO?

La información que contienen los trabajos se puede clasificar en tres apartados: de datos concretos, de prácticas sociales y de evocaciones significativas. En el primer caso se ofrecen datos de hechos como nombres, fechas o lugares, ya que los participantes tuvieron una legítima preocupación por identificar y dar a conocer al lector, por ejemplo: nombres de trabajadores de cierto oficio, las familias fundadoras de un barrio o el fundador de una escuela o institución. En cuanto a la información testimonial que nos muestra prácticas sociales, se refiere a la entrevista que se centra en algún aspecto en el que se realiza un estudio a profundidad. Este tipo de información describe lo más minuciosamente posible un acontecimiento, el cual pudo haberse realizado en diversos ámbitos: económico, social,

religioso, político y cultural. Como ejemplo, de prácticas sociales religiosas, en este concurso tenemos la historia acerca de la Academia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro e Instituto Félix de Jesús Rougier, en la que una alumna recuerda sus vivencias de niña en la escuela, y con cariño nos acerca a las misioneras Eucarísticas de la Santísima Trinidad, dedicadas a la educación, al mencionar en parte del texto:

“Sentíamos que las madres nos daban tanto, que de alguna manera queríamos corresponder a lo recibido, y se hizo una tradición que para el 20 de noviembre, aniversario de la Congregación de nuestras M.E.S.S.T., todas las alumnas que podíamos les llevábamos serenata. A las 5:30 a.m. papá me acompañaba y se regresaba a casa. Todas en completo silencio, o hablando muy quedito, esperábamos hasta que había un buen número de muchachas para empezar las mañanitas. También cantábamos, con la melodía de *Palomas mensajeras*, esta canción:

*Y la aurora despierta en 20 de noviembre,
La luna se ha ocultado tras de un alto pinar
¡Hay que gozar! ...*

Nos abrían la puerta, las felicitábamos, y a las 6:30 pasábamos a la Capilla para la Misa de Acción de Gracias. Nuestros papás o mamás, aunque no se quedaban a la serenata, siempre nos llevaban y nos cuidaban. Luego algunos volvían para la misa. ...”

Así, el trabajo rememora prácticas sociales de antaño, que son rescatadas y cuidadosamente descritas a partir de la memoria de quien participa. Este nivel de información, a diferencia del que sólo identifica un evento, es más completo ya que nos dice el procedimiento o cómo se realizaba tal evento; se vuelve pues, lo más descriptivo posible. Cuando el testimonio posee más rasgos explicativos es más valioso, debido a que las prácticas sociales con el tiempo desaparecen o se recrean. Asimismo, este tipo de información nos habla de las relaciones, normas y procesos que estructuran y sustentan la vida social; en este sentido, a continuación presentamos un fragmento de una historia contada por un telegrafista mexicalense, en donde se menciona:

Cuantos recuerdos hermosos habrá en la mente de quienes hicieron uso del servicio del telégrafo en los años 50s y 60s. Aquella época cuando todavía reinaba el romanticismo. Cuando todavía se originaban los telegramas mediante la señal de la clave morse, formada por puntos y rayas que cruzaban rápidamente de un estado a otro, en el país entero y de un país a otro, o de continente a continente. Cuando los telegramas eran como vitaminas de la vida, y era casi la única comunicación afectiva y efectiva. Cuando el dinero enviado por el ausente jefe de familia era esperado el fin de semana o de quincena para cubrir las necesidades más apremiantes. Cuando a las puertas de la casa era esperado el telegrama con buenas

noticias y noticias malas; cuando la novia o el novio esperaba el mensaje amoroso enviado desde la misma ciudad, de una colonia a otra. Tiempos hermosos y pasados...

Era común los días de celebración de santos populares como: Juan, Pedro, Pablo, Guadalupe, Enrique, Francisco, Carlos, etc., el enviar telegramas a todo el país, a los amigos, hermanos o parientes con estos nombres, por lo que en estas fechas no cabía la gente en las oficinas, siendo miles de telegramas que depositaban para ser enviados a toda la república como antes se afirma.

En la historia de vida de este telegrafista, se observa que su testimonio contiene información de primer nivel, datos, y descripciones de prácticas de la sociedad en torno al uso del telégrafo, pero también descubre algunas relaciones sociales que, con el transcurrir del tiempo y los cambios tecnológicos, ya no continúan de la misma forma.

Por otra parte, en los relatos de vida encontramos otro nivel de información, el de los significados, es decir, las ideas que quieren transmitir las personas que cuentan su vida, su visión del mundo particular, acerca de cierto tema. Por ejemplo, tenemos los testimonios de dos residentes de la comunidad indígena de San José de la Zorra; en el párrafo que se seleccionó, ellos hacen referencia al significado que le dan, a lo que para ellos significa ser un indígena:

Ser indígena es pues, que uno tiene sus costumbres y tiene su modo de pensar uno como indígena. Porque el pensamiento de un mexicano y un indígena no es igual. Un indígena, como se la pasa uno aquí encerrado, y ta' uno nomás mirando, y el mexicano no, siempre lleva la delantera todo el tiempo.⁴

Rito Silva Topete. (nació en 1965)

Un indígena es igual que otra persona, como yo también soy indígena y dicen que no parezco. Un indígena es el que habla el idioma de aquí, que sabe todo lo de aquí, que ha nacido aquí, que sus padres son de aquí, lo más importante es su lengua y la artesanía.⁵

Arcelia Ojeda Meléndrez. (1983)

Por otra parte, aunque los trabajos presentados en este concurso "Mexicali en tu voz", aportan prácticas sociales mexicalenses que nos llevan a la comprensión de normas sociales, de tradiciones y creencias, y por ello, todos fueron valiosos; sin embargo, los trabajos elegidos por el jurado, del cual formé parte, se distinguieron por ofrecer una

⁴ Entrevista realizada a Rito Silva Topete, por Carlos Alberto García Cortés en San José de la Zorra, El Valle de Guadalupe, Ensenada, Baja California, el 25 de abril de 1997. Archivo de la Palabra de la Universidad Autónoma de Baja California, Instituto de Investigaciones Históricas, [en adelante AP-UABC-IIH] PHO/E/1/67(1).

⁵ Entrevista realizada a Arcelia Ojeda Ramírez, por Leticia Bibiana Santiago Guerrero en San José de la Zorra, El Valle de Guadalupe, Ensenada, Baja California, el 2 de mayo de 1997, AP-UABC-IIH/PHO/E/1/69(1).

mayor información sobre diversas prácticas sociales e información significativa. La información que proporcionan estos trabajos enriquece la comprensión del pasado mexicalense. A continuación presento los testimonios orales premiados en este concurso.

MIRÍADAS MEXICALENSES

Este trabajo nos ofrece aspectos de la vida familiar, social y cultural mexicalense, en particular, es un ejemplo de la división de papeles sociales, ya que con una perspectiva femenina, destaca los imaginarios acerca del rol femenino o masculino en el ámbito familiar. El hilo conductor del testimonio es la formación de una conciencia política y social de la protagonista. Se estructura la narración a partir del ciclo vital: los orígenes de la familia, la niñez, continúa con su adolescencia, su juventud y la interpretación del pasado, concluye en la edad adulta. Entreteje su relato con las instituciones y ámbitos con los que se vinculó en cada etapa de su vida: la escuela, las agrupaciones religiosas o civiles y en especial las de índole político.

Nuestra protagonista nació en 1948, por lo que sus vivencias se remontan a su niñez en el marco de la década de los años cincuenta. En el inicio de su relato recuerda a sus ascendientes, evoca las reuniones familiares y los espacios públicos idóneos para contar historias, recuerda

cómo se transformó esta convivencia, y también los héroes de sus pláticas de niños, al incorporarse la televisión a su vida cotidiana, pues sus personajes preferidos cambiaron, de la figura del abuelo o familiares, pasaron a ser los personajes de caricaturas, series y telenovelas.

En lo referente a la diferenciación de los roles de género en el hogar, muestra algunas de las miradas del hombre y la mujer, al describirnos los modelos femeninos en su infancia; por ejemplo, el de la mujer de actitud sumisa a las decisiones de su esposo, mujer de un barrio popular, dedicada al hogar, cuyo mundo familiar y social era la relación con los hijos, el esposo, los familiares y los vecinos del barrio. Mujer que socialmente hacía pensar que sufría infidelidades del esposo por el bienestar de los hijos. También identifica el estereotipo de la maestra como modelo alternativo, la describe como mujer de estudios, preocupada por su aspecto personal y que trabaja fuera del hogar. Asimismo, nos describe el machismo del conyuge masculino, con características de mujeriego, orgulloso de haber regado hijos, pero responsable en su manutención. La protagonista narra su conflicto interno al descubrir la infidelidad del padre, pues se debate entre sus creencias religiosas, inculcadas en la escuela católica, y el enfrentamiento social, al tocar el tema del padre infiel, con las amigas o vecinos. Del mismo modo, describe cómo la

relación con los medios hermanos era distinta bajo la condición masculina o femenina.

Otro tema relevante es la forma en que las generaciones se acercan a la educación. Nuestro personaje recuerda la generación anterior, la de sus padres, que habían estudiado sólo en la escuela primaria, pero que sin embargo, para ellos, era muy importante que sus hijos estudiaran una carrera universitaria. Por otra parte, para la generación de nuestra protagonista, el contexto de las políticas del sistema educativo procuró ampliar la oferta educativa en los centros urbanos. Así, en Mexicali, se incrementaban las escuelas de diversos niveles y la UABC estaba en pleno desarrollo para servir de base a una movilidad social más amplia. Bajo este marco, el testimonio ofrece las vivencias de la entrevistada en las escuelas de nivel básico, medio y superior. Narra cómo en el ambiente preparatorio su percepción “subdesarrollada de la política”, como ella menciona, fue elevándose a partir de la lectura de periódicos, de las charlas y estudios con sus compañeros preparatorianos “marxistas”, incremento cultural que la llevó a ubicar, como ella señala, “el problema familiar como una manifestación de un sistema discriminatorio, subdesarrollado”. En su relato menciona cómo su proceso de formación política se aceleró con su ingreso a la Escuela de Ciencias Políticas. Asimismo, entrecruza sus reflexiones con el desarrollo de la UABC. Instituciones universitarias

y su preparación profesional la condujeron a reflexiones internas acerca de su forma de ver el mundo, y se encontró entre el ateísmo del marxismo y su herencia católica de percibir el mundo. Por todo ello, la historia de vida es rica en su contenido, a través de la lectura nos vamos encariñando con la protagonista, al seguir la narración por una trayectoria de sucesos, que muestran cómo evolucionando su apreciación en cuestiones políticas y sociales.

EN LA HISTORIA DE VIDA DE LUIS CONTRERAS NAVARRO

Don Luis nació en Mexicali, en 1933. En la narración de su historia de vida, centra el relato en su niñez, por lo que a partir de sus recuerdos, paulatinamente vamos conociendo el Mexicali de los años cuarenta del siglo xx. Estructura su relato de acuerdo a su relación con el entorno: inicia con los orígenes sinaloenses de la familia, continúa con la Escuela Cuauhtémoc, el escenario natural, su barrio de San Isidro, la composición social de la población de su niñez, sus recuerdos con la población de origen chino y japonés; don Luis da atención a la estructura espacial de Mexicali: cómo fueron formándose algunas colonias y sus personajes, el límite del pueblo, el primer cuadro de la ciudad, los edificios del viejo Mexicali y el mercado municipal. Describe el pueblo de Mexicali y el poblado de Caléxico, así como de

los antiguos caminos para llegar a Mexicali y los medios de transporte de los años treinta y cuarenta. Incorpora vivencias de los lugares de diversión de los años cuarenta, como la fiesta de los toros, las peleas de box y el parque Hidalgo como espacio público de esparcimiento por excelencia.

No obstante, el hilo conductor del relato de don Luis es su amor a la música, y entre sus remembranzas de la escuela o el pueblo, va entretejiendo recuerdos de su oficio, los recuerdos de niño de la orquesta del cuerpo de policía al cual perteneció su padre. Don Luis, al escudriñar su pasado, se siente orgulloso de su herencia cultural familiar en torno a la música. Así, en su relato nos identifica con dos generaciones de músicos mexicalenses. En su plática, da cuenta de la época de la Ley Seca, de la década de los años veinte y principios de los treinta, cuando su padre alternaba con músicos, que en su mayoría, eran de Estados Unidos, pues a la clientela americana le gustaba escuchar su música familiar; además, nos relata que en estos años se traían variedades de Las Vegas, Nevada. Este marco contrasta con la historia que a don Luis le tocó vivir durante el auge algodónero de los años cuarenta. Menciona que en las cantinas tocaban músicos de Sinaloa, Sonora y Jalisco y que en ese entonces se prohibía llevar licor a los ejidos, por lo que los campesinos venían al pueblo a divertirse. A través de la historia de don Luis, conocemos una parte de la historia de la música

mexicalense, por lo que le agradecemos el compartir con nosotros sus recuerdos.

REMEMBRANZAS DE AUSTREBERTO SILVA OLIVARES

El eje de análisis de la historia de vida de Austreberto Silva Olivares, es su oficio como maestro. En su narración utiliza el ciclo vital para estructurar su discurso, inicia con la niñez, continua con la adolescencia, la juventud y termina en la edad adulta. Su trayectoria nos muestra cómo fue sembrando sus enseñanzas en sus alumnos, y a su vez cómo se fue formando como maestro en los diversos centros educativos, en los que a lo largo de su vida ha servido con vocación y cariño. Para el maestro Austreberto, el magisterio es un oficio familiar. Bertaux menciona que la madre y la familia juegan un papel importante en la construcción del *microclima moral*: “esto significa que la atmósfera moral donde los niños crecieron es crucial no sólo para formar su personalidad, y de ahí sus metas en la vida, sino también para las consecuencias actuales de su propia conducta en su itinerario social”⁶. Así, la historia de familia del maestro Silva Olivares gira en torno al oficio de maestro. En sus recuerdos de las conversaciones familiares, nunca faltaba el tema de la enseñanza; así, bajo

⁶ Bertaux, Daniel, *Genealogías sociales comentadas y comparadas en Culturas Contemporáneas*, vol. VI/ núm. 16-17/1994, México, Universidad de Colima, p. 343.

esta atmósfera, se fue formando su vocación por la docencia. Sus padres Pedro Silva Silva y Concepción Olivares Vite, fueron profesores y sus hermanos Magdalena y Arturo también siguieron su ejemplo. Su tío, el profesor Andrés Silva Vite, de la rama materna hidalguense, llegó a Baja California en 1912 y posteriormente se forjó una trayectoria como educador en el estado, vocación que heredó a sus hijos.

Su relato se estructura a partir de dos espacios geográficos: los sucesos acontecidos en la ciudad de México donde radicó y los llevados a cabo a su retorno a Baja California. En un primer momento selecciona sus recuerdos de la ciudad de México, nos narra su formación académica, menciona las escuelas en las que estuvo inscrito, describe sus edificios, en algunos casos, menciona cómo actualmente las instalaciones educativas albergan instituciones culturales; asimismo recuerda sus compañeros de estudio y los eventos políticos que vivió como alumno. De esta etapa, nos platica la anécdota de cómo decidió seguir el oficio de odontólogo como profesión y maestro por vocación, pues los conocimientos adquiridos como cirujano dentista en la Escuela Nacional de Odontología, le sirvieron de base para emprender una próspera carrera como maestro de materias que tenían que ver con las ciencias naturales. Evoca sus primeros recuerdos como maestro en el ejercicio de su servicio social y cómo fue orientado por sus padres.

En un segundo momento de su narración, nos relata sus motivos para migrar a la Baja California, pues con su carta de pasante bajo el brazo regresó para cumplir su servicio social en Mexicali y tuvo un reencuentro con su familia. Narra su viaje en el tren Sud-Pacífico y su trasborde en el Sonora-Bajacalifornia; nos habla de su experiencia al observar el entorno natural en el viaje, acompañado de braceros y la visión que tuvo a su llegada a Mexicali a principios de la década de los cincuenta. A partir de la prestación de su servicio profesional, su desarrollo como profesionista se llevó a cabo en las instituciones educativas e instituciones públicas de salud; en ambas, en su mayoría, participó como fundador. La llegada del maestro Silva Olivares a principios de la década de 1950, ya como profesionista, coincidió con el contexto en el que en la Baja California inmigran profesionistas que en buena medida serán los fundadores de nuestras más importantes instituciones. Fue una generación que académicamente se formó fuera del estado, pero que sienta las bases para formar profesionalmente a bajacalifornianos en nuestra propia tierra. Bajo este marco, narra cómo en 1953 instaló su consultorio, actividad que alternó con la docencia en varios centros educativos como la Escuela Normal Urbana Fronteriza de Mexicali, Escuela Cuauhtémoc y en diversas escuelas de la Universidad Autónoma de Baja California. Igualmente, prestó sus servicios en

dependencias públicas como Servicios Médicos Municipales y el Instituto Mexicano del Seguro Social. Finalmente, agradecemos al maestro Silva Olivares, por compartir su experiencia en la docencia y por ser formador de jóvenes bajacalifornianos.

HISTORIAS DOMÉSTICAS, PINCELADAS DE IDENTIDAD

Los testimonios orales que aquí presentamos, nos ofrecen aspectos de la identidad en Mexicali de las décadas de los años cuarenta y cincuenta principalmente. Nos permiten construir una imagen de la ciudad de aquellos años, la cual se ha ido transformando conforme la urbanización avanza, entre otros factores. Los relatos de vida muestran aspectos de la experiencia de residir en la frontera, tales como la historia de la migración; también descubren nuevos rasgos de la ciudad. Muestran que la gente provenía de otros estados de la república debido, entre otros, al programa bracero (1942-1964), pero que sin embargo, la población nativa o "cachanilla" iba en aumento. Como uno de los efectos de la migración constatamos que la familia estaba dispersa, por ejemplo el abuelo o el padre residían en el lugar de origen, los hermanos vivían en Caléxico o Sinaloa y nuestro personaje en Mexicali. La diversidad en el origen de la población incluye a los extranjeros como chinos y japoneses. En el primer trabajo seleccionado en este concurso

“Miríadas mexicalenses” seleccionamos un fragmento que hace referencia a la población:

Esas historias con frecuencia las escuchábamos embelesados mis hermanos y yo, como otras de los personajes de mi familia materna, pues a mi casa llegaban los parientes de mi mamá que venían con el propósito de cruzar a Estados Unidos, convirtiendo nuestra casa en punto de llegada. A mí me gustaba mucho porque en las noches, a la hora de la cena, pasaban por nuestra imaginación los relatos, algunos parecían fantásticos; así, nos enterábamos de historias familiares...

... Mi tía Concha se vino para el norte y mi tío Cruz, su esposo, trabajaba de cocinero con mi papá en la Casa del Borde ahí llegaban los braceros que iban a cruzar la frontera, ... Mi papá era mayordomo de una compañía agrícola del valle Imperial y le dieron esa concesión. El restaurante estaba en Heber, a veinte minutos de Caléxico...

En este marco, el ferrocarril Sonora-Baja California fue un elemento importante para la llegada de nuevos habitantes y también, en el caso de los pobladores de primera generación que radicaban en Mexicali, era el medio idóneo para su regreso al terruño. Esta población que inmigró en este período, propició el avance de la urbanización, la que a su paso fue formando las colonias y fraccionamientos.

Asimismo, los testimonios mencionan algunos oficios característicos mexicalenses, como

el cultivar la tierra y producir algodón o trabajar en Valle Imperial y vivir en Mexicali. Así, un clima extremo y el trabajo duro fueron formando un tipo de población. En este marco, el testimonio de don Luis Contreras Navarro, nos narra un pasaje acerca del trabajo de los pobladores:

El abuelo se quedó en Sinaloa; mi abuela se vino a buscar trabajo porque tenía unos parientes aquí, quienes después se fueron a vivir a Estados Unidos. ... Mi abuela tenía un hermano que vivía en Caléxico, por la calle primera, cerca de una tienda La voz del pueblo, por eso se animaron a venir a Mexicali. Mi papá al principio no tenía establecido domicilio fijo; trabajaba al otro lado y en el valle en las pizcas de algodón. Mis abuelos maternos después tenían un rancho enfrente de la estación de ferrocarril Intercalifornia, exactamente enfrente del tambo a donde llegaba el tren a tomar agua, estación García Cucapá se llamaba... De chamacos íbamos al rancho cada semana, en ese tiempo nos íbamos en calesas jaladas por caballos. Calesas donde se transportaba algodón, alfalfa, trigo, mandado...

Por otra parte, Austreberto Silva Olivares nos ofrece una rica descripción de un pasaje en el que incluye la percepción de sus sentidos y sus emociones. Apreciaciones del entorno de principios de la década de los años cincuenta, pues señala:

Sus calles amplias y tranquilas, las casas de madera de una planta y techos de dos aguas con su característico porche o recibidor cuadrado; muchas de ellas rodeadas de plantas y arbustos. Ausencia de altos cercos o bardas que permiten visualizar jardines o espacios con sillas de descanso y camastros o catres bajo los árboles... casas con piso superior que tiene tejado y en lugar de paredes, se observan mallas de alambre o mosquiteros, que son los espacios donde duermen los moradores para disfrutar de las noches frescas de verano. También percibo un suave olor almendrado que se esparce por toda la ciudad y que proviene de la Compañía Industrial Jabonera del Pacífico. Desde Mexicali se puede observar el paisaje de tierras extranjeras donde se dejan ver los ricos campos agrícolas que rodean la pequeña ciudad de Caléxico y que forman parte del Valle Imperial de California E.U.A.

En este fragmento, el maestro Silva Olivares muestra cómo sus ojos captaron e interpretaron el viejo Mexicali; además menciona, que un elemento del entorno de esos años eran los grillos grandes y oscuros, los cuales tronaban al ser pisados, esto antes de que se extendiera la costumbre de fumigar. En la narración también se hace referencia a la interacción con el río Colorado y el golfo de California, que contrastan con el clima caluroso y los atardeceres polvorosos.

Los trabajos elegidos en este concurso nos ofrecen relatos cotidianos y una mirada a

la ciudad que se ha construido. Las voces de la historia de Mexicali se dan a la tarea de registrar, organizar y conservar la memoria colectiva. Así, a través de este concurso de historia oral se impulsa el estudio de la historia social, regional y contemporánea de la entidad. El CEC-Museo de la UABC abre otro espacio para contar historias, en donde los autores comparten con la comunidad la continua recreación de su historia local. Aquí se plasma en tinta la voz de residentes de Mexicali; como menciona Bertaux, se percibe el proceso de “trasmutar la palabra en texto por la magia de la escritura”⁷. Aunque ésta no permite ver sus miradas melancólicas o alegres, escuchar sus voces ya débiles o firmes, percibir la forma en que enfatizan su discurso con el movimiento de sus manos, sentir su entusiasmo al recordar el Mexicali antiguo y observar sus labios cenizos producto de largas pláticas. No obstante que no veamos todo ello, que da más significado al relato, tenemos a cambio las historias amenas, atractivas e impregnadas de la visión del mundo del autor, ámbito en el que nos permiten acercarnos y entender su realidad. Escenarios que sólo sus propios actores nos pueden contar, describir y significar.

L. BIBIANA SANTIAGO GUERRERO

⁷Daniel Bertaux, “Los relatos de vida en el análisis social” en *Historia Oral*, op. cit., p.144.

MIRÍADAS MEXICALENSES EN LA VOZ DE
MARÍA GUADALUPE SÁNCHEZ LEÓN

Aidé Grijalva y Martha Lilia Mancilla

MIRADAS MEXICALISES EN LA VOZ DE
MARIA GUADALUPE SANCHEZ LEÓN

Juan Gutiérrez y María Lilia Martínez

I

Hace unos días, en esas tardes justo cuando comienza la noche, recordaba esos atardeceres de Mexicali, llenos de polvo, en mi barrio de la colonia Pueblo Nuevo. No hacía frío ni calor, debe haber sido por el mes de abril de 1956, yo tenía ocho años, venía con el pan de La Zacatecana, la tiendita de la esquina de la calle 11 y Tabasco en la carretera a Tijuana, cuando comencé a escuchar un altavoz. Había un mitin, el primero que recuerdo.

Al llegar a la esquina de mi casa, en la avenida Veracruz, vi varios carros parados en medio de la calle; al irme acercando, escuchaba al orador que hablaba de la corrupción del gobierno, de la delincuencia, de la arbitrariedad de las autoridades, del enriquecimiento de los políticos y de la pobreza del pueblo. Me comenzó a interesar mucho lo que decía y me senté en el cofre de un carro para seguir escuchando, sin detenerme a pensar que estaban esperándome en mi casa. Me aventé todo el mitin, todo lo que decía aquel hombre parecía real, le ponía emoción a

sus palabras y los presentes, unos 30 vecinos, no perdíamos detalle.

Reflexioné y sentí que las cosas no estaban bien, que el mundo no era inmutable, que podía cambiarse; ¿cómo podía haber hombres tan abusivos, tan malos con la gente, que nos robaban?

Llegué a mi casa tan sumergida en mis pensamientos, que apenas escuché a mi mamá cuando me preguntaba muy preocupada por mi tardanza; le comenté lo que había visto: “Fíjese mamá que estaba un señor diciendo que el gobierno roba al pueblo”, y le platiqué todo lo que oí. Mi mamá escuchó sin saber qué decir, como que eran asuntos ajenos a nosotros. Insistí, quería que ella también se convenciera: “Mamá, es que yo creo que es cierto lo que dice ese señor, decía todo con ejemplos”.

Supongo que ha de haber sido un panista el que hablaba o el doctor Julio Prado, primer comunista renombrado de Mexicali, a quien conocí muchos años después. Mi mamá finalmente suspiró resignada. Mi papá era agricultor y en mi casa se hablaba del rancho, de las historias de la familia, de los planes para la próxima cosecha, pero no de política...

Recuerdo que estaba en tercero de primaria y una niña me preguntó:

—¿A quién le vas, al PRI o al PAN?

—¿Qué es eso?

—Sólo contesta a quién le vas ¿al PRI o al PAN?

—Pues no sé, respondí, y ella me señaló con aire de sapiencia:

—¿Cómo le vas a ir al PRI, si el PAN se come?

—Pues sí es cierto, le dije, pero no tenía idea de qué significaba eso.

II

Mi mamá me platicaba de su papá, mi abuelito, que era el héroe de las memorias familiares y de quien se hablaba con mucho orgullo cuando nos reuníamos con las tías y primos.

Su nombre era Hermenegildo León, le decían *Kilo*, era minero. Las Coloradas, El Tambor, Palos Blancos, zonas mineras de Sinaloa, eran su entorno. Mi mamá tenía una foto, de esas café muy antiguas donde estaba mi abuelito al frente de mucha gente armada: mineros. A partir de esa foto mi mamá me contaba que entraron los extranjeros, que querían quedarse con las minas de Sinaloa, y que entonces mi abuelito encabezó la defensa de las minas de la zona cercana a Culiacán, para que siguieran en posesión de los mineros del lugar.

Los nuevos dueños contrataron a mi bisabuelo, don Aparicio León, para que cuidara las minas y le pidieron que convenciera a mi abuelito para que los dejara trabajar, ofreciéndole a cambio de su aplacamiento, una gran cantidad de kilos de oro. Mi abuelo al escuchar la propuesta le contestó a su padre que lo perdonara si le

faltaba al respeto, pero que las minas eran de toda la gente y que iban a sacar de ellas a los extranjeros, por lo que lamentaba con dolor que su padre estuviera del lado de los explotadores. Esto causó un pleito familiar.

Ante la rebelión de los mineros, el gobierno mandó al ejército a reprimirlos y con mi abuelo a la cabeza, lo enfrentaron. Al ver la desproporción en armamento de los dos contingentes, mi abuelo, que como cazador de venados tenía muy buena puntería, le disparó al capitán del regimiento, tumbándolo de un solo tiro. Al ver caído a su jefe, los soldados huyeron y los mineros con ese triunfo, mantuvieron sus yacimientos.

A mi abuelo le compusieron un corrido en cuyas estrofas se mencionaba el balazo que le dio al capitán. Murió muy joven, cazando un venado, al estarlo acechando desde la rama de un árbol, la cual se quebró; al caerse, parece que se desnucó, ahogándose en su propia sangre. Lo encontraron unos campesinos quienes lo llevaron a su casa.

Con gran emoción contaban mis tías, *Concha* y Adelina León, que sin anuncios, ni radio, llegaron mineros de todo Sinaloa a su funeral, dándole sepultura como héroe popular, envuelta su caja en la bandera nacional y cantando su corrido.

Mi mamá era entonces una muchacha de sólo diecisiete años, nacida en Palos Blancos, uno de los puntos de los constantes recorridos de mi abuelo. Ella, huérfana de madre quien murió de parto, a los dos años quedó a cargo de sus tías.

Cuando hablaba de su papá, mi mamá lo recordaba con enorme emoción; su voz se quebraba, recordaba cada regalo que le traía de sus viajes, cuando la abrazaba y le decía mi *Canela*, por su apelativo *Nela*, de su nombre Manuela.

Recuerdo el orgullo con que describía su prestancia física y de cómo mi abuelo se ocupaba de los mínimos detalles de su educación; pues una vez que la acusaron de que había comido mangos verdes cuando estaba con su regla, la había castigado, diciéndole que debía atender los consejos de sus tías para que no fallara como mujer. Hasta ese regaño lo recordaba mi mamá con melancolía, sintiendo la atención que tenía por ella su papá, tan popular y respetado.

III

Esas historias, con frecuencia las escuchábamos embelesados mis hermanos y yo, como otras de los personajes de mi familia materna, pues a mi casa llegaban los parientes de mi mamá que venían con el propósito de cruzar a Estados Unidos, convirtiendo a nuestra casa en el punto de llegada. A mí esto me gustaba mucho porque en las noches, a la hora de la cena, pasaban por nuestra imaginación los relatos, algunos parecían fantásticos; así, nos enterábamos de historias familiares, en especial, las del abuelo, cuya foto me quedaba viendo extasiada cada vez que la encontraba en el álbum familiar, observando en cada uno de los personajes, ese gesto altivo y retador.

De esos parientes recuerdo al tío Remedios, que cada noche nos contaba cuentos a mis hermanos y a mí, y al que le hacíamos mil preguntas, las que nos contestaba con una imaginación digna del mejor cuentista. Igual era mi hermano Gilberto, el que vino a vivir con nosotros cuando murió su mamá, otra de las mujeres que tuvo mi papá, quien nos contaba de la fuerza, valor y múltiples proezas de Julián, su medio hermano mayor por parte de su mamá. Era un ambiente mágico, donde destacaban el temple, el orgullo, la honradez y la nobleza de los personajes.

Los vecinos no se quedaban atrás. Cuando nos juntábamos con nuestros amigos del barrio y quemábamos llantas para sobrellevar el rigor de las noches frías del invierno mexicalense, —todavía no conocíamos la palabra *smog*—; cada quien contaba las aventuras de sus héroes familiares, ya fuera el papá, un tío, el hermano mayor, todos teníamos de quién sentirnos orgullosos. De todas las inclemencias inventábamos una fiesta: cuando se inundaban nuestras calles por los esporádicos torrenciales en la época de Navidad, era muy divertido salir a la carretera, a la calle 11, remando en los capacetes de los carros; cuando temblaba, porque me acuerdo que cuando yo era niña eran frecuentes los sismos en Mexicali, casi siempre de noche, era impresionante ver a toda la gente correr a la calle e hincarse con los brazos abiertos y los dedos en cruz, rezando con la cara al cielo, implorando protección. Los niños, asustados

sin comprender el peligro hacíamos lo mismo, sintiendo que así nada nos iba a suceder, pues los adultos lo sabían todo.

La cena de Nochebuena era increíble; nos reuníamos los amiguitos, yo con mis amigas de la infancia, *Juaneca*, *Lupita* Díaz y Amalía, mi ex vecina que ahora es mi comadre, e íbamos a probar los tamales, el pozole, el menudo, los buñuelos y platicábamos con las señoras que afanosas y alegres, nunca daban fin al trabajo de las estufas. Recuerdo en especial a doña *Chayo* Uriarte con su energía y sus carcajadas que hacían estruendo en toda la cuadra y que siempre tenía la solución para todo: si a alguien le picaba un alacrán, ella tenía el frasco de alcohol lleno de alacranes, ciempiés y toda clase de alimañas que curaban al atacado. Sus tamales eran riquísimos y su esposo, don Manuel, que había estado en la segunda Guerra Mundial con el ejército aliado de los Estados Unidos, nos contaba con lujo de detalles cómo había matado a cientos de alemanes y japoneses. Al día siguiente, en Navidad, todos los niños salíamos muy temprano a jugar con los juguetes que nos habían “amanecido”. Afortunadamente, a todos, Santa Claus o el Niño Dios siempre nos traía algo.

No puedo dejar de mencionar las tortillas de doña Juanita Zazueta, que con su olor inundaban todas las tardes el barrio. Había que encontrar un pretexto para hacerse presente y recibir una humeante tortilla recién salida del

comal embarrada con mantequilla, mayonesa o frijoles con queso, que siempre sonrientes, nos regalaban ella o sus hijas *Becka* o Anita, hermanas de mi compañera de aventuras, *Juaneca*. Ella, la *Juaneca*, iba siempre al frente en todas las situaciones peligrosas, como comandante del batallón infantil investigador.

Cuando había un robo en el barrio, doña *Chayo* y la *Juaneca* encabezaban las averiguaciones y hablaban con los policías. Cuando la *Juaneca* y yo jugábamos a la tiendita, primero elaborábamos con corcholatas, barro, botellas y papel todas las mercancías que íbamos a ofrecer; cuando ya teníamos lista nuestra tienda, con mostrador, caja para el dinero y notas, íbamos a buscar a nuestros hermanos más chicos para que nos compraran. Claro que también les dábamos los billetes y teníamos el cambio. Similar proceso ocurría cuando jugábamos a la escuelita o al doctor. Nos gustaba hacer muñecas con las botellas y coserles ropita o hacerlas de cartón con vestidos de papel que les cambiábamos, según el lugar a donde iban a ir. Cómo me hubiera gustado que ya hubiera habido *Barbies*, como las que tuvieron mis hijas, con quienes jugaba a vestir las, recreando mis juegos de niña. No estoy segura que sean más bonitas y graciosas que nuestras muñecas con cuerpo de vidrio verde, caritas de trapo y sus vestidos de pedazos de tela, que recogíamos del piso donde estaba la máquina de coser de pedales, marca Singer, de la costurera,

enfermera y cartomanciana del barrio, la pintoresca doña *Chelo*.

Otro personaje importante en el barrio era doña Eustolia Villafuerte, la *chulis* de la colonia; en esa labor de atención comunitaria que los priístas olvidaron después, nuestra *chulis* conseguía cajas fúnebres para los fallecidos pobres y todo lo del funeral, descuentos en las contribuciones, sacaba de la cárcel a los detenidos y repartía juguetes. Ella era delgadita, andaba muy arreglada siempre, no se le notaba que tenía un ojo de vidrio, pues con el que te veía tenía una fuerza imponente, escudriñadora. Don *Tino*, su esposo, era policía y ambos estaban atentos siempre a las necesidades de los vecinos. Las *chulis* y las *gordis* eran verdaderas promotoras sociales de las colonias pobres, llegaban a las oficinas de los funcionarios más “chipocludos” y se metían para abogar por sus vecinos; eran movidísimas y probablemente algunas de ellas sacaban beneficios personales, pero hacían una gran labor social en sus colonias.

Me encantaba ir a comprar las tortillas a La Moreliana, que estaba cruzando la calle 11, y ver a las tortilleras echar las tortillas al comal, enorme, empotrado en adobe; contaban chistes, y entre todas vacilaban a los señores que las invitaban y les decían piropos. Andaban siempre limpiecitas y maquilladas, no sé cómo, con el calorón que hacía, sude y sude, nunca dejaban de estarse riendo de todo; me encantaba ver alguno de sus

dientes enmarcado en oro o platino y cómo tronaban el chicle. Para imitarlas, cortaba pedacitos de la envoltura plateada de los chicles *Double Mint* y me los acomodaba alrededor o en medio de los dientes y caminaba sonriendo para que todo mundo me los viera, aunque no podía hablar. Me enseñaron a tronar el chicle muy fuerte y me encantaba hacerlo.

La maestra Marina Cuevas, en la secundaria, nos decía que el chicle causaba flacidez en la vagina, sobre todo durante la regla, y sí, se sienten movimientos raros por ahí abajo; cuando comprendí lo que significaba eso dejé la costumbre y ahora, cuando alguna vez mastico chicle, extraño no poder hacer ruido o las bombas enormes que hacía de niña.

¡Qué bueno que todavía no llegaba la televisión a nuestras casas! La convivencia era otra. Cuando ya tuvimos televisión, yo tenía como doce años, nuestros héroes se convirtieron en Betty Boop, Popeye, Porky Pig, Mickey Mouse, el Pato Donald, Mike Hammer, Elliot Ness, el Doctor Kimberly, Alfred Hitchcock, los soldados gringos de la serie Combate y los buenos de las telenovelas.

Pasaron los años y esas historias quedaron guardadas como un tesoro en mi memoria, en mi corazón y en mis sueños infantiles. Cuando en 1974 terminé la licenciatura en Economía, escribí una tesis con el título de *La minería en el estado de Baja California. Análisis de sus recursos*,

problemática y posibilidades de desarrollo. Mi mamá al ver la tesis ya encuadernada, me dijo suspirando: “Qué gusto le hubiera dado a tu abuelo ver tu tesis”. Hasta ese momento caí en cuenta que quizás no había sido casual que me hubiera cautivado ese tema para dedicarme a su investigación como tesis profesional. Podía haber escogido otros tópicos que también me atraían y que hubieran sido de mayor facilidad para mí, como el de la agricultura. Mi papá era agricultor y yo estaba muy involucrada en sus problemas; además, por mi trabajo en la Secretaría de Desarrollo de Baja California me había adentrado en el tema de las maquiladoras y había mucho material disponible, lo que no sucedía con la minería. Tuve que hacer un intenso trabajo de investigación, incluso de campo, en Baja California, en las bibliotecas de San Diego, California, en la Cámara Minera de la Ciudad de México y múltiples entrevistas a gambusinos y picapedreros de Baja California. Investigar la minería me apasionó.

Es sorprendente cómo esas historias de la infancia dejan semillas que moldean tus sueños, tus valores, tus búsquedas, aun cuando no te des cuenta de ello. No tuve la fortuna de conocer a mi abuelo, pero su memoria, su imagen bordada con la magia de la leyenda, tocó mis raíces. Eso engendró un compromiso existencial con las mismas causas que él asumió, en su momento, en su espacio, en su conciencia y que tuvieron en mi vida atisbos desde muy pequeña,

arrebatados de la sobremesa familiar por la realidad expresada en aquel orador en la esquina de mi casa.

IV

Debo haber tenido unos nueve años de edad y estaba viendo a mi mamá lavar ropa, en una tina, en el patio de atrás de la casa, con un lavadero de aluminio de esos que se usan en Mexicali. Todavía no teníamos lavadora. Me quedé viéndola y de repente le dije: “Sabe qué, mamá, pienso que mi vida no va a ser como la de usted”. Sorprendida se volteó y me preguntó: “¿Por qué?”. “No creo que vaya a estar dedicada a lavar la ropa y estar haciendo comida y quehacer todo el día”.

Esa vida, totalmente dedicada al hogar, de repente me pareció ajena, insuficiente, aun cuando yo vivía en un barrio popular y estudiaba en una escuela pública también de la misma colonia, donde todas las mamás de mis vecinos y de mis compañeros se ocupaban de la casa, igual que la mía. Sin embargo, de repente, me sentí sustraída de ese futuro, de esa expectativa de vida. Es difícil describir; fue una percepción muy objetiva, no fue producto de una reflexión momentánea, sino de sentir que esa no iba a ser mi vida.

Mi único modelo diferente era el de mis maestras, pues sabían mucho, siempre andaban muy arregladas y trabajaban; algunas tenían a sus hijos en la escuela, los cuales parecían seres

privilegiados; ser hijos de los maestros los hacía aparecer ante mí como niños distintos. Era para mí como cosa del otro mundo, como que su casa resplandecía, viviendo ellos ahí, durmiendo en sus cuartos, comiendo juntos. ¡De qué tantas cosas extraordinarias hablarían! Tuve excelentes profesores, en los que se cumplía lo expresado por el poeta Machado, de que el maestro debe ser ejemplo de vida para sus alumnos. En especial, mis maestras me hicieron vislumbrar que podía haber un destino diferente para nosotras, las niñas.

Mi mamá era muy bella y tenía un porte elegante, de modales finos, caminaba con altivez y gracia, parecía modelo; por ningún lado le notabas su escaso nivel educativo, cursó sólo hasta el 5° grado de primaria. Su distinción y belleza era reconocida por toda la gente. Me acuerdo que llegaban los parientes de mi mamá o sus amistades y le decían: “¡Ay! Manuelita, tus hijas no se parecen a ti”, como diciendo que mi mamá era más bonita que nosotras.

Un día, debo de haber tenido unos diez años, mi mamá traía una blusa blanca y una falda negra circular con crinolina, medias y zapatillas; debe haber andado entre los 32 o 34 años; creo que había ido de compras al “pueblo” como le decíamos al centro de Mexicali. Se veía muy bien, estaba sentada en la sala y se estaba sonriendo conmigo; la miraba y la miraba, pues me sorprendió, se me hizo mucho más bonita que nunca y, como era de cara redonda y sonrosada,

le dije: “¡Ay! mamá que bonita te ves, ¡pareces un perrito!” Se me figuró así, como la carita de un perrito, de esos que salen en las fotos o en las caricaturas. Mi mamá se puso furiosa, ahí sí me pegó, no entendía por qué se había enojado, todavía no lo comprendo...

Es curioso, pero las tías y las amigas de la tierra de mi mamá eran conocedoras y apreciaban las cosas finas, a pesar de haberse criado en ranchos. Sé que mi bisabuelo, ya con hijos grandes, se casó con doña Luz, una mujer educada, que había conocido Francia; cuando llegó a la hacienda de mi abuelo, recordaba mi mamá, traía en su equipaje porcelanas, mantillas y ropajes elegantes, que se los enseñaba a mi mamá platicándole detalles de su origen y de su uso. La gente de Sinaloa es muy orgullosa y aprecian ese tipo de cosas. Tengo otra tía, amiga de mi mamá, elegante, alta, blanca, guapa, que ha batallado mucho en la vida y nunca ha descuidado el porte ni la gracia: mi tía *Cucalicia* Moya.

V

Recuerdo vivamente cuando mi mamá me llevó al Colegio México que está en la colonia Santa Clara, por la misma calle 11, y que quedaba bastante retirado de mi casa. Les dijo a las monjas que yo ya sabía hacer las letras; les llevó mis cuadernos donde las había copiado. La directora entonces dijo: “La vamos a poner en primer año”.

Me llevaron al salón y ahí estaba sentada a mi lado una niña que vivía cerca de mi casa. Total que llegó la madre, porque era escuela de religiosas y me puso la “i” manuscrita minúscula. No la podía hacer, no me salía; entonces me dijo la niña: “Haz un palito y luego le pones un punto arriba y ya es la ‘i’”, la escribió en mi hoja. Yo veía la que me había hecho la maestra y la comparaba con la del palito y me decía: “No se parece”. No me convenció y total que nunca pude hacer la famosa “i” y no quise cambiarla por la de los palitos, así que me mandaron a preprimaria. Ahí estuve un año, debí haber tenido seis de edad, porque entrábamos de siete a la primaria.

Después, en 1955, entré al Colegio Frontera, en donde hice el primer año de primaria; para entonces, todo se me hacía muy fácil: lo que explicaba la madre y las tareas las hacía rapidísimo, entendía todo, les enseñaba a las niñas que estaban a mi lado, terminaba primero que todas y cuando daban los premios, me ponía enfrente de la madre Celia para que a mí también me dieran medalla, pero, quizá, porque venía de Pueblo Nuevo, que era un barrio populoso, no me tomaban en cuenta. El Frontera era una escuela ubicada en la mejor colonia del Mexicali de aquellos tiempos, a la que asistían niñas de padres ricos. Esa discriminación, apenas intuida, no me consolaba y me sentía injustamente tratada.

En mi grupo de primer año había una niña que habían recogido las monjas; por cualquier

travesura que la chamaca hacía, la madre Celia le ponía unas palizas, pero palizas, ahí en el salón de clase delante de todas nosotras, y le decía que se iba a ir al infierno. Veíamos el espectáculo asustadas. Recuerdo que la madre Celia era muy buena para enseñar.

Mi mamá me inscribió para que me recogiera el camión de la escuela, porque nuestra casa quedaba lejos. En ese tiempo, a los agricultores les iba bien, el precio del algodón estaba muy elevado, así que podían hacer ese gasto; pero las alumnas del camión del colegio siempre llegábamos tarde y las madres nos dejaban paradas, castigadas, cuando era algo que estaba fuera de nuestro control.

En el Colegio Frontera rezábamos antes de comenzar la clase, a la salida, y en la tarde nos aventábamos el rosario; pero eso no era nada, nos sentíamos como que teníamos un pacto con el Niño Jesús. Lo peor era que la madre Celia se la pasaba contando historias de pecados terribles como la historia de una hija, que no sé que le había hecho a la mamá, y que lloraba y lloraba toda su vida pidiendo perdón, y Dios nunca se lo dio y se fue “a quemar” al infierno. Me aterrorizaba la fatalidad de esas historias de sentencias para toda la vida y la eternidad, me sentía amenazada, pero ese Dios no es el mío. El que tengo desde hace muchos años es muy generoso, me comprende, todo me perdona y me ayuda.

En ese tiempo tenía unas vecinas, *Chuyita* y *Lupita* Ríos, que iban a la escuela Andrés Arreola y cuando platicábamos, les preguntaba:

—Oye ¿y rezan el rosario?—, que la verdad, a mí se me hacía muy largo y hasta me dormía cuando lo rezábamos todas las tardes:

—¿No?, —me contestaban.

— ¿No rezan el rosario, y tres Aves Marías al comenzar las clases?—, les insistía.

— No—, me decía mi amiga *Lupita* muy seria —en las escuelas de gobierno no se reza nada—.

—Pero ¿ni siquiera se persignan?

— ¡No!— me repetían.

Para mi mamá era muy importante que estudiáramos; desde que recuerdo nos inculcó que hiciéramos una carrera universitaria; se ponía a llorar de la forma más estruendosa y lastimera cuando alguno de nosotros insinuaba siquiera que no iba a seguir estudiando. El Frontera tenía fama de ser una buena escuela. Además, mi mamá era una ferviente católica, iba a la iglesia todos los domingos y, por lo que oía, le parecía que esa educación religiosa era la mejor.

La primera comunión la hice en el año que estuve en el Frontera; con todo el grupo ahí mismo nos daban el catecismo y además de ir a misa, hacíamos los ejercicios espirituales de cuaresma; así con los años se ampliaron mis actividades religiosas: el primer viernes de cada mes me confesaba y comulgaba, iba a misa todos los domingos y asistía a retiros espirituales en el seminario que está por el fraccionamiento Villafontana.

Participé en la Acción Católica de los 12 a los 15 años; nos reuníamos una vez a la semana y nos daban pláticas. El padre Pedro, que era muy alivianado, nos hablaba de educación sexual, claro con la visión de la Iglesia, pero como era muy simpático hacía chistes y nos la pasábamos muy padre; las mujeres estábamos separadas de los hombres, pero nos encontrábamos en el patio, platicábamos y coqueteábamos; veíamos a los compañeros como si fueran santos, nomás les faltaba la aureola en la cabeza; me imagino que ellos nos veían por el estilo; andar de novios entre nosotros era como garantía de no pecar.

Los retiros me gustaban mucho porque la forma en que nos guiaban durante la meditación, me hacía profundizar en mí misma y me sentía espiritualmente bien; asistíamos muchachas y muchachos y aunque éramos serios en las meditaciones, nos separaban. La comida la preparábamos entre todos, nos repartían las tareas; por ejemplo, a mí me tocaba hacer tortillas de harina.

Había compañeras que eran más piadosas. Conocían bien la Biblia, el catecismo, lo enseñaban a los niños, recitaban los salmos, los evangelios al revés y al derecho, conocían a los sacerdotes y a las monjas de todos lados. Esta formación religiosa tuvo un gran peso durante mi niñez y adolescencia. Fue muy agobiante en la cuestión del pecado.

VI

Estudié en la escuela Teniente Andrés Arreola, que estaba pegada al campo militar en la colonia Pueblo Nuevo de la ciudad de Mexicali. Muchos de nuestros compañeros eran hijos de militares. No había ninguna organización de alumnos, ni jefes de grupo ni nada que se le pareciera. El director de la escuela y los maestros enaltecían mucho el valor del ejército mexicano. Recuerdo a mi maestra de sexto año, la profesora María Maya, que en esa época debía haber tenido entre 50 y 60 años, si no es que poquito más. Ella nos estuvo hablando del socialismo, donde no había carencias para los niños, donde el estado se ocupaba de su educación y se distribuía la riqueza.

No tenía la capacidad para hacer un análisis de lo que ella nos decía, pero me acuerdo de esa plática porque llegué entusiasmada a contarle a mi mamá lo que nos había dicho la maestra. Entonces, ella me dijo que los comunistas eran malos, que no hiciera caso. En esa época, el magisterio era muy respetado, pero aún más fuerte era la campaña anticomunista que existía en los tiempos de la Guerra Fría. La profesora María Maya fue muy importante en mi vida.

Desde pequeña veía leer a mi mamá novelas; claro que eran de esas de monitos como la *Novela Semanal*, *Lágrimas y Risas*, *El Santo*, *Memín Pinguín* y todo ese tipo de publicaciones; además, veíamos las películas de Pedro Infante,

de Jorge Negrete, que era el favorito de mi mamá, de *Cantinflas*, *Tin-Tan*, de María Félix, de Pedro Armendáriz y de Luis Aguilar, que se parecía mucho a mi papá. Esa fue mi cultura infantil y me gusta haber crecido en ese ambiente. Todavía disfruto las películas de Pedro Infante y aunque ya las haya visto, me causan un gusto melancólico que me hace sentir bien. Alguien, dízque con cultura cinematográfica, me ha criticado por ver películas mexicanas en la tele, algunas de no muy buena calidad, pero le he dicho que esa fue mi crianza, mi cultura materna y que las veo, no porque sean buenas, sino por lo que para mí representan. Eso no me impide apreciar cosas de otro nivel, que conocí de la secundaria en adelante, como cuando por recomendación de mis maestros fui a la primera función de la Sinfónica del Noroeste o también a otro tipo de expresiones artísticas y literarias. Pero, si esa cultura adquirida durante mi proceso educativo me va a hacer renegar de mis raíces, no la quiero.

Mi mamá había estudiado hasta quinto año de primaria y mi papá hasta el tercero, pero creo que las imágenes que se quedan en el inconsciente son muy importantes; relaciono mamá, protección, lectura.

Cuando era niña tenía que ir hasta la calle Querétaro, que estaba muy retirada de mi casa, a comprarle las revistas a mi mamá; me ponía a copiar las letras, no sabía qué decían pero me gustaba hacerlo. Alguien que también recuerdo como importante en mi formación fue mi tata

Chayo, Rosario Mosqueda, esposo de mi nana Altagracia Cachú, un matrimonio de Taxco, quienes le rentaban a mis papás una casa, situada en el callejón Veracruz y calle 10, muy cerca de donde vivimos y crecimos. Sus hijos, mi niño *Rigo* y mi niña Albertina ya estaban grandecitos y mi tata, que era un señor culto y autodidacta, que siempre estaba leyendo libros, no de los de monitos, se encariñó conmigo. Tengo fotos en las que estoy tomada de su mano, cuando yo tenía casi un año de edad; por supuesto que no lo recuerdo, pero cuenta mi mamá que mi tata *Chayo* me daba libros y revistas y le admiraba que me pusiera a hojearlas con atención. Creo que desde entonces se forjó mi interés por la lectura.

VII

Mi papá era de Jalisco y muy mujeriego; tuvo hijos con varias mujeres con las que vivió simultáneamente. Por esa religiosidad intensa con la que a mí me formaron, sufría y sentía sobre mi espalda el peso inmenso de que mis papás estaban en pecado mortal, de que vivían en sacrilegio.

Mi mamá fue huérfana de madre desde los dos años, porque mi abuela Carmen murió de parto. Mi abuelo materno, también muy mujeriego, cambiaba con frecuencia de mujer, aunque siempre se llevaba a mi mamá, que era la hija de su esposa. Mi mamá recordaba con cariño a las mujeres de su papá; decía que todas habían

sido buenas con ella y no lo dudo. Aprendió eso de niña, que los hombres tienen varias mujeres y repitió esa vida con mi papá. Para ella sufrir la infidelidad, ser segundo o tercer frente no la hacía sentir menos decente o menos señora que cualquier otra, porque mi papá nunca la dejó; nos mantuvo, nos reconoció, nos quiso, nos educó y nunca nos negó.

Siempre vi en mi casa a mi papá y a mi mamá cumpliendo cada quien su rol. Él tenía la precaución de tener a cada mujer en colonias retiradas una de otra; les construyó casa, por cierto iguales y pintadas todas de verde; las conocí cuando él falleció y nos juntamos las cinco familias en el funeral y nos reconocimos como hermanos, pues mi papá siempre hablaba de todos sus hijos. Los varones ya se conocían, pero las mujeres no, quizá por ser más apegadas a nuestras madres.

Por otro lado, a pesar de que las mujeres de mi papá sabían de la existencia de las demás, ninguna lo dejó; renegaban y le echaban pleito, pero mi papá tenía muy buen carácter y no les contestaba, trataba de hablarles y si de plano no estaban dispuestas a escuchar, como ocurría con mi mamá, nomás se iba. Al día siguiente llegaba a la casa como si nada hubiera pasado y mi mamá fingía demencia y ya no le decía nada, pero ella sufría y poco a poco se le amargó el carácter. Me hice la convicción de que nunca iba a permitir que mi marido me hiciera lo mismo, y con el tiempo lo cumplí, de lo cual no me siento orgullosa, pues desde que me separé de mi primer esposo, he batallado mucho.

VIII

Tuve catorce hermanos, cuatro de padre y madre; José Blas, Pedro, Carmen y Enrique, y diez medios hermanos de las otras cuatro mujeres de mi papá. La filosofía de mi padre era que podía tener las mujeres y los hijos que pudiera mantener, así que nunca abandonó a nadie y siempre cumplió como padre. Durante mucho tiempo le tuve resentimiento por lo que sufría mi mamá y porque a cada rato ella nos echaba en cara que lo había aguantado por nosotros. Esto lo decía cada vez que hacíamos algo que no le gustaba.

Con el tiempo me casé, todos nos vinimos a vivir a México y nos trajimos a mi mamá. Cuando nos avisaron de la muerte de mi papá, ella se soltó llore y llore como una Magdalena, con ruido, con fuerza; estaba deshecha. A mí me dio tanto coraje verla así, porque si sólo lo había aguantado por nosotros, ¿por qué tanto dolor? En realidad lo quería y por eso sobrellevó sus infidelidades. ¿Por qué no lo asumió?, ¿por qué nos hizo sentir toda la vida que nosotros teníamos la culpa de su desdicha?, ¿por qué nos negó el derecho de querer a nuestro padre sin rencor? Todos los hijos Sánchez León fuimos al funeral; nos esperaron para sepultarlo. Ahí nos unimos los hermanos, como él quería tenernos; ahí estaban sus dos últimas mujeres, una de mi edad con tres niñas que, según los chismes, no eran de mi papá, pero al verles la cara, eran totalmente Sánchez, los rasgos de mi papá son muy fuertes, prevalecieron en todos los hermanos; son

inconfundibles. Esa mujer joven, de 28 años, nunca volvió a meter un hombre a su casa, hasta donde yo sé, decía que sólo el *Gordo* valía. Mi papá era encantador con las mujeres, como todos los baquetones, y cálido con sus hijos.

Cuando murió la mamá de Manuel y Gilberto, dos de mis medios hermanos, aunque ella ya no vivía con mi papá, se los llevó a vivir un tiempo a casa de mi mamá. Eran tremendos, una vez mi papá tuvo que ir a buscarlos hasta Benjamín Hill, Sonora porque se escaparon. Mi papá quería que estudiaran pero a ellos no les gustó y entonces los mandó al rancho para que supieran cultivar la tierra. Ahí se casaron y se fueron después a Estados Unidos. Lo que aprendieron en el rancho les permitió tener buenos trabajos; ahora, el mayor es dirigente campesino en Mexicali. Algo que no se me olvida es que Manuel, el mayor, cuando tenía quince años agarró una infección en el ojo que no pudo curarle el oculista de Mexicali, el doctor Arcadio Chacón y recomendó que lo llevaran a Brawley, California. Mi papá iba por él al rancho para llevarlo cada que le tocaba consulta hasta que el *Gordo*, como también le decíamos, salvó su ojo y quedó completamente curado.

Hechos como esos, muestran la vocación y responsabilidad paternal de mi papá. Cuando mis medios hermanos le preguntaban por su mamá les decía que ella era muy hermosa, que tenía dientes de perla y que por eso al restaurante que le compró para que sostuviera a sus hijos le había

puesto La Perlita y lo escuchaban embelesado. Mi mamá decía que mi papá le platicaba que esa señora, que se llamaba María, era la única mujer a la que él le había tenido miedo, porque cuando lo encontraba acompañado, se le iba encima con un cuchillo. Por eso mi papá puso pies en polvorosa y no la mantuvo en su “harem”; a las otras, como a mi mamá, nomás les decía: “Váyase para su casa, allá nos vemos, estos no son lugares para usted” ; y obedecían; aunque después, como mi mamá, renegaban y pataleaban.

Cuando estuve en el PRD en Mexicali, de 1988 a 1991, conocí a otros militantes, señores ya mayores, que en sus pláticas mencionaban a los hijos tenidos con varias mujeres. Era motivo de orgullo demostrar quién había regado más hijos. Yo les preguntaba: “¿Y te hiciste cargo de su manutención, has sabido de su vida, estuviste al pendiente de ellos?” y contestaban: “Bueno, no, pero sé que uno es médico o ingeniero o enfermera o se fue a Estados Unidos y le va muy bien”, y puras respuestas de esas. Claro, con los hijos de la esposa sí habían estado, como si los otros nacidos por fuera, no hubieran tenido las mismas necesidades. Una vez más, recordé el aprecio de mi papá por todos sus hijos, fueran de la madre que fueran. Para él, su sangre era sagrada y los seres que la hubieran recibido de él, eran sagrados también. No quiero decir que mi padre era perfecto, tuvo muchas fallas, pero fue congruente con sus creencias. Sus errores, que

fue lo único que vi de él durante años, con el paso del tiempo, en mi memoria y en mi corazón se han empequeñecido, olvidado y sus aciertos han tomado su justa dimensión.

IX

Desde que era niña, mi padre fue muy cariñoso conmigo, me abrazaba con su sonrisa resplandeciente y me decía: "Mi *Lupe*". Sus dientes eran perfectos, se me hacía distinguido y aunque era gordo, tenía personalidad. Era pulcro; desde las seis de la mañana ya andaba bañado, rasurado y siempre usó *flat top* como corte de cabello; nunca le vi un pelo fuera de su lugar. Era muy trabajador; a mi casa siempre llegaba a las seis y media de la mañana para llevarme a la secundaria y a la preparatoria, pues pocas veces dormía con nosotros.

Le gustaba que al llegar sus hijos lo saludáramos con un beso y, aunque ya grandes no nos gustaba hacerlo, nunca nos atrevimos a negárselo. Para entonces había concientizado la situación de mi familia. Sin embargo, a pesar de que lo veía como un hombre injusto y abusivo con las mujeres, principalmente con mi mamá, jamás le reclamé nada, siempre lo respeté. Llegué a tener diferencias de opinión con él en otras cosas que discutíamos con civilidad. Me trató como alguien importante; nunca me pegó ni me ofendió. Me decía: "lo que vale es este pedacito" y recorría con su dedo el círculo superior de la cabeza, refiriéndose al

cerebro. En mi casa, nunca se ponderó la belleza física, sino la capacidad, el estudio y la inteligencia. Aunque yo no era bonita, no me sentía mal, pues cuando Blas decía: “¿Quién es la más fea de la casa?”, mi mamá respondía: “Pues *Lupe* tiene mucha personalidad”. No sabía qué quería decir con eso, pero me gustaba tenerla. Y los reconocimientos familiares a mi precocidad me hacían sentir importante. Debo decir que mis hermanos no son menos inteligentes, todo lo contrario, pero como era la mayor, mis logros llegaban primero y eran los más festejados. Todos somos profesionistas y eso fue un triunfo de mis padres, que no habían terminado la primaria, pero ambos tenían claro lo que querían para sus hijos, en especial mi mamá, que estaba obsesionada con que todos estudiáramos una carrera universitaria.

En una ocasión, siendo alumna de la Escuela de Ciencias Políticas, antes de cambiarme a la carrera de Economía en Tijuana, mi papá me regaló un volkswagen en el que me llevé a varios compañeros a una reunión de la federación universitaria en Tecate. De regreso, en La Rumorosa, el carro se nos desvió por falta de aceite.

Trabajaba en la Secundaria 18 de prefecta y ganaba bien, pero pagar el remolque del carro y la reparación salía de mis posibilidades inmediatas. No dormí en toda la noche pensando cómo le iba a hacer; no quería que mi papá se enterara, no sabía cómo resolver el problema. Cuando llegó mi papá a

la casa, me preguntó por el carro; le dije lo primero que se me ocurrió y muy calmado me contestó: “No me digas mentiras, Gloria ya me contó que se les desvueló en el camino”. Sentí que un río helado me recorrió el cuerpo y me zarandó las rodillas. Gloria iba con nosotros; ella estudiaba en la Escuela de Enfermería, pero como también era contadora, trabajaba en el Departamento de Afiliación del IMSS y ahí veía a mi papá, cuando arreglaba los asuntos del rancho. No supe qué decir, me agaché y mi papá me dijo: “Mira hija, para eso tienes a tu papá, para que te arregle esas cosas, tú no puedes hacerlo sola, dime dónde se te quedó el carro para llevar al mecánico y ver cómo lo jalamos o ahí lo arreglamos.” Sentí como que el cielo me cubría: protegida, respaldada, niña.

Mi papá siempre se sintió orgulloso de mí, lo cual me alegra; él admiraba la inteligencia y, como fui muy aplicada, presumía mis calificaciones. Si escribía algo, le gustaba que se lo leyera a él y a los amigos o familiares que llevaba a la casa, igual a mis hermanos; como también sabíamos cantar o recitar nos ponía a que lo hiciéramos.

X

Cuando estudiaba la secundaria, se vino el problema de la salinidad del río Colorado y la crisis del algodón. Fue cuando a mí me tocó participar en las brigadas que se organizaban en la Secundaria 18, para llevarles comida a los

campesinos que estaban en un plantón en la línea internacional; iba a esas brigadas y nos quedábamos bastante tiempo apoyando a los campesinos, pero eso era más bien por influencia de los maestros. Todos los profesores que tuve en la primaria y en la secundaria de alguna manera nos politizaban sin exponerse demasiado, porque así como mi mamá nunca se preocupó de ir a protestar por lo que nos decía la maestra, tal vez otros papás sí lo hacían. En esa época, principios de los años 60, estaba la campaña macartista y de todo culpaban al comunismo. La situación de mi familia había cambiado, porque los ingresos de mi papá, como los de la mayoría de los agricultores, se vinieron abajo y fue terrible porque ellos, pequeños propietarios, tenían que refaccionarse en los bancos privados y en las algodoneras, y al no poder pagar los préstamos otorgados les quitaban sus tierras a los agricultores, para luego sembrar otros cultivos. Por eso los hundían. Mi papá perdió así la mayor parte de sus tierras y era muy deprimente esa situación; cada vez se endeudaban más.

Después, siendo yo estudiante de la Escuela de Economía de la UABC, mi papá me involucró en la administración del rancho y, por mis inquietudes políticas, pronto participé con él durante más de dos años recorriendo el campo en reuniones de agricultores en el Movimiento de Defensa del Valle de Mexicali, en contra de las obras del distrito de riego que las autoridades querían

cobrar carísimas. Viviendo ya en Tijuana, me venía a las reuniones, porque mi papá pasaba por mí. A él, le satisfacía que yo fuera la secretaria del comité y que los agricultores me respetaran. Incluso, en una ocasión, ya incorporada a la Juventud Comunista organicé con Danzós Palominos, militante destacado del Partido Comunista, una reunión entre los integrantes del comité que eran priístas, para que les platicara las estrategias que se habían utilizado en Sonora en un caso similar. Ese movimiento terminó cuando al presidente del comité de defensa, Carlos Ceballos, lo hicieron diputado por el PRI. Ahí tuve la oportunidad de conocer a cientos de agricultores y cuando alguno se oponía a lo que planteábamos, me daba mucha ternura oír decir a mi papá: “Ese fulano de tal, siempre ha sido muy reaccionario”.

Al revisar las cuentas de mi papá con la Algodonera Internacional, me la pasaba haciendo corajes, al percatarme cómo las algodonerías acababan con los agricultores, obligándolos a sembrar algodón, que ya no tenía buen precio en el mercado. Año tras año, los refaccionados quedaban más endeudados hasta que lograban quitarles las tierras, que eran abonadas a un adeudo interminable. A ellos no les quedaba de otra para poder vivir, pues con los gravámenes que tenían ninguna otra institución les daba crédito para sembrar otros cultivos costeables. Las autoridades los dejaban a merced de los pulpos algodonerías, cuyos dueños y funcionarios se fueron apoderando de las tierras de los agricultores.

En 1971, Luis Echeverría Álvarez, siendo ya presidente de México, hizo un programa de consolidación de adeudos que los agricultores le pidieron en la asamblea del algodón, que se realizó en Mexicali, en la Navidad de 1969, durante su campaña política. Les condonaron los adeudos pendientes, pero ya muchos habían perdido sus parcelas y las que les quedaron, siguieron sin la atención de créditos oportunos, de tal manera, que la mayoría nunca volvió a salir adelante, entre ellos mi papá, que murió planeando su próxima cosecha. Por más mal que le fuera, nos decía, la tierra es muy generosa, es lo más importante, con buena semilla, buen crédito y buen mercado nos hace ricos; el próximo año, Dios quiera que cambien las cosas y nos vaya bien. Una vez sembró, con unos ahorros que tenía, unas hectáreas de lechuga que le salió preciosa, pues había aprendido a cultivarla cuando trabajó en el Valle Imperial de California; pero los dueños de camiones iban a levantar regalada la lechuga cultivada en Estados Unidos que no cumplía los requisitos del mercado norteamericano; nomás la recogían de los campos y se la traían en los troques sin que les costara nada; daban una mordida en la aduana de Mexicali y los agricultores que la sembraban en el valle de Mexicali no podían competir con esos precios *dumping*. Mi papá no se rajaba. Otras veces sembraba un poco de sandía, que son las más dulces que he probado y así, por más mal que le fuera, él seguía trabajando duro y haciendo planes para la siguiente cosecha. Era tan

optimista, que cuando le dio la diabetes y tenía que hacer rigurosa dieta, vivió con esa enfermedad más de 30 años, decía: “Bendita enfermedad, pues gracias a ella me tengo que cuidar y no me dan otras”.

Algo importante fue cuando los hermanos y yo, recibimos como herencia de mi padre una parcela en la colonia Madero, en el valle de Mexicali. Como nos dedicábamos a otras actividades, decidimos rentarla y acompañé a varios agricultores interesados a verla. Fue muy satisfactorio escucharlos hablar de mi papá, pues lo habían conocido y sabían de lo trabajador que era, de lo bonito que tenía el rancho, del respeto que se había ganado entre los demás rancheros, de su amabilidad. Me sentí orgullosa de ser su hija, de que sus conocidos se expresaran con esa admiración de él y de sus obras.

XI

Mi mamá tuvo varias madrastras y con algunas se encariñó, por lo cual sufría cuando mi abuelito cambiaba de mujer y se llevaba a mi mamá para otro lado. A veces, vivía con sus tíos; con la tía Felipa, hermana de su mamá o con mi tía *Concha*, que era hermana de su papá, una mujer de gran carácter, inteligente y luchona, que vendiendo pozole apoyó a su hermano menor para que fuera ingeniero y sacó a sus hijos adelante. Era la matriarca de la familia, yo la quise y la admiré; para

ella y sus hijos, mi mamá era la hija mayor. Mi tía *Concha* se vino para el norte y mi tío Cruz, su esposo, trabajaba de cocinero con mi papá en la Casa del Borde; ahí llegaban los braceros que iban a cruzar la frontera debido al convenio celebrado entre los gobiernos de México y Estados Unidos durante el régimen de Manuel Ávila Camacho, ante las emergencias de la Segunda Guerra Mundial. Mi papá era mayordomo de una compañía agrícola del Valle Imperial y le dieron esa concesión. El restaurante estaba en Heber, a unos veinte minutos de Caléxico, mi mamá fue a ayudar a su tío, y ahí se conocieron. En una ocasión en que ella se estaba lavando los pies, mi padre al verla quedó prendado. Mi madre era una mujer bella, tanto, que en una promoción para buscar nuevos rostros en Hollywood, mi tía *Concha* mandó una foto de ella y tiempo después le contestaron diciéndole que se presentara en la meca del cine. Para esas fechas, mi mamá ya me estaba esperando.

Mi papá, que sólo había estudiado hasta tercer año de primaria, en poco tiempo aprendió el inglés y pronto ascendió a mayordomo en la empresa agrícola en donde trabajaba en Estados Unidos. Era de Jalisco, de los Altos. Durante la guerra cristera, los cristeros llegaban por los muchachos de los pueblos y los que no se iban con ellos los mataban. Mi abuelito, que tenía cinco hijos varones y una sola mujer, se llevó a la familia al Norte para protegerlos de la leva. Llegaron a Ciudad Juárez y después mi papá y su hermano mayor, mi tío Jesús

Sánchez Meza, se fueron a Baja California, entusiasmados por la colonización promovida por Lázaro Cárdenas. Se hicieron colonos o pequeños propietarios en la colonia Madero.

Los hermanos se dividieron el trabajo porque necesitaban dinero para sembrar. Mi papá se fue a Estados Unidos para mandarle dinero a mi tío para la siembra y compra de tierras. Hicieron un gran emporio y ranchos muy prósperos; al de mi papá le pusieron Los Alamitos por tantos álamos que había en la parte en donde estaban las casas de los trabajadores.

Mis padres se casaron en Las Vegas, Nevada. Yo ya había nacido o estaba por nacer, cuando apareció la primera esposa de mi papá, y según me platicaba una amiga de mi mamá, mi tía *Cuca*, que vivía en Estados Unidos, mi mamá lloraba a cántaros y le decía a ella: “Me quiero ir”, a lo que mi tía le respondía: “No te preocupes, te vas conmigo, te consigo trabajo y criamos a *Lupita*”. Mi papá amenazaba a mi mamá de que si se iba a Estados Unidos la iba a denunciar y que él se quedaría conmigo.

Mi mamá se quedó con mi papá, la otra señora también. Después, cuando nació mi segunda hermana, ya mi papá tenía otra mujer; porque mi hermana, que es cinco años menor que yo, tiene la misma edad que la primera hija de la tercera mujer de mi padre.

Cuando supo que estaba embarazada, mi madre volcó todo su amor en mí, anhelaba que yo

fuera mujer y le prometió a la Virgen de Guadalupe que si le concedía su deseo me pondría su nombre. Por eso me llamo María Guadalupe. Me quiso mucho, lloraba sus angustias abrazándome, era lo primero propio que tenía en su vida errante. Desde los dos años, según me decía, nunca había tenido nada de ella, iba de una a otra familia. Mi mamá nunca hablaba mal de nadie, ni permitía que habláramos; sentaba a la mesa a los más humildes que llegaban a la casa, a las trabajadoras que tuvo, al jardinero lleno de tierra y los trataba como personas importantes; eso lo aprendió de su bisabuelo que hacía lo mismo con sus trabajadores en la hacienda La Estancia, en las cercanías de Culiacán.

XII

A los 63 años murió mi mamá, muy joven para la edad que fallece ahora la mayoría de la gente, de una embolia pulmonar, después de una operación en el hombro, aparentemente sencilla. Nadie lo esperaba. Ocurrió en Mexicali, el 21 de mayo de 1986, y aunque yo tenía casi 37 años de edad me sentí como una niña huérfanita, como si le hubieran cortado las ramas a mi árbol, como si me hubieran dejado la espalda destapada en medio del frío, roto el puente de retorno. Fue terrible para mi hermana Carmen y para mí ocuparnos de buscar funeraria, escoger caja, todos esos trámites tan agobiantes en esos momentos.

Cuando acompañamos a la carroza a recoger el cadáver, la esperamos afuera de la clínica, y al salir, le pedimos al chofer que nos permitiera verla, pues no la habíamos visto antes de su muerte en la madrugada, porque cuando nos avisaron, ya había fallecido. Con mucha amabilidad el señor abrió la puerta y descubrió el rostro de mi mamá; fue impresionante; tenía una enorme sonrisa, de sorpresa, como si hubiera visto a alguien muy amado que no veía en mucho tiempo. Esa expresión de alegría en el último momento de su vida nos conmovió profundamente. Le acaricié la cara y como si estuviera escuchándome, le pregunté: “¿A quién viste mamacita, que te causó tanta alegría? Moriste feliz mamá”. Mi hermana y yo la besamos y la vimos largo rato llenándonos de esa alegría que ella reflejaba en su rostro, tan bello aún, sin arrugas, como de porcelana; el conductor cubrió su cara con la sábana y se la llevó. Desde ese instante le perdí el miedo a la muerte. Le pido a Dios estar consciente cuando llegue ese momento, para recibirla, para dar el paso con mis cinco sentidos hacia esa nueva etapa en la que quizá mi mamá me tome de la mano y me ayude a cruzar esa frontera, protegiéndome, como lo hizo siempre.

Pero no era esa la única sorpresa que tendría con su partida. A su funeral llegó tanta gente, vecinos que se habían ido del barrio, desde hacía algunos años; hubo señoras mayores, como doña Juanita Zazueta y sus hijas que vivían en Los Ángeles, California, que hicieron que sus hijos las

trajeran al funeral de *Nela*. Llegaron mis amigas, mis colegas, los amigos de mis hermanos, pero todos los que fueron a acompañarnos a nosotros, los hijos, no eran ni la mitad de toda la gente que fue a verla a ella, a mi mamá. Mis medios hermanos, Manuel y Gilberto, lloraban como niños diciendo que se había muerto su madre. Mis hijas, Tania y Tamara de diez y ocho años, no paraban de llorar y la veían y la veían. Familiares, gente de todos lados que se enteró por la radio y el periódico. Fue un duelo verdadero, nadie contaba chistes, ni se saludaba con voces altas, aunque no se hubieran visto en mucho tiempo. Esa gente que había querido o estimado tanto a mi mamá nos recordaban que había sido amable, bonita, elegante, atenta y generosa: que cuando llegaban a casa, aunque no fuera hora de comida, se ponía a cocinarles y más les valía aceptar su invitación pues no los dejaba salir sin comer.

Cuando partimos al panteón Jardín de la Esperanza que está rumbo al aeropuerto de Mexicali, de repente aparecieron seis patrullas comandadas por don *Tino*, el esposo de doña Eustolia, la lideresa del barrio. Éste nos sonrió y con unas patrullas adelante y otras atrás, dirigieron el cortejo hacia Pueblo Nuevo, nuestra colonia, para que mi mamá pasara por última vez por su casa. Le dimos toda la vuelta a la ciudad, parecía que había muerto el gobernador; la fila de carros era inmensa. Me sentí chiquita, encogida ante la grandeza de mi madre. Ahí me di cuenta de quién era *Nela*, pues siempre

dedicada a nosotros, no la veía más que como mi mamá. Nunca me imaginé ese mundo personal que ella había construido con sus atenciones, con su sonrisa, con el respeto por todos los que la rodeaban. Ese día la conocí, ese día supe que no era sólo mi mamá, supe que era ella, *Nela*.

En el cementerio, al pronunciar las palabras de despedida, sentí su presencia, pero no como estaba ahí con sus ojos cerrados, maquillados por mí con gran devoción. La vi como desprendida de esa foto que guardaba de joven, con el pelo suelto y el vestido estampado levantado por el viento, acompañada de mi prima Aurora, con su sonrisa luminosa de joven optimista, alegre. Así la sentí, caminando con gracia, sobre el viento, libre, plena por fin, sonriéndonos a todos los que la queríamos, que con emoción y dolor le dábamos el adiós en esta vida.

Después del entierro, estábamos la familia en la sala incluyendo mi tío Pedro, su medio hermano, hijo de *Chepa*, otra mujer de mi abuelito, con quien también había vivido mi mamá de niña. De pronto, un fuerte viento abrió la puerta. Nos quedamos impactados y sentimos la piel enchinada; me levanté para cerrarla y al asomarme a la calle en forma sorprendente, vi en el umbral del cerco, empujado por el viento, un suplemento de un periódico, que aún guardo. Me agaché y lo recogí y en la portada, ¡cual no sería mi sorpresa!, estaba el rostro de Jesús que con letras grandes decía: “Yo soy la resurrección y la vida”. ¿Cómo llegó ahí

arrastrado por el viento en ese momento? No me lo explica. Todos los que estábamos presentes, sentimos que mi mamá se había venido a despedir y a darnos un mensaje de vida y de esperanza. Ahora que reflexiono en ello, me pregunto si el amor puede ser tan fuerte que pueda trascender esas barreras desconocidas, manifestarse en forma palpable y hacernos sentir su presencia y protección, aunque ya no esté físicamente quien nos lo dio. Son esas experiencias las que nos hacen sentir que nunca, nunca estaremos solos.

XIII

En el mundo familiar y social de mi mamá, que era básicamente el barrio y las mamás de mis amigas, mi papá desempeñaba el lugar del esposo: estaba en las reuniones, invitaba a las familias de mis amigos al rancho, que por cierto tenía una pila como alberca de donde salía el enorme chorro del agua del pozo con el que se regaban las parcelas; eran unas vacaciones inolvidables. Mi mamá era su esposa, una mujer de su casa.

Ella contaba la historia de las diferentes madrastras con las que creció, pero sucedía una cosa muy curiosa: también éstas tuvieron otros maridos. Muchas de las mujeres de la familia y de las que llegaban a la casa, habían tenido varias parejas e hijos de diferentes papás y eso no les implicaba ninguna culpa; eran simpáticas, alegres como todas las mujeres de Sinaloa, con menos

prejuicios y, si el hombre las dejaba, porque ellas no los abandonaban por otros, eso sí lo recuerdo muy bien, no se les acababa el mundo; se daban nuevas oportunidades sentimentales y como no había anticonceptivos, pues tenían más hijos. Eran muy luchonas y trabajadoras; sacaban adelante a su familia. La misma vitalidad y alegría no les permitía clavarse en el abandono. Lo que sí no estaba permitido para ellas era poner los cuernos; cuando platicaban de algún caso, creo haber oído uno sólo en todo ese tiempo, eran muy señaladas, no estaba en el código femenino; los hombres en eso tenían más concesiones.

A los catorce años no tenía la madurez para entender el contexto de mi mamá o de mi papá; en mi conciencia cargaba la impotencia de no poder hacer nada para resolverlo, pues la vida de mi familia era normal, no se veía ningún asomo de que pudiera haber una ruptura. En esa época, cuando estaba sola, lloraba y lloraba y lloraba. Era un conflicto tal, al grado que, una noche de cielo estrellado que yo iba caminando hacia mi casa, sintiéndome la joven más desgraciada del mundo porque mis padres vivían en sacrilegio, pensé en suicidarme y pedir a través de mi sacrificio que mis papás volvieran al camino de Dios; no llegué a planearlo, ni nada, pero fantaseaba que con mi muerte mis padres dejarían de vivir en el pecado. Es una historia muy peculiar, porque mi papá, tenía a cada mujer en diferentes zonas de la ciudad; cuando viví en Pueblo Nuevo y estudiaba la primaria, nunca tuve ningún problema.

Me acuerdo que cuando estaba en quinto año de primaria, a raíz de una dificultad con una vecinita, me hablaron su mamá y su abuela y me comenzaron a decir que porqué me creía tanto si era la hija de una “querida”, que no era la esposa de mi papá y me comenzaron a echar todo el veneno que se puede depositar en la mente de una niña. Fui y le platicué a mi mamá: “Oye, fíjate que la mamá y la abuela de la *Lupita* me dijeron todo esto y no sé qué pensar”. Mi madre me aconsejó que no les hiciera caso pues eran unas viejas mentirosas y me quedé conforme, no era una preocupación mía.

Pero las cosas cambiaron cuando entré a la Secundaria 18, que está en el centro de la ciudad, a donde concurrían alumnos de todas las colonias de Mexicali. Mis amigas me preguntaban porqué ese señor iba por mí a la escuela. Todo mundo lo conocía.

De repente me decían: “Oye, vimos a tu papá con una señora en el carro, que no es tu mamá”. Comencé a tener que mentir. Ahí fue mi enfrentamiento social.

La contradicción religiosa vino después. Me pesó el pecado de mis papás; incluso cuando tenía 16 o 17 años quise hacerme monja; sentí que me llamaba Dios para ser religiosa. Cuando se lo conté a mi mamá se soltó llorando porque pensaba que yo quería ser monja para pagar la culpa de ella y me pidió que me esperara un año. Este desasosiego no lo había hablado con nadie aunque tuve buena comunicación con mi mamá y

le platicaba mis inquietudes, no me atrevía a decirle nada de sus pecados.

Tuve la ventaja de que como era aplicada, mis compañeras me pedían ayuda para explicarles cosas, para copiarme en los exámenes, algo que siempre permití porque las veía tan angustiadas; además, eso hacía que me quisieran. A veces hasta me esperaba nada más para estarles diciendo cada vez que se descuidaba el maestro, porque eran mis amigas y tenía que ayudarlas. Muchas de ellas vivían cerca de la Secundaria 18 y eran vecinos de la primera familia de mi papá, que tenía su casa en la colonia Nueva, por la Arista, entre las calles F y G.

Uno de mis medios hermanos, Manuel Sánchez Scobell, se parecía a Al Pacino y sigue estando guapo al igual que otros primos, Samuel y Jesús Sánchez Scobell que tenían el mismo apellido porque eran hijos de dos hermanos—mi papá y mi tío— y de dos hermanas. En esa época, mi papá y mi tío tenían mucho dinero porque les iba muy bien en el rancho. El precio del algodón estaba muy alto y ellos tenían además el subsidio del trabajo de Estados Unidos de mi papá, que ganaba bastante bien. Alguna vez una mamá de una amiga de ahí de la colonia Nueva, como que me hizo alguna insinuación o pregunta, pero me hice la desentendida. No daba explicaciones, pero jamás por ese motivo alguien me discriminó. Cuando había quinceañeras siempre me invitaban a ser una de las damas; bueno, ¡hasta les enseñaba el vals!

Pero sí sufría mucho; cómo lloraba por toda esa situación. Lo más grave de todo fue el aspecto religioso, que era el que más me abrumaba.

XIV

Cuando estaba en la preparatoria me invitaron a una reunión en casa de las Méndez: *Conchita*, Julia, Oralia y Olga; al llegar, había no menos de 30 muchachas de todo el rumbo. El propósito era formar un club social para superarnos y ayudar a la comunidad, convocado por la entonces diputada priista Socorro Acosta de García. El plan era muy atractivo; cuando se trató de elegir a la dirigente, en forma simultánea, todas me propusieron; me sentí conmovida, pues en realidad no había convivido con la mayoría de ellas, a muchas sólo las saludaba cuando me las encontraba y a otras nomás las conocía de vista.

Realizamos diversas actividades, incluso un baile muy divertido en un salón social de Mexicali y ahí la llevábamos, reuniéndonos e inventando cosas. El objetivo era que todas las integrantes del club obtuviéramos las becas que nos ofrecieron; que organizáramos cursos, paseos, campañas de limpieza; en fin, podíamos hacer una gran labor para mejorar nuestras condiciones de vida. Se activaron mis inquietudes sociales ante el compromiso y confianza que percibía de mis compañeras. Más tarde, nos llevaron a presentar con el entonces presidente municipal

de Mexicali, José María Rodríguez Mérida, *Chemalo*, quien nos trató con una gran sonrisa, nos animó a que hiciéramos muchas cosas y prometió que nos apoyaría.

Todo se descompuso cuando nos quisieron llevar a eventos del PRI; defendí nuestra independencia, pues eso no se nos había dicho cuando aceptamos formar el club; ya no nos gustó, ni a mí ni a otras de las compañeras. Nos desanimamos y ya no le seguimos, ni el club continuó, y los que nos apoyaban cuando vieron que no jalábamos con el PRI, nos abandonaron también. En ese momento no tenía la suficiente claridad para ubicar ese hecho sino hasta tiempo después, pero lo intuí.

XV

En 1965, cuando cursaba el segundo año de la preparatoria, hicimos un movimiento en el que nos involucramos muchos compañeros para tumbar al entonces rector de la Universidad Autónoma de Baja California, el doctor Santos Silva Cota. Yo formaba parte de la mesa directiva; pertenecía a la planilla azul, la de los "fresas", encabezada por Eduardo Almeida. Nos habían invitado a todos los jefes de grupo para formar esa planilla y participar en las elecciones de la sociedad de alumnos. La planilla contrincante era la guinda, la de los rojos, los comunistas. Les ganamos por unos pocos votos porque fueron unas elecciones muy competidas, casi

mitad y mitad. Pero a la hora de la lucha estudiantil, también los rojillos participaron, algunos incluso dirigentes como José Luis Alonso Vargas, el *Chelis*, que después fue guerrillero. Recuerdo a un destacado orador del movimiento que se llamaba Guillermo Madrigal, —que a mí me gustaba mucho por cierto—. Murió del corazón, como de unos 30 y tantos años de edad.

En segundo año de preparatoria me eligieron jefa de grupo porque en primero fue el Almeida, quien ya había sido presidente de la sociedad de alumnos en la Secundaria 18; era buen orador y tenía una personalidad como de señor mayor, de adulto. Muy formal, muy solemne para hablar. Cuando se dirigía a nosotros lo hacía como si fuéramos niños; estábamos en el mismo salón y de inmediato fue reconocido como líder.

La mesa directiva de la sociedad de alumnos de la preparatoria de Mexicali quedó integrada por Eduardo Almeida como presidente; Sergio Sariñana estaba en una posición de segundo, algo así como de vicepresidente; luego estaba Aída González, que ahora es notaria; ella era la tesorera y yo era la secretaria de actas y acuerdos, entre otros.

Las cosas se complicaron porque comenzó la inquietud por quitar al rector, a Santos Silva Cota, pues él era el tesorero, el secretario, el rector, todo; y se decía que la Universidad de Baja California no prosperaba porque teníamos a un cacique. Total que nos convencieron y nos lanzamos al movimiento para quitarlo.

Cuando nos comprometimos en esta actividad estudiantil llegaron los compañeros de la Escuela de Economía; el líder se llamaba José de la Paz Valenzuela Pasillas y todo mundo lo conocíamos como el *Pasillas*, que era su nombre de batalla. Vinieron para invitarnos a formar la Federación de Estudiantes Universitarios Bajacalifornianos (FEUB), con la idea principal de luchar por el aumento al presupuesto de la Universidad, a diferencia nuestra que queríamos tumbar al rector.

Se pensaba que teníamos que luchar por las universidades y que el malo era el rector. Cuando fuimos a una junta a Tecate para lo de la federación universitaria, los compañeros de Tijuana planteaban otros objetivos: aumento del diez por ciento del presupuesto para la Universidad; edificios propios, maestros de tiempo completo, una participación en la elección de los directivos y en las decisiones universitarias. Ellos proponían la reforma universitaria, la revisión de los planes de estudio, el mejoramiento del nivel académico, de las actividades deportivas, de investigación; estaban más avanzados y nosotros no sabíamos nada de eso.

El *Pasillas*, Jorge Manuel Olmos, Andrés Márquez, Rogelio Vizcaíno, Brunelda Burrola, Manuel Medina, Carlos Dávila, alumnos de la Escuela de Economía, Comercio y Administración y de la Preparatoria Tijuana de la UABC, así como Perfecto Lara y Jorge González Pereyra de Tecate,

formaban un grupo avanzado políticamente; comenzaron a hacer labor para que nos uniéramos, ya que éramos los representantes estudiantiles de la Preparatoria Mexicali.

Nos invitaron a una reunión en Tecate, y como andábamos en el movimiento de la preparatoria, fuimos un “chorro”, y de las otras escuelas fueron menos. Perfecto Lara, que era presidente de la sociedad de alumnos de la Preparatoria de Tecate, y que después fue presidente municipal y diputado local, fue el anfitrión; él ya estaba casado; aun cuando era un compañero joven, tenía un niño o dos. Recuerdo que nos dieron unas tortas riquísimas, de lomo adobado, que son históricas, de la tortería El Pollo, que todavía existe.

Nosotros no dejábamos progresar el proyecto de la federación, porque estábamos friegue y friegue que primero teníamos que quitar al rector, para que se pudieran solucionar todos los problemas de la Universidad. Para los preparatorianos, el rector era el obstáculo principal. Estábamos bien aferrados, bien enojados. Ellos hicieron algún intento de defender al rector, pero para nosotros, éste era un déspota; total que aquéllos tuvieron que enrolarse con nosotros, a cambio de que nos incorporáramos al proyecto de la FEUB.

En esa reunión éramos mayoría, pero ya habíamos hablado con los de la Escuela de Pedagogía; total que hicimos una manifestación y quemamos una caja de cartón en forma de féretro con el nombre del rector. Llegamos hasta

la calle B, ahí estaba entonces la rectoría de la Universidad, junto con la Escuela de Ciencias Políticas. Me acuerdo que Rosa María Mancilla trabajaba en la tesorería y su hermana, Martha Lilia, era secretaria del rector en las mañanas. Esta última era compañera nuestra, estudiaba en la preparatoria, en el turno vespertino.

Estábamos furiosos con el rector. Me acuerdo que teníamos que hacer un pliego petitorio porque éste, nos mandó decir que por escrito le dijéramos lo que queríamos. Pasé a dictarlo a la oficina de Santos Silva y Martha Lilia comienza escribiendo: "Distinguido señor rector". Le dije: "No, no le pongas distinguido"; entonces ella se enojó conmigo y me repeló: "Es que es elemental que le ponga distinguido, es el rector de la universidad". No me acuerdo si lo escribió, pero le expresamos nuestras demandas en esa carta; yo no iba sola, estaba el Sariñana conmigo y afuera el resto de los compañeros. Al rector le llevamos la carta gritándole "muera", con mantas y todo el desmadre.

Casi toda la prepa estaba metida en la lucha; éramos entre 300 y 500 estudiantes. Salió Santos Silva y comenzó a referirse a la carta que le acabábamos de dirigir. Nos contó que cuando él recibió el nombramiento y la placa que decía Universidad Autónoma de Baja California, al salir de la ceremonia los metió en la cajuela de su carro y se puso a pensar cómo iba a ser la universidad porque ésta no existía; sólo el decreto, la placa y su nombramiento. Designó al secretario, al tesorero, al

presidente del patronato o sea a toda la bola de funcionarios y comenzó a reflexionar por dónde empezar. La universidad primero necesitaba escuelas preparatorias, por eso se fundaron de inmediato; requería de maestros que supieran dar clases y así creó la Escuela de Pedagogía; luego pensó que la región precisaba desarrollarse económicamente y por eso se abrió la Escuela de Economía; para explotar los inmensos recursos marinos del estado se formó la Escuela de Ciencias Marinas; el valle de Mexicali, comarca agrícola, debía tener una Escuela de Agricultura; a los negocios les urgían contadores, de ahí nacieron las escuelas de Contabilidad; para los problemas de salud, se creó la Escuela de Enfermería. El proyecto de la universidad era un proyecto visionario, según las palabras de Santos Silva.

Nos aclaró que como la universidad no representaba ingresos ni poder político, le renunciaron el tesorero, el secretario, los integrantes del patronato y lógicamente alguien tenía que encargarse de todo, pero que él no había ocupado esos puestos porque lo hubiera querido, sino porque la universidad tenía que seguir adelante.

A todos nos dejó sorprendidos y nos quebramos, pero entonces tomó la palabra Sergio Sariñana y comenzó a decir: “Sí, señor rector, nos va a hacer llorar con su historia, pero nosotros sabemos otra”, y le enumeró sus errores. Luego tomó la palabra Madrigal y nos volvió a prender y

terminamos otra vez pidiendo la cabeza del rector. A pesar de que hubo mucho apoyo hacia él de las autoridades, que lo sostuvieron un buen rato, finalmente lo tumbamos.

Nos fuimos a huelga. Los compañeros más “locochones” de la prepa, como el *Cobra* y toda su banda se mantuvieron firmes, aunque mucha gente decía que era una huelga loca porque estábamos en vacaciones de Semana Santa. Realmente no era huelga, porque no había clases, pero pensábamos: “De todos modos no la vamos a abandonar; qué les vamos a decir a nuestros hijos el día de mañana, ¿qué no defendimos la universidad?” Como que nos entró una actitud heroica, de que deberíamos defender el futuro.

Años después, no sé si veinte o más, me enteré por pláticas con compañeros, que había sido un plan del PAN para quitar a un rector progresista; bueno del PAN y de los empresarios, para cambiar el proyecto, la visión o el camino que llevaba la universidad. Ya había muchas escuelas aunque la mayoría estuvieran en lugares rentados o prestados; no teníamos aún edificios, sí muchas limitaciones, pero la universidad ya empezaba.

XVI

En esos años volví a escuchar palabras que no oía desde sexto año de primaria: marxismo, socialismo, comunismo, porque los de la corriente de izquierda de la prepa se declaraban marxistas, socialistas,

comunistas y yo sólo tenía una referencia de cuando mi mamá me dijo que eso era malo. Al principio, me asusté: “¡uy, son comunistas!” Pero cuando estuvimos participando en el movimiento, que se difundió bastante porque el *Chelís*, uno de los líderes, era rockero antes que comunista y tenía montón de amigos, mucha “banda”. Él vivía en la colonia Burócrata, tenía amistad con jóvenes de clase media, que eran sus compas; me comenzaron a caer bien porque estábamos juntos en las huelgas, en las marchas, en todo.

Políticamente era subdesarrollada. Nunca leí el periódico hasta que comenzamos a aparecer en las noticias. Dedicaba cinco o seis horas diarias al estudio, pero aprendía sólo de lo que decían los libros y los maestros. Mi papá me compraba los libros de todas las materias y yo los leía desde la introducción, me gustaba identificarme con el autor, pero no ubicaba en la realidad todos esos conocimientos; era como un archivo y estaba totalmente desvinculada de mi estado y de mi país.

Una vez, en un baile de la prepa en el Casino de Mexicali, *Pasillas* me sacó a bailar y me sentí halagada porque él era líder estudiantil. Me dijo: “Soy marxista ¿qué opinas?” Le respondí: “No sé lo que será el marxismo, pero tengo varios amigos marxistas que creo que son gente con ideales, trabajadoras, buenos compañeros, y pienso que no ha de ser tan malo”. Después, en la prepa, en la clase de sociología, que impartía Arturo Ibarra Ojeda, nos dejó de tarea: “A ver, cada quien va a

preparar un tema"; y entre los que mencionó estaba el marxismo y lo escogí, para saber de qué se trataba.

No sabía la relación entre marxismo y socialismo. Le pedí a Enrique Núñez, el *Nuni*, que era uno de los más estudiosos del socialismo: "Ayúdame a preparar este trabajo". Le encantó. Nos pusimos de acuerdo para estudiar en mi casa y me llegó como con diez libros y revistas de la China comunista y de la URSS y nos pasamos horas y horas estudiando. Cuando le preguntaba: "Pero, el marxismo ¿qué es?", él me explicaba el origen del socialismo, los escritos de Marx, y cómo se habían desarrollado las diferentes corrientes dentro del socialismo, la lucha de clases, el materialismo histórico, la dictadura del proletariado, el comunismo, como fase superior del socialismo, etcétera.

Me cambió la vida. Entendí lo que era el desarrollo de la sociedad, y ubiqué mi problema familiar como una manifestación de un sistema discriminatorio, subdesarrollado; me salí de mi esfera y me hice una habitante del mundo.

Comencé a platicarle a mis amigas lo que era el socialismo; el tema me había entusiasmado de sobremanera: la desaparición de la explotación del hombre por el hombre, la abolición de la propiedad privada que marcaba esas diferencias entre las sociedades. Me acuerdo que una amiga comenzó a decir un "chorratal" de cosas en contra del comunismo y del socialismo; ella estaba más enterada y era de una familia de menores recursos que la mía; me dio coraje que se pusiera

a alegarme con tanta ignorancia, repitiendo lo que nos decían siempre, que los comunistas te quitan los hijos, esos argumentos como los de mi mamá; nos enfrascamos en una discusión y las otras nomás nos oían.

Un poquito antes de esto, durante el movimiento estudiantil, íbamos Eduardo Almeida y yo caminando enfrente de la prepa y me dice: “Oye, *Lupita* ¿tú qué opinarías de que nos opusiéramos a la guerra de Vietnam?” Había oído algo en la radio o en la televisión y me quedé pensando y le respondí: “¡Ay! ¿por qué tenemos que andarnos preocupando por una guerra que está tan lejos?” Se quedó callado y esto lo comento como una muestra de mi ignorancia en estos temas.

Por otro lado, estaba el Pentatlón universitario en donde se preparaba a los estudiantes para obedecer. Se presentaba como una actividad deportiva y los que pertenecían a esta agrupación tenían facilidades para irse a estudiar a cualquier universidad de la república, pero la mentalidad que les inculcaban era de tipo fascistoide. Sin embargo, en todos los años que estuve en la Universidad nunca se dio una confrontación estudiantil, ni un ataque del Pentatlón. En ese tiempo, el director de la prepa era Carlos Juvera Calderón, que duró casi doce años en el cargo y el subdirector era Alejandro Aranda. Este último era promotor de actividades entre estudiantes que él seleccionaba; por ejemplo el rollo

de Pentatlón, que eran grupos de choque, especie de porros.

Alfonso Fierro Márquez, el *Catete*, me platicó cómo estaba todo el asunto y me dijo: “A nosotros no nos importa, si nos dicen que los golpeemos, los golpeamos, pero tú no te preocupes porque eres mi amiga”. Él era uno de los dirigentes estudiantiles del Pentatlón.

XVII

A partir de entonces comencé a preocuparme y a ver con otros ojos todo lo que pasaba en torno a mí, en el país y en el extranjero; comencé a leer los periódicos y a hacer corajes por la distorsión de las noticias. De todos modos fue un proceso lento; en eso, poco antes de salir de la preparatoria, la psicóloga Margarita Montaña me hizo, como a otros compañeros, el examen de orientación vocacional y la profesora insistió que me metiera a ciencias políticas, que esa era mi vocación.

Aun cuando a mí me atrajo y me convenció la visión del socialismo, todavía en esta etapa mi conocimiento era muy superficial; pero cuando entré a la Escuela de Ciencias Políticas me hice novia del *Pasillas*. Pasó un año desde aquel baile, y como él vivía en Tijuana, venía cada fin de semana a verme y parte de nuestra relación era aleccionarme. Todos los amigos que estuvieron en esa época en la Juventud Comunista, tenían la obligación de convertir a sus novias al marxismo.

Él me dejaba libros y cuando nos volvíamos a ver le platicaba lo que había leído, y me iba explicando el entorno, la economía de guerra, la provocación de conflictos armados en el mundo para echar a andar la economía, reflexiones ajenas a mis estudios.

Tenía todavía muchas reservas porque el *Pasillas* me comenzó a platicar de la Juventud y del Partido Comunista, pero no era tan fácil que yo me quisiera involucrar en una célula. Me acuerdo que cuando éramos novios le decía: “Oye, vamos a misa ¿no?”, porque él llegaba el fin de semana y nos veíamos sábado y domingo y por la noche se regresaba a Tijuana. Era muy *nice* ir con el novio a misa de doce los domingos. Quería que él fuera conmigo, pero me decía: “No vayas”. “Pero ¿cómo crees que no voy a ir?”, le replicaba.

Él era ateo, por supuesto, por lo que me comenzó a hablar de todo el rollo de la religión como el opio de los pueblos, de la visión materialista del mundo. Dejé de ir a misa, no porque no creyera en Dios sino por la iglesia; empecé a desconfiar de la jerarquía católica, pues con tanta discusión filosófica y lecturas, tuve dudas de la existencia de Dios y eso me creó un conflicto personal enorme. Cuando me di cuenta, me causó una crisis existencial tan, tan grande, que le pedí a Dios que si existía, me diera una prueba y me la dio.

Un día estaba quedándome dormida cuando, de repente, vi una inmensa luz en mi cuarto; sentí que era la presencia de Dios y me arrodillé, le di gracias y le pedí entender. A partir de entonces,

jamás volví a dudar de su existencia, pero sí de todo lo que había aprendido sobre él y elaboré mi propia visión religiosa. Cuando leía la Biblia ya podía ser crítica y dejé de leer el Antiguo Testamento porque me cayó gordo tanto rencor por parte de Jehová y todas las locuras que hay en esos textos. Finalmente dejé de leer la Biblia.

XVIII

Me acuerdo que David Piñera Ramírez, actualmente miembro de la Academia Mexicana de Historia, era entonces funcionario, creo que de Difusión Cultural de la UABC. Piñera, junto con el STIC (Sindicato de Trabajadores de la Industria Cinematográfica) organizaba un cine-club en el BOL STIC, donde pasaban desde películas rusas hasta del *Indio* Fernández y, antes de cada función, daban una hojita donde además de información sobre la película, servía para recabar la opinión del público.

Íbamos estudiantes de la prepa, de ciencias políticas, algunos maestros y personas de otros sectores. Recuerdo que una vez pasaron un famoso documental, muy interesante, sobre la revolución mexicana. Se hizo una discusión. La polémica fue sobre la Convención de Aguascalientes. Entre los puntos que se discutieron fueron: ¿Cómo se había desarrollado la Convención?, ¿cuáles habrían sido los desacuerdos que llevaron a Villa a formar el gobierno de la Convención?, ¿cómo estuvo la partida de Carranza a Veracruz? En fin, la reseña histórica.

Como estaba en la prepa, y estudiaba historia de México, me sabía los acontecimientos

con lujo de detalles, con fechas y nombres. Entonces, se levantó un señor ya mayor y dijo que el problema entre Villa, Zapata y Carranza había sido que no eran iguales, que cada uno tenía sus intereses, y explicó su visión de lo que esperaba de la revolución, su historia, su lucha y que eso era lo fundamental.

Hasta hoy recuerdo esas palabras. Lo que en un momento dado menos importa es dónde y en qué fecha. No tenía una visión analítica o crítica de lo que leía y aprendía; sí, razonaba, nunca fui “machetera”, entendía las cosas pero no las analizaba, no tenía ese recurso. Este descubrimiento me impactó.

Cuando terminamos el segundo año de prepa, casi todos los amigos que habíamos participado en el movimiento en contra del rector, el Sariñana, Eduardo Almeida, Madrigal, y Álvarez Oyoki reprobaron, aunque eran buenos estudiantes. Me acuerdo que Álvarez Oyoki y Sariñana decían: “No vamos a estudiar para la prueba de biología porque tenemos diez y con un dos pasamos”, pero sacaron cero. La única de todo el comité estudiantil que en ese momento recibió su certificado de preparatoria fui yo; además saqué el segundo lugar de promedio de toda la prepa, con 9.98, por culpa del nueve en educación física. Leo, el profesor de esa materia, sólo les ponía diez a los hijos de gente importante y de políticos, aunque los estudiantes no se pararan en la clase. En cambio, a los que

destacaban en el deporte, o que nunca faltábamos y hacíamos los ejercicios, si no nos conocía por nuestros apellidos, nos ejecutaba. Al compañero de la tarde que ni siquiera llevaba educación física le pusieron diez, y por eso me ganó el primer lugar. ¡Todavía no se me olvida! Tengo fotos de cuando me están premiando y otras con ellos, mis compañeros del movimiento, que estaban eufóricos, felices, como que el premio nos lo habíamos sacado todos.

XIX

Tenía planes de irme a la ciudad de México para seguir la carrera de medicina; todavía no se me ocurría estudiar economía, pero tenía un tío que era autor de libros de matemáticas, José María Sánchez Meza, que fue de los que se quedaron en Ciudad Juárez cuando se los llevó mi abuelito. Como era el más chico de todos los hermanos, los mayores le pagaron la carrera magisterial; luego hizo la normal superior y se graduó como maestro de matemáticas y escribió libros de texto de secundaria, en los que estaba el retrato de mis abuelitos. Todos los profesores de matemáticas iban a estudiar al DF., porque él daba clases en verano, en la Normal Superior de México, y a los alumnos que tenía, los convertía en distribuidores de sus libros. Yo era la sobrina de Sánchez Meza, con diez en matemáticas, hacía honor al apellido. Mis compañeros veían en mi casa el retrato de mis abuelitos que venía en el libro de texto; eso era un motivo de distinción.

Mi tío convenció a mi papá que yo estudiara en Mexicali para que no dejara de vivir en mi casa y le prometió que él, con sus influencias, me conseguiría un trabajo en la Secundaria 18, con lo que sostendría mis estudios.

Comenté en mi casa lo que me había dicho la psicóloga, justo cuando estaba haciendo planes para irme a estudiar a Guadalajara, y la verdad que no me acuerdo ni qué quería estudiar, porque toda la vida mi papá quiso que fuera médica y así crecí, con esa idea. Incluso, en la secundaria estuve en el taller de enfermería con el doctor Gamaliel Gutiérrez donde aprendí a inyectar, a hacer un entablillado, tomar la temperatura, y no me acuerdo qué más porque toda la clase era de puro cotorreo, pero asistía porque iba a estudiar medicina. En la prepa comencé a darme cuenta que no me gustaba la biología como para dedicarme a ella; no me atraía y entré en *shock*, en conflicto, porque ya no sabía qué quería estudiar.

Mi papá, influido por mi tío *Chema*, me decía: “¿Para qué te vas?” Yo planeaba irme a Guadalajara o a México, a ver qué me gustaba. Mi papá insistía: “Mi’jita, si ya te dijeron ahí en la prepa que servías para esa Escuela de Ciencias Políticas, ¿para qué te vas lejos de la familia?”. Esa era la idea de mi tío *Chema*, que los hijos deberíamos estar en la casa, hasta que te recibieras y te casaras.

A regañadientes me fui a inscribir a Ciencias Políticas, porque la verdad no me atraía. Lo que a mí me gustaba eran las matemáticas y esa carrera era un 80 o 90 por ciento humanista. Entré a la escuela.

XX

La situación en mi casa estaba difícil y tuve necesidad de trabajar para continuar estudiando. Recién salida de la prepa, con dieciocho años, mi tío, el maestro, me consiguió trabajo en la Secundaria 18 como prefecta. Trabajé año y medio nada más, pero fue una experiencia muy, muy bonita.

El director de la secundaria, José Reyes Ayala, que era amigo de mi tío, me leyó el reglamento y enumeró las reglas que debían observar alumnos y maestros. Por ejemplo, el profesor de inglés era muy dado a sacar a los muchachos de clase cuando lo molestaban; al verlos fuera de clase yo les preguntaba:

—¿Qué pasó?, ¿qué andas haciendo?

—Me sacó el profesor—, me contestaban.

—A ver, no te puede sacar, vamos—. Y los llevaba a su salón.

—Maestro:¿qué problema hay con este joven?

—Es que está dando lata y no me deja dar la clase.

—Entonces vamos a llamar a su papá para que platiquemos con él y nos apoye.

—No, no, ya que pase, que pase—, me respondía molesto el profesor.

Había otro prefecto que se llamaba Raúl; estudiaba pedagogía en la universidad y tuvo muchos problemas con los estudiantes. A las jovencitas que eran las más populares y bailadoras

las llamaba lacras; ofendía a los alumnos, le gustaba hacerse amigo de los jóvenes para que le platicaran lo que pensaban o lo que veían. Raúl y yo además, les poníamos los retardos a los maestros que llegaban tarde. No había tarjetas sino que anotábamos en una lista los horarios donde cada maestro tenía que firmar.

Me acuerdo que Francisco Jasso, el profesor de música, un día fue a hablar conmigo y me dijo: “Bueno, *Lupita*, tienes que definir de qué lado estás, del de los maestros que somos tus compañeros o del de los alumnos”. Le contesté que no estaba en contra de los maestros ni de los alumnos, simplemente mi compromiso era que se respetara el reglamento de la escuela y que así me lo había indicado el director, quien también ya estaba espantado de la cuerda que me había dado, porque comencé a hacer expedientes de los jóvenes con problemas.

Una de las secretarías, Elba Galván, que durante años fue la secretaria de la 18, me dijo que era la primera prefecta que tenía expedientes de los estudiantes, porque me puse a llamar a los alumnos con problemas, a sus papás, a hacer programas muy elementales, a pesar de que no tenía ninguna experiencia para evaluar a los muchachos.

Nunca planeo ser profesora, que es lo que ahora hago, en una preparatoria tecnológica. Tenía otras ambiciones; en esa época, los maestros ganaban bien, tenían buenos carros, vivían en la colonia Burócrata, que es una de las mejores de

Mexicali o en la Nueva que era la mejor y hasta se iban de vacaciones a Europa. Me parecía, quizá porque nunca lo reflexioné, que era muy limitado su campo de acción, porque estaban nomás en los salones de clase y hasta ahí llegaba su influencia y lo que yo quería era transformar a la sociedad. Conocía poco de Marx, lo mío era una vieja intuición. Cuando algún maestro tenía que ausentarse, entraba a dar la clase, pero como no sabía la materia, platicaba con los alumnos sobre lo que estaba aprendiendo en ciencias políticas: les hablaba de los filósofos griegos, de los pensadores como Rousseau, Voltaire, a un nivel que a ellos les interesara. Me escuchaban con atención, pero no sabía lo que estaba provocando en ellos.

Al año de estar trabajando, de repente hubo un escándalo en la secundaria, porque el grupo de segundo "D" hizo huelga y no quería que le diera clase el profesor García, al que le decían el *Pachuco*. Fue un alboroto inédito. Fui a ver qué pasaba porque los chamacos estaban afuera, gritando y haciendo barullo; les pregunté: "¿Qué pasa muchachos?" Me contestaron: "Maestra, usted nos enseñó que teníamos que defender nuestros derechos". Me quedé sorprendida; en eso, el profesor Rigoberto Álvarez, el subdirector, voltea y me ve y volteo y lo veo; como que hubo la impresión de que yo estaba provocando ese movimiento, cuando sólo fui a ver que pasaba. El hecho de que mi tío fuera tan importante en el sindicato magisterial impidió que me cesaran de inmediato; es más

ni siquiera me llamaron la atención, pero mi tío me platicó que Reyes Ayala le había dicho: “¡Oye, tu sobrina es muy grilla ! Cálmala”.

Recuerdo con cariño, cuando las niñas llegaban y me preguntaban: “Maestra ¿Qué se necesita estudiar para ser prefecta?” Me enternecía pensar que podría ser un ideal a seguir. Les explicaba que estaba estudiando una carrera universitaria.

Como ganaba dinero, me parecía que tenía un mundo ideal: un trabajo donde me gustaba convivir con los casi niños que entraban a la escuela, porque era prefecta de los primeros años. Un día en el periódico de la secundaria me pusieron la gallina y sus pollitos, porque los jovencitos siempre me andaban siguiendo para todos lados. Además, yo podía hacer mis gastos; lo primero que hice fue comprarme todos los libros que me recomendaron los maestros.

Entre mis profesores favoritos recuerdo a Arturo Ibarra Ojeda, que aun cuando era muy impersonal en el trato que nos daba, sus clases eran interesantes y nos inducía a leer. Ibarra Ojeda le daba categoría a la clase, la hacía tipo conferencia. Por entonces, se había abierto la librería El Día, de Alfredo Sánchez de la Vega, comunista, quien empezó a traer libros novedosos y además ponía buenas ofertas de los que se le quedaban. Esa librería se convirtió en una especie de centro cultural universitario. La gente iba y platicaba, se la pasaba horas y había

una relación del librero con sus clientes. Esa librería estimuló mucho el ambiente cultural mexicalense. Además, quedaba a la vuelta de la escuela, por la Obregón. Eso hacía que compráramos más libros. A mí me gustaba, era como ir a tomarse un café aunque no hubiera cafetería. Sánchez de la Vega te recomendaba libros, platicaba con uno o te encontrabas a otros compañeros que te decían: “Este libro está muy bueno, ya leíste éste o el otro”. Todo eso lo disfrutaba.

XXI

El movimiento estudiantil continuó con los trabajos de la organización de la FEUB, pero como ya se habían ido Almeida, Sariñana y Madrigal a estudiar fuera, me vinculé más con los compañeros de Tijuana.

Dentro de la federación universitaria, Mexicali tenía más escuelas, más votos, pero la escuela líder era la de Ciencias Políticas, que estaba totalmente influenciada por el PRI, debido a Fernando Medina, que era alumno y cuñado del gobernador de Baja California, Raúl Sánchez Díaz. Yo era de la tercera generación y los compañeros de las promociones anteriores trabajaban en las dependencias gubernamentales. A los de primer ingreso, luego, luego, comenzaban a ofrecerles trabajo. La línea que se marcaba, principalmente en Mexicali, era oficialista y priista, pero no me identificaba con ella.

En las asambleas de la escuela, que éramos entre 40 y 60 alumnos, yo era una voz en el desierto; si decía que lo verde era verde y todo mundo decía que blanco, que lo verde era blanco, pues ganaba esto último. Por otro lado, me gustaban las matemáticas y en la escuela llevaba una sólo clase de estadística, que era muy elemental, al grado que el maestro no me hizo el examen porque lo cuestionaba, pero cuando fui a recoger la calificación resulta que me había puesto un siete. Me quise morir porque me gustaba sacarme puros dieces.

Leía muchísimo: libros de doctrinas políticas, de filosofía. Académicamente, la escuela no me satisfizo y políticamente menos. Además conocía la carrera de economía y el *Pasillas* me platicaba que ciencias políticas era puro cotorreo, que había que conocer los procesos internos de la Economía y cuantificarlos y así me fui orientando hacia esa carrera.

Realmente me interesó la Escuela de economía; es más, el *Pasillas* nunca me dijo “vente a Economía”; cuando me cambié no le gustó, porque él ensalzaba economía para chotear mi carrera. Tomé la decisión sola. Cuando *Pasillas* venía a verme los fines de semana parecía que no tenía ojos más que para mí; en mi casa lo adoraban, enseñaba a mis hermanos karate, lucha olímpica, ajedrez, platicaba con mi mamá, le traía regalos a todo mundo y creo que yo hasta era media “gachona” con él. Cuando él se iba le decía: “Me voy a ir al baile de la normal o al de la prepa”. Alguna

vez me llegó a decir: “¿Para qué vas?” “Porque me gusta mucho bailar, ¿o qué?”, le contestaba. Su marxismo no le permitía decirme que no fuera, pero sí se la pasaba lavándome el “coco” todo el tiempo.

Casualmente, antes de un baile me encuentro a mi amiga Aída González, hija del notario público Gonzalo González, que se había ido a estudiar derecho a Guadalajara. Algunas de las reuniones durante el movimiento estudiantil habían sido en su casa, porque su papá era una persona interesada y nos daba sus opiniones. Aída tenía una hermana, Magdalena. Aída y yo fuimos muy amigas en la prepa; le chismee que me pretendía el *Pasillas*, aquel dirigente que así y asado y Aída me dijo: “Oye, déjame platicarte que el *Pasillas* pretende a mi hermana Magdalena y va a la casa y sale con ella”. ¡Resulta que después de más de un año de estarme lavando el coco, el *Pasillas* también visitaba a Magdalena! Fue una desilusión, pero no muy grande porque no le tenía mucho afecto.

Me enojé e invité a mi amigo Carlos Sosa al baile, que por cierto era de disfraces. Yo sabía coser ropa, había aprendido en la Casa de la Juventud de Mexicali, no muy bien, pero lo suficiente para hacerme un vestido para cada fiesta u ocasión. Iba y compraba en Caléxico un retazo de tela de un dólar y de ahí me salía un vestido. Me hice uno tipo gitana de una tela anaranjada con bolas blancas y con unas barbitas, total que me veía “muy suave” y que llego a la fiesta y que llega Carlos; ya estábamos

sentados en una mesa y en eso voy al baño y me encuentro al *Pasillas* que estaba en el *lobby* del Casino de Mexicali y me dice:

—Ya llegué—, a lo que le respondí:

—¿Ah sí?, y de donde vienes, ¿de Tijuana o de ver a Magdalena González?—. Se quedó estupefacto. Añadí:

—No tuve manera de avisarte que invité a otro amigo al baile porque no me gustan los engaños y si ya tienes compromiso con Magdalena, ve a visitarla y por favor no me vuelvas a molestar.

Pasillas se la pasaba diciéndome que fuera su novia. Fue entonces cuando me hice novia de Carlos, un hombre de más edad, de 26 o 27 años. No sabía que él estaba casado y era muy atento conmigo; me acuerdo que me gustaban las uvas y me las regalaba; me invitaba a comer. Por ejemplo, en el desfile del 20 de Noviembre, él era de los responsables junto con los profesores Chicati, Armando Rodríguez y Samuel Godínez. Después del desfile nos fuimos al cine y a comer comida china; los maestros hacían reuniones seguidas por cualquier motivo, principalmente en la casa de la señora Elvira, que vivía en el multifamiliar que está a un lado del Seguro Social y que hacía ricas comidas. Era una de las secretarías, atenta, amable.

Aún nadie me había besado en la boca; un cuate en la prepa me había besado arriba de la oreja, bailando de cachetito. Cuando una vez en

el cine Curto, Carlos me besó, estaba “todísima” sacada de onda. Fue el primero de muchos besos y me estaba enamorando de él.

A los dos meses de salir con él, me habla la profesora Estelita, esposa del profesor Chicati, que daba clases de mecanografía y me hace una revelación: “*Lupita*, tengo que hablar contigo, te quiero mucho, fuiste alumna de la escuela y déjame decirte que Carlos y Chicati son muy amigos, él va mucho a la casa y está muy enamorado de ti, al grado de que se quiere divorciar para casarse contigo”. Sentí que se me cayó la Secundaria 18 en la cabeza. Le dije: “¿Qué! ¿Carlos es casado?” “Sí”, me confirmó “y creo que tiene dos hijos o tres”; me quedé como si me hubieran dado un campanazo adentro de la cabeza. Cuando tuve oportunidad de verlo, llegó muy sonriente a saludarme, y le reclamé que cómo era posible que me hubiera engañado. Me confesó que estaba enamorado de mí, que no amaba a su esposa, que se había casado porque ella había salido embarazada, pero que no se llevaban bien, que pensaba divorciarse y no burlarse ni abusar de mí y que, sobre todo, me quería muchísima. Inconmovible, le expresé que dábamos por terminadas nuestras relaciones, a lo que angustiado respondió que estaba separado y que si se divorciaba, quedaría libre. Le sentencié que jamás me casaría con un divorciado; que yo le había platicado mi historia familiar y que cómo podía creer que le iba a dar esa decepción a mi madre; porque si ella no se pudo casar

por la iglesia, con ilusión esperaba que yo lo hiciera y de blanco. Fui terminante con él: "Por favor, no me vuelvas a molestar". Por otra parte, en esa época no tenía el mínimo interés en casarme, eso estaba en mis planes más remotos, lo pensaría cuando terminara mi carrera.

Además, hubiera sido repetir la historia de mi mamá; me hice el juramento de que jamás iba a permitir que me pasara lo mismo que a ella: compartir un hombre con otra esposa o mujeres.

Pasaron unos tres o cinco meses de este incidente y volví a ver al *Pasillas*, y me dio una explicación, una justificación, de que no había nada formal ni noviazgo con Magdalena; "chequé" con Aída y me dijo que sí, que él y su hermana nunca se habían hecho novios y que pensaba que coincidíamos más *Pasillas* y yo, porque su hermana estudiaba pintura, era de una corriente más *snob*, indiferente a las inquietudes sociales.

XXII

Mi trabajo en la Secundaria 18 era una combinación perfecta: era independiente económicamente, ayudaba a mi casa y estudiaba una carrera universitaria. Salía de trabajar a las dos de la tarde y entraba a la Escuela de Ciencias Políticas a las cuatro. Me daba tiempo de ir a comer a mi casa, e ir a clases de cuatro a nueve de la noche.

Comenzaron con mucho ímpetu los trabajos para formar la Federación de Estudiantes

Universitarios; diferentes sociedades de alumnos de escuelas se enrolaron en la organización de dicha federación.

José de la Paz Valenzuela, *Pasillas*, junto con algún compañero, visitaba a los dirigentes de la Sociedad de Alumnos de Ciencias Políticas, y así como llegaban con nosotros iban a las demás escuelas; también compañeros de la Escuela de Contabilidad hacían proselitismo, logrando así consenso para organizarnos y luchar por el desarrollo de la Universidad Autónoma de Baja California.

La Secundaria 18 estaba en un lugar céntrico y ahí había máquina de escribir y hojas. Esta escuela se convirtió en un centro de reunión en el que circulaban los compañeros, los de Mexicali o los que llegaban de Tijuana. Cuando estaba de prefecta hubo una reunión de la Federación Estatal de Estudiantes Bajacalifornianos (FEEB), porque dicha secundaria era también miembro de esa organización estudiantil, dado que Milton Castellanos Gout, el hijo del que después fue gobernador del estado, cuando estudió ahí había incorporado a la sociedad de alumnos a esa federación.

La 18 fue la sede del Congreso de la Federación de Estudiantes Bajacalifornianos, que era más bien de secundarias, academias e institutos de ese tipo, aun cuando ya la preparatoria del ejido Nuevo León era parte de dicha federación. Llegaron todos los líderes, incluyendo al *Chelis*, también miembro de esa asociación, que se había organizado impulsada por los jóvenes de la Juventud Comunista (JC).

El *Chelís* me presentó a Jorge Manuel Olmos Flores, entonces presidente de la Federación Estatal de Estudiantes Bajacalifornianos. Le dijo: “Mira, Olmos, te voy a presentar a esta compañera que es muy activa, inquieta, fuimos compañeros desde la prepa”.

A mí me impresionó este muchacho porque pensé: Ha de ser un tremebundo dirigente para ser el presidente de todas las secundarias y algunas prepas y academias de todo el estado. Nunca me imaginé que terminaría casándome con él.

Tuvieron su congreso, en el que por cierto no colaboré, pero se hizo una marcha al parque Héroes de Chapultepec, donde se concentraron los participantes y depositaron una ofrenda floral en memoria de los Niños Héroes. Me acuerdo que estaba entre los delegados, no sé de que escuela, aquella niña cuya mamá y abuelita me encerraron en su casa y me comenzaron a platicar toda la historia de mi papá. También me encontré a mi primo hermano, Federico Sánchez Scott, que formaba parte de la delegación de la preparatoria del ejido Nuevo León. Mi tío también tuvo muchas mujeres y una de ellas fue la mamá de mi primo; con ella nada más tuvo ese hijo. La mamá de Federico también tuvo varios maridos. Federico, alguna vez me dijo que ella había mantenido y formado a sus hijos y que era una mujer muy chingona, porque había hecho en su vida lo que había querido.

XXIII

Andábamos nosotros con que se tenía que reformar la *Ley Orgánica de la UABC*. Promovíamos la reforma universitaria democrática, que era el lema a nivel nacional de la CNED (Confederación Nacional de Estudiantes Democráticos) y de todas las organizaciones estudiantiles miembros de la misma. Un día, leyendo detenidamente la mencionada *Ley Orgánica*, caí en cuenta que el decreto de creación era del 27 de febrero de 1957. Me percaté que íbamos a cumplir diez años de existencia, y hablé con Mejía Pancardo y con toda la *bola*. Todavía no se creaba la federación universitaria, eso fue hasta mayo de ese año.

Cuando Enrique Mejía Pancardo comenzó a organizar su planilla, como ya nos conocíamos desde las reuniones para sacar a Santos Silva, me invitó, y quedé como secretaria de Acción Social y Cultural de la mesa directiva de la Escuela de Ciencias Políticas; fue por eso que les dije: “Oigan, vamos a cumplir diez años de que nuestra universidad se fundó, tenemos que celebrarlo”.

Hicimos una marcha, un baile de gala en el Club Campestre, con embajadoras de las diferentes escuelas que llevaban un saludo a la UABC por su décimo aniversario y programas de radio. Pudiéramos decir que la celebración de los diez años de la universidad nació en la Escuela de Ciencias Políticas a iniciativa nuestra, pero se pudo realizar porque todo el comité lo apoyó.

Las autoridades universitarias asistieron al baile, aunque no tuvieron influencia en la organización. Todo lo hicimos nosotros. Entre las embajadoras que recuerdo estaban Leonor Ruiz Cruz de la Secundaria 18, Irma Hernández, una amiga mía de la prepa, había como veinte embajadoras y cada escuela de la universidad de Mexicali envió representantes. Por votación, la embajadora de la Escuela de Ciencias Políticas fue Alma Edna Castelazo.

La marcha sonó mucho; fue un desfile; pasamos por la Escuela Cuauhtémoc, por la avenida Madero, comenzamos en el parque Héroes de Chapultepec y terminamos en el palacio de gobierno. Aprovechamos el desfile para insistir en el aumento al presupuesto de la universidad, edificios propios, que eran las banderas de nuestra época, porque eran las carencias que teníamos. En Mexicali se hizo una tradición el baile de gala de aniversario, que se siguió realizando durante varios años, con más amplitud y elegancia. Me he enterado que ahora se gastan grandes presupuestos en conmemorar el aniversario de la UABC, pero ya no se hace un baile. Es que en realidad quienes organizábamos los bailes y las marchas éramos los estudiantes.

XXIV

La inquietud para formar la federación ya se había extendido entre los estudiantes de las escuelas de

la UABC. Por Tecate participaba Perfecto Lara; por Ensenada, Raúl Borrego que después se graduó de oceanólogo; por Tijuana, Manuel Medina, Jorge Manuel Olmos, el *Pasillas*, Andrés Márquez, Rogelio Vizcaíno, Mabel Conde, Brunelda Burrola, Marco Antonio Carrillo, entre los que recuerdo. La Escuela de Economía era la más grilla, la más politizada de toda la universidad, aun cuando sólo tenía unos 50 alumnos. Gloria Nieto era la presidenta de la sociedad de alumnos de la Escuela de Enfermería. En esa época colaboraban la prepa de Mexicali que contaba con unos 1200 estudiantes; la Escuela de Ciencias Políticas cuya población estudiantil no rebasaba los 60; la Escuela de Pedagogía que llegaba a unos 200 alumnos y también la de enfermería.

Por Mexicali, de ciencias políticas, participaban Enrique Mejía Pancardo, Juan Andrés López Pozo, Guadalupe González Rubio; por la preparatoria del ejido Nuevo León el compañero Quesada; por Contabilidad, Carlos Dávila, Andrés Tenorio y otros.

La inquietud de formar una federación era compartida. Comenzaron a moverse los grupos que querían apoderarse de su organización, Fernando Medina apoyado por los alumnos de ciencias políticas insistía que no había necesidad de una nueva organización, puesto que él y su gente, habían formado unos años antes una federación universitaria. Sin embargo, esta agrupación ya nadie la tomaba en cuenta, había muerto, era un mero membrete.

Las escuelas, sobre todo de Tecate, Tijuana y Ensenada no lo aceptaron. Finalmente, el grupo medinista se dio cuenta que no iba a prosperar y se alineó en la formación de la nueva federación. Entonces se planeó un congreso constituyente y comenzaron las luchas por el control. Por un lado, el grupo priista y, por el otro, la agrupación de la Juventud Comunista, la J C.

Estos últimos, tenían influencia en el alumnado de Tijuana, Tecate y la zona costa. Aunque era de las organizadoras en Mexicali, no me identificaban con los oficialistas porque nunca quise trabajar en el gobierno, y siempre defendí tesis independientes en las asambleas de ciencias políticas. Estaba en ese proceso de lectura y concientización, aunque aún no tenía claro hacia dónde quería jalar. Me acuerdo que fui de las organizadoras y pedí la Casa de la Juventud para la inauguración del famoso congreso. Nunca se reconoció que hubiera habido otro anterior.

Con ese espíritu “muy de secundaria”, invité al coro del profesor Argote para que cantara el himno de Baja California y a una banda de guerra para los honores a la bandera.

Durante el tiempo que estuve en la prepa, iba a la Casa de la Juventud y, como muchos jó venes de Pueblo Nuevo y de las colonias Baja California y Esperanza, ahí me la pasaba. El sector popular de Mexicali era el que más asistía; yo tomaba danza, mecanografía, y aprendí a coser; entré al grupo de teatro y a los aerobics, que en ese tiempo se llamaba

gimnasia rítmica. Fue una época preciosa de mi juventud; ahí tuve mi primer novio.

En el taller de costura se hacían los vestidos de danza y de teatro, había una gran actividad cultural y nos presentábamos en diferentes lugares y foros con obras de teatro y funciones de danza. El director de la casa, Ernesto Sánchez Valenzuela, era muy amable con los jóvenes. Por eso se me pareció que lo más correcto era convidarlo a la inauguración y mis compañeros me reclamaron: ¡Cómo que lo vas a invitar, es la autoridad gobiernista! Pero sentía un compromiso moral porque él era director del CREA, bueno le llamábamos Casa de la Juventud, y nos había dado las facilidades para realizar el congreso. Como a las diez de la noche del día anterior, le hice a la carrera una invitación y la metí por abajo de la puerta de su casa. La inauguración del congreso era a las diez de la mañana y ¡cuál va a siendo mi asombro al verlo llegar!

Me sorprendió porque no tenía conciencia de lo que significaba a nivel político la creación de una federación universitaria de estudiantes. Los trabajos de las mesas, de los estatutos, de la declaración de principios se llevaron a cabo en el auditorio del Seguro Social de Mexicali, que está por la calle F, que ahora es el teatro de la universidad. Muchos jóvenes estábamos con la boca abierta, oyendo sobre los estatutos, los principios, el proyecto de universidad, de estudiantes; esto fue en mayo de 1967.

XXV

Había una politización, una trayectoria previa; fue un buen debate que duró unos dos días, con mucha actividad, de no dormir, en las noches se hacían las grillas. La consigna de los priistas era tomar el control de la FEUB y lógicamente el propósito de las corrientes de izquierda era el mismo. El candidato natural para ser el dirigente era *Pasillas*, porque el trabajo inicial de la organización lo había hecho básicamente él, junto con otros compañeros. Era el que movía, el que siempre estaba en las reuniones.

Por parte del PRI, todavía no se definía al candidato. Los aspirantes eran Enrique Mejía Pancardo, Juan Andrés López Pozo y Guadalupe González Rubio de Ciencias Políticas. Los compañeros de la prepa de Mexicali, cuyo presidente era en ese momento Carlos Pereyra, se inclinaron por la candidatura de *Pasillas*. En las grillas nocturnas, los de Mexicali convocaron a una reunión para escoger candidato. En la comisión estaban, entre otros, Jorge Manuel Olmos Flores, Andrés Márquez Guardado y Rogelio Vizcaíno.

Lo más interesante del movimiento estudiantil fue su independencia; si los priistas querían controlar a los estudiantes tenía que ser a base de trabajo; pobre aquel que pretendiera sobornar a alguien; había una ética, idealismo, tanto de los de izquierda como de los priistas; no había porros, ni amenazas, sólo trabajo y convencimiento.

Los del PRI no se descaraban como corriente, pero sospechábamos que recibían instrucciones de Federico Martínez Manautou, el entonces presidente municipal de Mexicali; eso lo constaté años después, porque ellos me lo platicaron cuando ya éramos amigos.

La estrategia que idearon los del PRI, fue reunir a todas las escuelas de Mexicali y aunque no me acuerdo si era por escuela o por número de alumnos, los delegados de Mexicali eran mayoría. La grilla que se aventaron fue que el presidente de la FEUB fuera de Mexicali, por aquello del regionalismo. Enrique Mejía Pancardo me platicó que los de Mexicali aspiraban a la dirigencia, por lo que significaba desde el punto de vista político. Estaban en ese alegato de quién sería el candidato si Mejía o López Pozo, cuando Guadalupe González Rubio abrió la puerta. Voltaron a verlo y dijeron: él. Fue el oportuno; González Rubio no pertenecía al grupo de priistas destacados, pero era cercano a ellos. Por eso los priistas convencieron a los delegados de Mexicali y decidieron que González Rubio fuera el candidato.

En todo esto no participé: los de Mexicali no me invitaban porque me consideraban amiga de los rojillos y éstos tampoco porque era de Mexicali. Estaba entre la espada y la pared, más bien entre dos aguas. Los de izquierda decidieron que el candidato de Tijuana, del grupo de los rojos, no fuera el *Pasillas* sino Perfecto Lara. Este cambio desconcertó a los de la prepa de Mexicali

porque Carlos Pereyra, su líder, era de la Juventud Comunista y Perfecto Lara no. Esto me lo platicó el *Pasillas* después.

Cuando se llevaron a cabo las elecciones, los presidentes de la mesa de debates fueron Perfecto Lara y Guadalupe González Rubio. Éramos unos 300 delegados y todos dimos nuestro voto secreto. Como los dos son güeros, —bueno Perfecto es blanco y Guadalupe es güero— a la hora que estaban sacando los votos ambos se ponían colorados, porque iban uno a uno y a medida que se fue acabando el conteo estaban más colorados los dos. Finalmente ganó González Rubio por uno o dos votos. Fue una pelea durísima. Cuando se discutió la segunda posición, todos teníamos la conciencia de que el que merecía ser el dirigente era *Pasillas*. Se presentaron los candidatos, porque se acordó que no fuera por planilla sino por cada puesto; para la Secretaría de Organización alguien propuso a *Pasillas*; todo mundo se levantó a aplaudir, no hubo ningún contrincante pero fue como un “discúlpanos ¿no?” Quedé como secretaria de Relaciones Sociales y Culturales; Andrés Márquez Guardado como secretario del Comité de Vigilancia, Manuel Olmos en Asuntos Estudiantiles. Carlos Pereyra reclamó que no le habían avisado del cambio; él se desconcertó cuando vio que el candidato no era el de la Juventud Comunista, porque Perfecto era lector y admirador de Lombardo Toledano, de Vasconcelos, pero no estaba identificado

como de la Juventud Comunista ni participó nunca en ésta.

El ingreso de la Federación a la Central Nacional de Estudiantes Democráticos fue motivo de polémica, porque en esa época había dos organizaciones estudiantiles nacionales: la CJM, Confederación de la Juventud Mexicana, de los jóvenes del PRI y CNED, por parte de la Juventud Comunista.

La decisión fue antes de la clausura del congreso y originó un nutrido debate porque los priístas defendían que entráramos a la CJM y los de izquierda, a la CNED. Ganó la corriente de izquierda ya que se demostró la participación retrógrada de la CJM en las políticas educativas y por otro lado, la vinculación de la CNED en la defensa de las normales rurales, de la reforma universitaria.

Cuando se aprobaron los estatutos de la federación, que eran de corte revolucionario, y el ingreso a la CNED, aún no se incorporaba el grupo de Mexicali. Éste lo hizo hasta la noche previa a la elección de la mesa directiva. Durante el resto del congreso, la participación de todos los delegados fue muy abierta. Cada quien votaba de acuerdo a lo que le convenía, no había una línea marcada por quien votar; eso se armó en la elección; creo que a los priístas les falló la estrategia porque se votó un acta constitutiva revolucionaria, de lucha por la reforma democrática universitaria, independencia del movimiento. Aunque nos ganaron la elección, nosotros conquistamos la tendencia, la inspiración. Así concluimos.

En la primera reunión del comité ejecutivo en Tecate, Guadalupe González Rubio nos leyó una carta que ya había mandado al presidente de México, Gustavo Díaz Ordaz, para pedirle apoyo para edificios y un aumento al presupuesto universitario; era una carta tan barbera e incondicional, que *Pasillas* le reprochó: “Compañero, está bien que nosotros solicitemos de las autoridades mejoras para la universidad, pero hay formas de pedir las y somos un movimiento transformador, no podemos mandar ese tipo de cartas tan lacayas”. Le prohibimos a González Rubio que mandara otra carta sin que los miembros del comité ejecutivo la hubiéramos leído primero. Él trataba por todos lados de sacar ventajas políticas a su posición, pero lo traíamos muy cortito y como, además, no contaba con el apoyo incondicional de Mejía Pancardo, López Pozo y los otros compañeros priistas, no tenía la libertad de hacer lo que le diera la gana.

Había una ideología del movimiento estudiantil en el que nosotros nos asumíamos como el motor de transformación de la sociedad. Existía la convicción de que los estudiantes no teníamos todavía responsabilidades laborales y la mayoría no estábamos casados, éramos como pájaros, como gaviotas libres, volando hacia los ideales transformadores. Discutíamos con todo el mundo sobre el papel de los estudiantes, como si anduviéramos en campaña política. En ese entonces había varios movimientos estudiantiles a nivel nacional, como la defensa

de las escuelas del politécnico, de los becarios médicos, de las normales rurales, así como la lucha por federalizar o hacer pública la Escuela de Agricultura de Chapingo. El encarcelamiento en Morelia de Rafael Aguilar Talamantes, movilizó a estudiantes del país; incluso se organizó una marcha por su libertad; fue un símbolo de los estudiantes bajacalifornianos, porque él era de Ensenada; por eso, las posteriores conductas políticas de Rafael Aguilar Talamantes las he sentido como un agravio hacia los jóvenes que en ese tiempo hicimos marchas a favor de él.

XXVI

Recién nombrada secretaria de Acción Social y Cultural de la FEUB, viajé a México para buscar presentaciones culturales y artísticas para la UABC. Esto fue en 1967 y ese viaje fue como de exploración, porque ya no estaba estudiando en ciencias políticas y quería ver las posibilidades de irme a estudiar a México. De paso aproveché para hacer contactos o promociones en mi papel de representante estudiantil. Recuerdo que apenas me alcanzó para viajar en camión de segunda, pero logré un condicionamiento tal, que me subía al autobús y me dormía hasta que llegábamos a México; a veces me despertaba para comer y como no viajábamos en tiempo de vacaciones, sino de clases, siempre tenía oportunidad de tomar dos asientos para mí sola. Me podía venir dormida

todo el camino; hasta la fecha en cuanto me subo a un autobús de inmediato me duermo. Se hacen unas 48 horas.

En esa búsqueda me encontré con un líder estudiantil de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, miembro de la mesa directiva de la sociedad de alumnos de esa facultad; por cierto, el muchacho traía un suéter cuello de tortuga negro ya que se usaba mucho en esa época la onda existencialista, ropa oscura de manga larga, cuello de tortuga y pantalón negro, camisa negra, era la moda. Ahí estaba otro estudiante que cuando salí, me hizo plática y me dijo que él pertenecía a la Confederación de Jóvenes Mexicanos, la CJM. En esa época yo no conocía a esa organización y me invitó a conocer a los integrantes del comité directivo nacional de la agrupación a la que él pertenecía.

Quedamos de vernos al día siguiente en unas oficinas. Llegué y estaban unos ocho o diez integrantes de la dirección nacional de la CJM, que comenzaron a preguntarme qué andaba haciendo, cómo estaba la UABC, etcétera. En ese momento no capté pero me preguntaron que si la FEUB era miembro de la CNED y les dije que sí. Ellos me dijeron que no tenían organización en Baja California y que me invitaban para que iniciara los trabajos de la CJM en el estado, pero que no se trataba de organizar únicamente a estudiantes, sino a jóvenes campesinos, obreros y desarrollar programas para el mejoramiento de la juventud mexicana. Me gustó mucho la idea de trabajar no

nada más para los universitarios porque, de alguna manera, los que estudiábamos éramos privilegiados, unos suertudos; en cambio, los jóvenes que estaban en el campo dedicados a trabajos agrícolas o en las fábricas no tenían la oportunidad de una educación.

Me propusieron unirme con ellos. “Claro que sí” —les dije— “me parece excelente”, y me ofrecieron: “Te vamos a nombrar presidenta de la CJM en Baja California”. Me obsequiaron diferentes carteles y folletos y quedamos en que al día siguiente regresaría para que me dieran mi nombramiento oficial. Me fui al local de la CNED, que estaba en la colonia Roma, por la calle de Córdoba y me encontré a Arturo Martínez Nateras y a César Enciso, a los que les enseñé los carteles y les platiqué mi aventura. Me advirtieron: “Pero cómo fuiste a caer ahí, ¡¡justo en la boca del lobo!”. Y me explicaron lo que era la CJM: una organización de derecha, fascistoide. Al día siguiente fui, porque si yo quedo en una cosa voy y doy la cara. Les dije que no podía aceptar y les di mis razones.

Conseguí el ballet folklórico de la Facultad de Derecho de la UNAM, cuya directora era Josefina Bátiz y acordamos que fueran a Mexicali porque iban en su autobús de gira a la Universidad de Sinaloa y a Los Ángeles, y harían una escala camino a California. La directora me dio folletos y propaganda del ballet y en Baja California platiqué con los compañeros, con David Piñera Ramírez y con Eugenio Elorduy Ballasted, entonces presidente del patronato de la UABC.

Convenimos que el ballet se presentara promovido por la FEUB y por el Patronato de la Universidad, con una presentación de gala en el teatro del Seguro Social y otra más popular en el gimnasio de Mexicali. Se mandaron hacer los boletos para la función de gala, que costaban veinticinco pesos, dos dólares, que eran los más caros. Con motivo de este evento estuve en constante comunicación con don Eugenio Elorduy, y como él tenía muchas relaciones, cuando llegaron los boletos se puso a hablarles a las diferentes empresas y de volada los vendió todos. Elorduy me decía: “Esa mujer” –refiriéndose a la directora del ballet folklórico– “nada más quiere dinero”, porque ella le pedía anticipos.

Anduvimos anunciando el evento en carros de sonido y en la radio. La primera presentación fue en el gimnasio de Mexicali, un lleno total. El ballet presentó un cuadro de unos diez bailes cuando mucho, el espectáculo duró como media hora. Todo el público estaba sacadísimo de onda, porque esperaban ver una cosa de más calidad, incluso, el profesor Emeterio Méndez, promotor teatral me reclamó: “Guadalupe, estoy muy enojado contigo, compré mi boleto, vine dispuesto a ver un espectáculo de primer nivel y van saliendo con esto”. Los compañeros de la FEUB también me decían preocupados: “Oye, pero cómo vamos a presentar eso como gala en el teatro del Seguro Social”. Olmos, como miembro de la FEUB, fue comisionado para hablar con la directora para que

la convenciera de que presentaran más bailables, o si no, compartirían la función con algún ballet de Mexicali. Fuimos los dos, pero él por enfrente, porque era “el diplomático”.

Le hicimos ver a la directora que el público de Mexicali estaba acostumbrado a la buena danza mexicana y que no podían salir con un espectáculo tan pobre. Le propusimos que pusieran dos cuadros o que si no se presentaría un ballet local. Se puso histérica, como vedette y no aceptó. Finalmente hicieron una buena presentación.

Lo importante de esto es que fue una actividad ajena a las tendencias ideológicas, que unió a la FEUB porque se hicieron presentaciones en Mexicali y en Tijuana. Todo mundo le entró a la chamba, hasta los más grillos de la izquierda y del PRI. Además, se logró cooperar con las autoridades universitarias, en un propósito común de difundir la cultura. Las ganancias del evento se entregaron al patronato de la UABC.

XXVII

En la FEUB desarrollamos una serie de actividades para los estudiantes. Había mucho trabajo en las organizaciones estudiantiles de cada escuela, pero la coordinación, gestión e impulso lo hacíamos en la FEUB. No nada más en Baja California; era generalizado en toda la república; en todas las universidades había federaciones de estudiantes, en las escuelas rurales, en las de agricultura. La

propia FEUB promovía la actividad política de los estudiantes; hacíamos eventos, concursos de oratoria o foros, e invitábamos a todos, y si una escuela no contaba con una sociedad de alumnos activa se evidenciaba mucho. Se quemaba entre las otras escuelas de la Universidad.

Como secretaria de Acción Cultural y Social organizamos un concurso para el himno de la UABC; hubo como diez participantes; estuvieron como jueces Miguel de Anda Jacobsen, David Piñera Ramírez y Rubén Vizcaíno. Lo declaramos desierto porque unos himnos eran muy exagerados, patrioteros y rimbombantes y los jueces opinaron que seis de las diez o doce participaciones probablemente las había escrito un mismo autor. Treinta años después, durante las fiestas del 40 aniversario de la UABC se estrenó el canto universitario, por cierto escrito por una alumna, que ganó el concurso que convocaron las autoridades.

Como objetivo a largo plazo nos planteábamos, al igual que en el resto del país, la reforma universitaria democrática. Era la ideología estudiantil por la que luchábamos a nivel nacional y como, en ese momento, la UABC estaba muy incipiente, más que discutirse la creación de nuevas carreras, también nos planteábamos lo de la reforma, que era un plan político que queríamos que se aplicara a toda la universidad, a la que le hacían falta edificios, mayor presupuesto, maestros de carrera que se dedicaran de tiempo completo a

la docencia y a la investigación, porque la mayoría de los profesores iban sólo unas horas, y sus clases más bien eran una contribución a la sociedad, con sueldos simbólicos.

En este ámbito promovíamos la búsqueda de recursos para que la universidad se consolidara, y como actividad estudiantil buscábamos que los jóvenes tomaran conciencia de su papel catalizador de los cambios en la sociedad. Teníamos una visión universidad-sociedad, era una efervescencia. En esa época, la universidad tenía un presupuesto muy bajo, 7.8 millones de pesos; se hicieron visitas a las autoridades y demandas para que se creara un impuesto del diez por ciento adicional a todos los contribuyentes para construir los edificios de la universidad. Fue una propuesta de los compañeros de Tijuana. Hubo otro impuesto muy importante, del dos por ciento, pagado por los agricultores del valle de Mexicali, pero era general para toda la educación; era un auténtico interés por el desarrollo de la UABC porque la mayoría de los que estudiábamos en ella no habíamos podido ir a hacerlo a otra parte, era como nuestro peor es nada.

Teníamos una comunicación estrecha con las autoridades universitarias. Era el periodo del rector Rafael Soto Gil, porque con el doctor Santos Silva tuvimos el pleito y su sucesor, Pedro Mercado, duró muy poco tiempo en el cargo.

Las oficinas de la rectoría de la universidad eran chiquitas, llegábamos y no pedíamos audiencia. Estaban en los altos de la librería El Día, por la

avenida Obregón, entre las calles A y B. En esos tiempos, el químico Manuel Muñiz Duarte era el presidente del Patronato Universitario y había una excelente comunicación entre la autoridad y nosotros, los integrantes de la federación. Jorge Manuel Olmos realizaba un estudio de planeación sobre la universidad y la demanda estudiantil de carreras. Nos proporcionaban información estadística y estudios e investigaciones que hacía la propia universidad.

Las autoridades universitarias nunca nos dieron línea, al menos abiertamente; íbamos siempre adelante en nuestras exigencias. Por ejemplo, si no queríamos a un director de una escuela, hacíamos huelga y lo sacábamos. Las autoridades nunca se aferraron a sostener a ningún funcionario, ni maestro. Había gran libertad.

Manejábamos una línea independiente y cuando hacíamos marchas y declaraciones o conferencias de prensa, los funcionarios universitarios fingían demencia. Me imagino que les decían las autoridades del gobierno: "Oye, calma a los muchachos, que no sé qué", pero a la hora que hablaban con nosotros, haz de cuenta que por dentro se estaban riendo. Estoy hablando de 1964 a 1971, cuando yo estudié.

Al lector:

El señor Luis Contreras Navarro, nativo de Mexicali, tiene una trayectoria reconocida en el ámbito musical de nuestra ciudad. Desde muy pequeño, a la par que estudiaba la escuela primaria, don Luis empezó a tocar primero, gracias a las enseñanzas de su padre, el músico Rómulo Contreras Moya, y de su tío Fidencio Mendoza ya de manera más profesional. Con más de 60 años dentro del ambiente musical de Mexicali, con una fabulosa memoria y un enorme bagaje cultural, su historia resulta interesante porque inicia desde la tercera década del siglo XX.

Testigo de los acontecimientos históricos de más trascendencia para el desarrollo de nuestra ciudad, a través de la vida de don Luis, recorreremos también la historia de Mexicali, principalmente las décadas de los años 40 y 50. Como estudiante de la Escuela Cuauhtémoc, la primera de Mexicali, su relato nos hace adentrarnos en el edificio de la

El presente trabajo tiene como objetivo principal analizar el rol de la comunicación en el desarrollo de los proyectos de inversión pública en México. Para ello se revisa la literatura existente sobre el tema, se describen los principales actores involucrados y se presentan algunas recomendaciones para mejorar la gestión de la información en este tipo de proyectos.

La comunicación es un elemento clave para el éxito de cualquier proyecto de inversión pública. Permite establecer relaciones de confianza con los stakeholders, facilitar el intercambio de información y promover la participación ciudadana. Sin embargo, en México existen varios obstáculos que dificultan la comunicación efectiva en este tipo de proyectos, como la falta de recursos humanos y técnicos, la poca transparencia y la limitada participación ciudadana.

Para superar estos obstáculos, es necesario implementar estrategias de comunicación que permitan mejorar la gestión de la información y promover la participación ciudadana. Algunas de las recomendaciones que se presentan en este trabajo son:

- Establecer canales de comunicación efectivos y accesibles para todos los stakeholders.
- Promover la transparencia y la rendición de cuentas en el uso de los recursos públicos.
- Fomentar la participación ciudadana en todas las etapas del ciclo de vida del proyecto.
- Capacitar a los funcionarios públicos en habilidades de comunicación y gestión de la información.
- Utilizar tecnologías de la información y comunicación para mejorar la eficiencia y efectividad de la comunicación.

En conclusión, la comunicación es un elemento fundamental para el éxito de los proyectos de inversión pública en México. Es necesario implementar estrategias de comunicación que permitan mejorar la gestión de la información y promover la participación ciudadana.

LUIS CONTRERAS NAVARRO

LA MÚSICA ES SU VIDA

Yolanda Sánchez Ogás

ELIS CONTRERAS NAVARRO
LA MÚSICA EN SU VIDA

José María Zúñiga Ojeda

Al lector:

El señor Luis Contreras Navarro, nativo de Mexicali, tiene una trayectoria reconocida en el ámbito musical de nuestra ciudad. Desde muy pequeño, a la par que estudiaba la escuela primaria, don Luis empezó a tocar primero, gracias a las enseñanzas de su padre, el músico Rómulo Contreras Moya, y de su tío Fidencio Mendoza ya de manera más profesional. Con más de 60 años dentro del ambiente musical de Mexicali, con una fabulosa memoria y un enorme bagaje cultural, su historia resulta interesante porque inicia desde la tercera década del siglo XX.

Testigo de los acontecimientos históricos de más trascendencia para el desarrollo de nuestra ciudad, a través de la vida de don Luis, recorreremos también la historia de Mexicali, principalmente las décadas de los años 40 y 50. Como estudiante de la Escuela Cuauhtémoc, la primera de Mexicali, su relato nos hace adentrarnos en el edificio de la

escuela y en algunos de sus recuerdos de estudiante de aquellos años.

Don Luis nos habla de las facilidades que tenían los mexicalenses para cruzar la línea fronteriza, en un tiempo cuando los oficiales de migración eran parte del entorno y sólo levantaban la mano para decir “pasa”; o las peripecias de quienes preferían pasar por sitios diferentes a la garita. La necesidad de adquirir en Caléxico los productos para subsistir, así como la atención médica, en un tiempo en que los doctores todavía escaseaban en Mexicali.

Relata pasajes de la vida campesina del valle de Mexicali, vivencias que tuvo en su niñez, en especial su estancia en Los Algodones y estación Cucapá. Habla de sus viajes de Mexicali a dicha estación en las calesas que entonces transitaban por los caminos del valle. En especial, describe lo difícil que era realizar un viaje en diligencia de Mexicali a San Luis, Sonora, principalmente por los arenales que existían en buena parte del camino.

Recuerda los lugares de diversión de los mexicalenses, entre otros, las plazas de toros, donde conoció a importantes toreros de la época. El parque Hidalgo, donde fue testigo de las hazañas de los primeros beisbolistas de Mexicali, y la arena Juárez, donde vivió las emociones del boxeo.

Sobre todo, don Luis Contreras Navarro relata sus actividades en el ámbito musical, desde

los primeros años que tocó en diversos centros de diversión en Mexicali, y sus continuos viajes a la ciudad de México para participar en las mejores orquestas de aquel tiempo. Narra sus 25 años de participación en la Banda de Música del Estado y su desencanto por el poco apoyo que la banda recibe de parte del gobierno en la actualidad; porque don Luis, continúa formando parte de grupos musicales que amenizan diferentes eventos sociales.



Mi nombre es Luis Contreras Navarro; nací en Mexicali, en la avenida Zuazua número 80, el año de 1933. Mi padre, Rómulo Contreras Moya, llegó de Sinaloa. Se vino por barco de Topolobampo, llegó en el barco *La Pacita*, que acarreó mucha gente para acá. Desembarcaron en un puerto adelante de El Mayor; se llamaba La Bomba. Llegó con mi abuelita Viviana y mis tías Jesús y Josefina. Vinieron a lo que venía toda la gente, a buscar nuevos horizontes y nuevas oportunidades. Mi padre era chico. El abuelo se quedó en Sinaloa; ella, mi abuela, se vino a buscar trabajo porque tenía unos parientes aquí, quienes después se fueron a vivir a Estados Unidos. Los restos de mi abuelita, mi tía *Chuy* y mi tío Fidencio están en el panteón de los Pioneros, que fue el segundo panteón de Mexicali, porque el primero estuvo en la bajada del barranco, por la calle Hidalgo.

Mi abuela tenía un hermano que vivía en Caléxico, por la calle Primera, cerca de la tienda La Voz del Pueblo; por eso se animaron a venir a Mexicali. Mi papá al principio no tenía establecido domicilio fijo, trabajaba al otro lado y en el valle en las pizcas de algodón. Mis abuelos maternos después tuvieron un rancho enfrente de la estación del ferrocarril Intercalifornia, exactamente enfrente del tambo a donde llegaba el tren a tomar agua; estación Cucapá se llamaba; ahora es el ejido Tamaulipas. El jefe de estación don José Charles, era compadre de mi abuelo y de mi tío Fidencio.

De chamacos íbamos al rancho cada semana; en ese tiempo nos íbamos en calesas jaladas por caballos. Calesas donde se transportaba algodón, alfalfa, trigo, mandado; nos sentábamos atrás, en alguna que nos diera "raite"; muy pocas veces nos fuimos en tren. Después mi papá y mi tío Fidencio compraron un "foringo" de aquellos modelo A, de "cranque". Nos íbamos en la mañana, pero siempre teníamos problemas; se descomponía; principalmente se rompían las bandas. Era una odisea llegar al rancho; cuando se rompían nos pedían los cinturones para ponerlos de bandas. Se rompían dos o tres cintos y luego se hacían bandas de mecates para ponerlas al carrito y lograr que funcionaran las poleas.

El camino era de tierra, pero no estaba tan malo donde no había arena, porque la zona arenosa empezaba más adelante de Vulcano.

Cuando llegábamos al ranchito era muy bonito porque los abuelos tenían vacas, sembraban sandías, elotes, calabazas y algodón; porque entonces ni pensar en sembrar otra cosa que no fuera algodón, que era lo que ordenaba la Colorado River Land Company.

Las tierras de mis abuelos no eran de la Colorado; ellos se asentaron allí; antes habían vivido en el Alamo Mocho, en lo que ahora es Islas Agrarias Grupo B. Allí tuvo el primer rancho mi abuelo y después se cambiaron a Cucapá por la facilidad del tren, el carrito o las calesas en que venían ellos a Mexicali, donde tenían sus lotes. Posteriormente, mis abuelos se tuvieron que venir a Mexicali y dejamos de ir al ranchito. Del rancho sólo quedaron las pineras, grandes pinos que fueron plantados por mi madre, mi tía *Panchita* y mi abuelo. Ahora allí, en la pinera, están los cocos Colima.

También quedan las ruinas de la escuela de adobe, con una parte baja, un sótano, donde se hacían peleas de box. La escuela de estación Cucapá la construyó mi abuelo; los adobes los hizo mi abuelo Antonio Navarro Ávila, quien había llegado de Fresnillo, Zacatecas. En esa escuela se hacían bailes. A mí no me tocó estudiar en esa escuela, pero mi primo, el profesor Salvador Mendoza, hijo de mi tía *Panchita* y mi tío Fidencio, nació allí y como lo criaron los abuelos, estudió en la escuela del Cucapá.

Acá en la calle Zuazua, vivíamos varias familias emparentadas, entre ellas los Mendoza, la

familia del *Chinto* Mendoza. Vivimos allí desde que nací hasta 1940, porque mi padre ya tenía otra propiedad, pero no nos habíamos cambiado. En la vecindad de Zuazua 80, donde nacimos y vivimos los Contreras y los Mendoza, la casa no era propia. Todos rentábamos; aunque mi abuelo hizo casa allí porque era compadre del señor Jesús Lagunas, el propietario, un soldado que vino a pelear contra las fuerzas magonistas en 1911. Mi tío Fidencio vivía frente a donde actualmente están los baños San José, cerca de la esquina donde fue La Metralla. Donde ahora está La Metralla estaba una tienda muy grande, la ciudad de México, a fines de la década de los años treinta; era del señor Rascón Fierro, quien después fue dueño del café Combate.

Entonces, la ciudad por el sur, terminaba en la calle Hidalgo, una calle más abajo de la Zuazua, donde está ahora el jardín de niños Gabriel Leyva, que anteriormente fue el antiguo panteón de Mexicali. Por el lado este, el primer cuadro terminaba en la calle Mina. Por la parte alta del barranco terminaba en la calle Ocampo. Las calles eran Ocampo, Aldama, Mina. Colindaba también con el barranco de Pasadina. Allí duramos viviendo muchos años, casi crecimos allí; no vivíamos en la propiedad que mi padre tenía en San Isidro, donde apenas había unas cuantas casas, porque era la cola del mundo, la cola de Mexicali. Nos quedamos en Zuazua porque allí teníamos más comodidad para ir a la Escuela Cuauhtémoc. Allí terminé hasta sexto año.

Muy cerca de nuestra casa, donde ahora es el parque de los mariachis, que antes se llamaba parque Constitución, estaba el hospital de los Agraristas, donde se atendía a todos los campesinos mexicanos que en 1937 habían tomado las tierras. En la esquina había un anfiteatro donde se ponían los cadáveres y toda la gente se asomaba a verlos. Un poco más al sur estaba la bajada para llegar al barrio de San Isidro, pero no vivíamos en el lote que compró mi papá porque estaba muy lejos, era la cola del diablo.

EL BARRIO DE SAN ISIDRO

Comenzaba a poblarse el barrio de San Isidro. San Isidro está al comenzar la subida del mercado Braulio Maldonado; nomás eran dos calles, la de arriba que se llama Celaya y la de abajo, San Carlos, pegada al río Nuevo. En ese tiempo no existía el mercado Braulio Maldonado, había monte y un canal de aguas negras; el puente lo hacía un señor, don Julián, quien vendía leña en una carreta de caballos; hacía el puente con troncones de mezquite para pasar su carro. Para pasar del centro de Mexicali a San Isidro, forzosamente debía pasarse el canal de aguas negras. Los chamacos lo pasábamos por algunas partes angostas, a veces no alcanzábamos a cruzar y caíamos dentro del agua sucia.

Ese canal de aguas negras, como se conocía al dren 134 que cruzaba toda la ciudad, llevaba las

aguas pestilentes del rastro, del hospital, la Jabonera, la Compresora, que estaba donde ahora se encuentra el museo Sol del Niño y la Jabonera donde está la Plaza Cachanilla. Esas dos empresas estaban relacionadas con el algodón, eran de la misma compañía. A la Compresora le decían así porque comprimía las pacas de algodón y la Jabonera tenía ese nombre porque industrializaban la semilla del algodón y hacían un jabón amarillo y la manteca Inca. Llegaban los troques cargados de algodón y allí los despepitaban por succión y lo llevaban por tubos grandes, gusanos y bandas a depositarlo a los almacenes.

Después lo procesaban y hacían la manteca Inca, pero ésta nunca suplió a la que se usaba de puerco. A la gente no le gustaba la Inca porque tenía un olor como a rancio, pero alguna gente la usaba por económica y porque era más saludable. Mi papá compró en San Isidro, a Víctor Meza Siqueiros, una propiedad que era de las pocas casas que había allí. En ese barrio estaba la iglesia metodista que habían fundado Luis y Martha de Salinas, de los pocos que vivían allí. En el centro de la ciudad ya existía la Iglesia Metodista Episcopal. La de San Isidro se llamó Iglesia Metodista Libre, que todavía funciona. Esta iglesia se encuentra en avenida Celaya y calle Los Reyes y nosotros vivíamos enfrente; eran unos 40 metros de frente en la Celaya y hasta la calle Tecate.

El lote era de calle a calle, desde la Celaya hasta la San Carlos en el barranco y allí estaba

sin usarlo, pero cuando don Jesús Laguna vendió sus casas donde vivíamos, nos fuimos con los abuelos a la avenida Hidalgo.

Abajo, por la calle San Carlos, vivían los Pineda, padres del boxeador *Tury* Pineda, que fue campeón mundial. Cuando mi papá hizo casa en San Isidro y nos cambiamos a ese barrio, mi tía *Panchita* también compró lote ahí y después toda la familia nos siguió. Recuerdo que hacíamos como excursión para ir de la Zuazua a San Isidro, para hacerle algo al lote y la casa que en 1937 había comprado mi papá en 80 pesos de aquellos 0.720 de plata. Estos pesos traían un águila nacional y traían un sello que decía 0.720, que era la calidad de la plata. Había pesos, tostones y veintes de plata 0.720.

En ese tiempo empezaron a fraccionar la colonia Ortiz Rubio, atrás de rectoría, donde había una pista de aterrizaje y una cancha de polo. Entonces mi tío Pedro, que trabajaba en el gobierno y se enteró, compró allí y le dijo a mi papá que fuera a escoger un lote en esa colonia; le contestó ¿cómo cree que voy a ir a vivir hasta allá tan lejos, en esa colonia Nueva?

Entre las pocas familias que entonces vivían en San Isidro estaban los Beltrán, parientes de la que después fue mi esposa, hasta ahora, Guillermina Félix Beltrán. Sus parientes los Beltrán, tenían la maderería Durango y la tortillería en San Isidro. Arriba en la esquina de Hidalgo y calle Aldama tenían la tortillería. Allí llegó ella cuando vino de Sinaloa, allí la conocí.

En mi familia fuimos cinco hombres y una mujer: Luis, Rómulo, Pedro, quien murió pequeño, Carmen, Eleuterio(†) y Guillermo. Actualmente vivimos tres hombres y la mujer. Mi hermano más chico también fue músico, pero ha durado hasta diez, quince años sin tocar; ahorita está tocando con *Chinto* Mendoza y conmigo; acompañamos bailes. Acabamos de tocar en los 50 años de matrimonio de Gilberto Valenzuela. A Gilberto Valenzuela, el cantante, lo conozco hace muchos años, él me puso *El Precoz* Luis, porque yo era un chamaquillo y andaba ya tocando. Yo estudié música con mi tío Fidencio, el mismo que enseñó a mi papá, a todos sus hijos y a medio sindicato de músicos. Además de muchos que venían de Caléxico, El Centro y Brawley a recibir clases de él; músicos que llegaron a ser internacionales. No había escuela de música, enseñaba en su casa; primero en calle Zuazua y después en San Isidro.

LA TIENDA DEL CHINO CARLOS

A mediados del siglo xx, en Mexicali era común que cada barrio tuviera una o varias tiendas de chinos. El barrio de San Isidro no era la excepción; allí estaba la tienda del *Chino* Carlos. Recuerdo cuando mi mamá me mandaba a la tienda del chino, —porque todas las tiendas de las esquinas eran de chinos—, me decía: ve con el *Chino* Carlos, me daba un peso y decía: traes 70 centavos de carne,

diez de tomate y diez de cebolla y me sobraba un diez, con eso se hacía el guiso de medio día, por ejemplo; carne con papas para comer toda la familia, en ese tiempo, allá por 1939, 40 y 41.

La mayoría de las tiendas de las esquinas eran de chinos, era muy raro que un mexicano tuviera una tienda de abarrotes. Las mamás decían: ve con el chino de la esquina. Yo trabajé de chiquillo con el chino de la tienda, en la calle Los Reyes del barrio de San Isidro, haciendo cucuruchos. Entonces todo se servía en cucuruchos, el azúcar, el arroz, las cebollas, el frijol, todo en cucuruchos, porque no había bolsas. Después llegaron las bolsas de papel color café.

El pago era una invitación a cenar la comida que hacían; me encantaba la comida que hacían los chinos, era una delicia, cien por ciento diferente a la de los restaurantes. Era su comida original que traían de China, muy sabroso cocinaban; aparte de la salsa negra que usaban para todo, tenían varios tipos de aceites que le echaban a la comida y olían muy bonito; tenían hileras de aceites diferentes y yo me ponía a olerlos.

Guisaban con esos aceites; el arroz no nomás lo hacían blanco sino de muchas maneras, como hacen ahora el cantonés, que le ponen carne, pollo y verduras; usaban mucho el quelite blanco y la espinaca. El buche de puerco lo hacían estilo chino, ¡qué bárbaro! Ellos mataban los animales, puercos, pollos, guajolotes para tenerlos colgados y los cortaban en rebanadas.

Tenían un proceso para cocerlos y disecarlos y les iban rebanando las partes que querían. Tengo amigos como Manuelito, dueño de La Muralla, el Café Azteca y el Café Cívico, que va seguido a China y me platica que todavía el 90 por ciento de la carne que se consume allá, es de puerco.

La Chinesca era un lugar con mucho movimiento, allí estaban los negocios de los chinos, hoteles muy elegantes como el hotel Cecil.

Recuerdo cuando se terminó la Segunda Guerra Mundial; los chinos cerraron La Chinesca y se invitó a toda la gente a festejar; estaban muy contentos de que Estados Unidos hubiera ganado la guerra, porque los japoneses habían invadido China y les hicieron mucho daño. Festejaron con mucha comida para todos y fuegos artificiales. Después de tres días de fiestas, las calles quedaron tapizadas de los restos de los cohetes.

En La Chinesca conocí varios casinos subterráneos, los chinos eran muy jugadores. Se jugaba baraja, dominó y algunos juegos chinos. Entraba uno y había mucho humo porque también fumaban mucho, de todo. Yo entraba a los casinos porque conocía a los chinos, que también eran dueños de algunos cabarets donde tocaban las orquestas en las que yo trabajaba.

LA ESCUELA CUAUHTÉMOC

La Cuauhtémoc estaba casi igual como está ahora, pero atrás del salón de actos tenía una alberca,

que después quitaron. En el salón de actos se celebraban los lunes sociales, era muy raro que nos sacaran, sólo cuando desfilábamos en la cancha, que fue la primera de Mexicali. Ésta se aprovechaba para juegos internacionales como el equipo de los *Globe Trotters* que llegó a jugar en ella. También se hacían torneos con equipos famosos como el del Banco del Pacífico.

Me acuerdo, como si ahorita fuera, allí conocí jugando a personalidades que viven todavía como el Joe Cabrera que fue dos veces a las Olimpiadas; él era de aquí, pero su educación la tuvo en Caléxico y el Valle Imperial, en Estados Unidos. Jugó fútbol americano, y era basquetbolista muy bueno, muy amigo de Roberto de la Madrid, de chamacos jugaron juntos. Otro era *El Chocolate* González, Isidro González, muy buenos deportistas de allí de la Madero.

Había otras canchas como la de la escuela Netzahualcóyotl en Pueblo Nuevo, pero estaba muy lejos. En el centro de Mexicali nomás estaba la Cuauhtémoc, muy pegada a lo que es el edificio de correos; donde es ahora el estacionamiento, después se hicieron unas gradas, que algunas veces se llenaban, cuando jugaban equipos que patrocinaban algunas empresas como la Firestone que estaba en la esquina de Morelos y Madero, donde después estuvo la compañía de luz. Cuando la luz se nacionalizó en 1957, allí se puso la primera mueblería

Monterrey, ya después se pasó a donde ahora está, a un lado de la iglesia de Guadalupe, la catedral.

Después de estar unos meses en la escuela de San Luis, regresamos a Mexicali; entré a la Escuela Cuauhtémoc a terminar el primer año. Mi profesora de primero y segundo fue Carmen Almada Rivera, era lindísima, muy guapa, siempre muy bien arreglada. Nos llevaba a su casa que estaba por avenida Madero. Hace unos días estuve allí en la Cuauhtémoc tocando y no pude sustraerme a la emoción de estar en mi escuela, en el mismo salón de actos, ya remozado, pero la duela igual, el foro, las escaleras, la entrada y quise decir unas palabras:

“Hace 63 años entré yo a esta escuela”, y todos los presentes empezaron a gritar como si llevara porra; se entusiasmaron. “Recuerdo que allí enfrente estaba yo sentado, siendo un chamaco de unos nueve años, pero ya tocaba el saxofón y me programaban para que de vez en cuando, los lunes sociales tocara una o dos piecitas, algún profesor pronunciaba un discurso, otro declamaba. Siempre estaba allí sentado frente al piano el profesor Roberto Contreras Alemán y él me acompañaba las piezas que yo tocaba y que me enseñaba mi tío Fidencio. Tocaba piezas americanas, valeses mexicanos y americanos. Doy gracias a las autoridades que han pasado por seguir conservando la escuela igual”.

En la Escuela Cuauhtémoc se hacían unos bailes muy importantes, de los más importantes

del Mexicali viejo, porque en aquellos años no había casinos ni salones dónde hacer los bailes de la sociedad. Se hacían los bailes para coronar reinas del carnaval, del 16 de septiembre y del algodón. A mí no me tocó, pero tocaron allí, la orquesta Estrella, la orquesta Matus-Contreras, compuesta por Esteban Matus y Octavio Contreras Alemán, la orquesta América. Posteriormente yo trabajé con ellos.

UN VIAJE A SAN LUIS RÍO COLORADO, SONORA EN 1939

En 1939, empecé a ir a la escuela en San Luis porque a mi papá lo contrataron en un cabaret Internacional, con un músico muy famoso apellidado Cifuentes. Una pianista que había estado aquí lo recomendó porque tocaba muy bien. Mi padre entonces trabajaba en el Climax Café, que era lo mejor que había en Mexicali. A San Luis nos fuimos toda la familia, hasta mi abuelita y mi hermana Carmen que tenía unos meses. Yo primero me entristecí mucho por el cambio y el viaje. Salimos en la madrugada y llegamos a las once de la noche a San Luis.

Nos fuimos en una diligencia, con un chofer que se llamaba *Lolo*; esas diligencias cruzaban de Santa Ana a Peñasco y otra de Mexicali a San Luis y de San Luis a Mexicali. Se contrató una para que llevara nomás a la familia de mi papá. *Lolo*, el chofer, llevaba palas, picos, hachas y machetes, porque donde quiera se atascaba uno. La

diligencia era un carro tipo ambulancia por atrás, medio ovalada y tenía tres líneas de asientos, allí se metía la gente y los cachivaches que cabían y arriba en una parrilla, también. En cada atascada en la arena nos bajábamos todo mundo a ayudar y para quitar peso, sobre todo después de Vulcano donde empezaba la zona arenosa.

Salimos derecho de la Zuazua, pasamos por el panteón de los Pioneros, la Jabonera, la Compresora y llegamos a Packard, que estaba en la actual calzada Francisco L. Montejano y López Mateos, donde ahora está una gasolinera, allí era Packard. Seguimos a Palacio y adelante estaba un montón de rieles donde llegaban los trenes de carga y de pasajeros, se llamaba Pascualitos. El camino seguía la ruta del tren, paralelo a la vía, siempre a la izquierda. Todo iba muy bien hasta llegar a Vulcano. Para hacer ese viaje se llevaba lonche y mucha agua. Después de Vulcano seguía Hechicera y luego estación Batáquez.

De Batáquez seguíamos a Santa Rosa para tomar el camino a San Luis, cruzábamos derecho por el desierto, que era una vereda, un camino hecho, pero con todos los peligros de atascarse por los arenales, no llegábamos a los poblados que recorría el tren. Había algunos ranchos, pero los caminos eran pésimos, no se podía transitar fácilmente. Las que caminaban muy bien eran las carretas de caballos, con sus ruedas de fierro, jaladas por los caballos y a veces hasta ellos

reparaban. En las diligencias, que todas eran negras, los choferes tenían que saber mecánica, conocer bien el camino, tratar muy bien a la gente. Dar órdenes de “corten ramas allí, colóquenlas acá”. Sacaban el carro y al rato otra vez atascarse de alguna rueda y cuando ya casi llegábamos al río, antes de llegar a la panga, todavía se atascaban dos, tres veces.

Entre más viajábamos, nos íbamos internando a partes más difíciles, donde había unos arenales y unos tremendos tulares y pinares y de pronto ya se atascó la máquina y a bajarse todo mundo. Unos quitaban la arena con la pala, otros con el machete cortaban pinos salados, con el hacha se cortaban troncos para poner abajo de las llantas y hacer vereda un buen tramo y a seguir caminando y la gente a empujar, de manera que se perdían horas, y allí, bajo algún mezquite, se hacía una lumbrada y las señoras preparaban lo que se llevaba, a veces la comida y también la cena, porque durábamos muchas horas en ese viaje.

El río era otro problema, había temporadas que llevaba mucha agua; cuando no había lluvias en el norte no tenía tanta agua. Para cruzar la panga escogían la parte más angosta, que medía como medio kilómetro. Era un río caudaloso porque no había presas. Llegábamos a la panga y nos bajábamos contentos porque ahora sí, allí estaba la panga. Pero había que hacer cola porque enfrente estaba una calesa, un troque cargado, una

diligencia, una camioneta; había también otras personas. Las pangas, que también se llaman pontones, eran hechas de madera flotante, sobre unos troncones, de allí salían tablones parados para hacer la plataforma.

La panga medía como unos 30 metros de ancho, cabían cuatro camiones y a veces metían más vehículos cuando eran chicos. Bajaban a la gente para pasar los camiones. Tenía una altura de metro y medio de la superficie del agua y una especie de barandal de mecates, nomás para que la gente no se pasara y fuera a caer. Estaba amarrada con unos cables de acero grueso; el cable llegaba hasta el otro lado del río y daba vuelta por el otro lado de la panga. Se manejaba jalando los cables con máquinas y aparentemente el agua estaba calmada, pero las corrientes internas hacían que al cruzar, se tocara tierra unos 200 metros fuera de la línea donde estaban jalando la panga, porque la jalaba la corriente. En tierra amarraban la panga, bajaban a la gente y los troques, y seguía uno a San Luis Río Colorado.

San Luis entonces nomás tenía una calle abajo. Con las inundaciones, el agua llegaba hasta esa calle. Era un pueblito muy chico, tenía la carretera internacional y una calle donde estaba un cine y un circo, tienditas y abajo en la calle principal estaban las casitas y un mercado de los Arenas. Nosotros vivíamos enfrente, en un almacén del señor Cifuentes, que había tenido tienda allí, nos lo

prestó para que viviéramos. Había una carnicería donde diario mataban una o dos vacas y puercos. Era todo lo que había en la parte de abajo. Los hombres andaban a caballo. En contra esquina de la línea internacional estaba el cabaret Internacional donde tocaba mi padre. Allí llegaban personas de San Luis y de Arizona.

Del otro lado de la línea, en San Luis, Arizona, nomás había un mercado grande que olía muy bonito porque vendían mucha fruta. El mercado tenía muchas maquinitas de *penney*. Íbamos con mi mamá y allí compraba la provisión y nos compraba dulces.

MI MADRE FUE REINA EN 1926 Y 1927

En Hechicera, que era una hacienda de americanos, vivían puros americanos, pero allí se celebraban las fiestas patrias y otras. Mi madre fue reina del algodón en 1926 y reina de las fiestas patrias en 1927. Mi madre vivía en estación Cucapá, pero se buscaban las muchachas más bonitas de los ranchos y mi madre era muy bonita, por eso la eligieron.

Hechicera era una hacienda muy significativa donde se hacían las fiestas más importantes del campo, organizadas por la Colorado River Land Company. Tenía un arco que iba de un lado de la carretera hasta el otro extremo, casi pegado a los rieles, era muy grande y arriba decía hacienda Hechicera. Los carros

pasaban por debajo del arco, pero cuando pavimentaron esa carretera el arco quedó tirado muchos años y hace poco lo levantaron a un lado de la carretera, pero es nomás una parte del arco original.

De Hechicera seguía Batáquez y aunque el tren recorría fácil las estaciones, que eran Vulcano, Batáquez, Tecolotes, Paredones, Cuervos, Dieguinos, y Los Algodones, hacerlo en carros era muy difícil. Después esas estaciones las recorrí muchas veces porque mi papá trabajó un tiempo en Los Algodones, en un lugar que se llamaba San Diego. Mi papá siempre nos llevaba a los sitios donde trabajaba porque le gustaba que conociéramos diferentes lugares.

En Los Algodones conocí al chino Mariano Ma, que tenía un restaurante de comida china donde vendía víbora, que preparaba con aceites chinos y hierbas. Era una receta de un cocinero chino viejo que tenía allí y mucha gente iba a comerla porque creía que se curaba de algunas enfermedades. El chino Ma era amigo de la familia y allí comíamos una comida muy buena, no como la cantonesa de ahora. Su comida se basaba en carnes de puerco, pato, pollo y rana. La rana la acompañan con arroz y un *gravy*.

Nosotros íbamos a cazar ranas a los “reservorios” y a los tanques de agua, donde había miles de ranas en ese tiempo; entre los tulares y el carrizo, en los canales, había muchas ranas. Las matábamos con piedras, arcos o atarraya y

en las casas se comían no nomás las piernas como en los restaurantes, sino también las caderas que tenían carne. Las matábamos y las preparábamos allí mismo en pachangas. Siempre que salíamos al campo a cacería llevábamos sal, cebolla, tomate, cuchillos, para allá preparar lo que conseguíamos en la cacería. Capturábamos mucho pescado, bocón, lisa, también conejo, liebre, faisanes o gallitos del monte que siempre ha habido aquí, codornices, palomas pitayeras, les decíamos a las que ahora les dicen huilotas o palomas del monte, había mucha paloma ala blanca.

Mi padre tuvo la suerte de relacionarse con mi tío Fidencio, el cieguito, papá de los Mendoza (*Chinto*, *Chanoc*, Roberto) y él se dio cuenta que mi papá tenía aptitudes para la música y empezó a enseñarle. Presumía mi tío Fidencio que mi padre fue el alumno que más pronto tocó.

El tío Fidencio Mendoza tuvo muchos alumnos, la mitad de los músicos de aquel tiempo estudiaron con él, entre ellos sus hijos. Roberto Mendoza, hermano de *Chinto* Mendoza, es de los mejores trompetistas que ha tenido México; tiene más de 40 años viviendo en el DF. Ha trabajado en todas las orquestas de México; los años que yo incursioné en México siempre viví con él. Actualmente toca con la danzonera de Felipe Urbán y se considera uno de los mejores de América Latina.

Enseguida del consultorio del doctor Flores, estaba la botica Juárez, que está todavía.

Por muchos años la tuvo Eduardo Pérez, *el Boticas*, hijo del músico José Pérez Ríos, él la tuvo muchos años hasta que al fin se la regaló el doctor Flores. Eduardo Pérez fue futbolista e impulsor del deporte. Fue iniciador del parque Necaxa, al que le han robado tantos terrenos para hacer el parquecito Macías, el gimnasio de Mexicali, *Coloso Plateado*, y después le robaron otras partes donde está ahora el museo universitario. Toda esa enorme manzana era el campo Necaxa.

Al parque *Zurdo* Flores le daban cabida porque toda esa manzana estaba dedicada al deporte, pero el deporte que primero prevaleció fue el fútbol, que en ese tiempo lo impulsaron el presidente municipal Carlos Rubio Parra, quien fue futbolista, *el Charal*, un funcionario del Banco Mercantil y *el Boticas*.

Posteriormente Pedrito Ramírez, quien hizo hasta una escuela de futbolistas. Pedro tenía su propio club, el San Pedro, donde era portero. Pedro alternaba el fútbol con la música, era cantante de música tropical. Tenía un conjunto de música tropical muy bueno, llegó a tener hasta orquesta. Su pasión era la música tropical.

Como entrenador ha forjado muchas generaciones de futbolistas en el club San Pedro. Recuerdo el parque ese; enfrente está el Casino de Mexicali y en contra esquina estaba el parque Hidalgo, de beisbol, allí donde hicieron el parquecito para caminar, frente al merendero Manuet. Banuet se llamaba en aquellos años; era

de don Antonio Banuet, quien fue tesorero de algunos gobiernos del territorio.

EL PRIMER CUADRO DE MEXICALI

En aquel tiempo (década de los años 40) había puras casitas de madera del viejo Mexicali, por las dos aceras de la calle Morelos. Incluso vivían algunos músicos y sus familias, amigos de mi padre. Ya para llegar a la esquina había casas de japoneses. En la esquina de Morelos y Reforma, donde está la Lotería Nacional, vivía la familia Padilla, dueña del edificio Padilla que es toda esa esquina, incluida la nevería Blancanieves. Era del abuelo de *Pancho* Padilla, quien fue director del Instituto de Cultura de Baja California. Allí tenían la botica Padilla, atendida por las tías de *Pancho* Padilla.

La familia Padilla todavía es dueña del edificio. Ahora la atienden los nietos, porque el más chico de ellos estuvo conmigo en la escuela, pero se fue a México. El Blancanieves tiene más de 50 años y se hizo famoso por la cercanía de la iglesia, porque muchachas y muchachos que asistían a misa, no tenían otro lugar más bonito y agradable que irse a tomar las *bananas split* y taquitos que también vendían. Por eso se hizo famoso el Blancanieves en aquella época. A la vuelta, por Reforma había vecindades. En la calle Morelos había unas casitas y luego hicieron el cine Lux, a fines de la década de los años 40. El cine Curto ya estaba por avenida

Reforma. Éste lo hizo don Adolfo Curto; su hijo Adolfo fue mi condiscípulo; conocí a sus hermanas, eran españoles, pero aquí radicaban.

LA ORQUESTA DEL CUERPO DE POLICÍA

El cine Curto llegó a ser el mejor cine de la ciudad, con una construcción tan sólida que todavía está intacta. Cuando se entraba, nos impresionaba que en la parte donde va la pantalla había unas cortinas enormes, muy bonitas. Existía también el cine Rex; ese fue anterior; era de Corella, le decían *Corellón*, un señor regordete, chaparrón, pelo ondulado, todo el tiempo fumando puro. Estaba donde ahora está la Compañía Telefónica en calle Pedro F. Pérez Ramírez y Reforma. Recuerdo el cine Rex porque en el gobierno de Sánchez Taboada, mi padre perteneció a la orquesta de la policía y ensayaban allí.

Todos los miembros de la orquesta, cuando no tenían audiciones o tocaban al servicio del gobierno del territorio, trabajaban como policías. Eran policías ordinarios, pero varios de ellos llegaron a oficiales; algunos fueron Rómulo Contreras Moya, que tocaba saxofón; Juan B. Morales, guitarrista y violinista; el *Richi*, bajista y guitarrista; Jorge Munguía; *Tony* Munguía, violinista; Díaz Valencia Armenta, pianista y saxofonista; Teódulo Ramírez, bajista; Sixto Ramírez, clarinetista. Yo tenía unos seis o siete años cuando me entretenía mucho oyéndoles ensayar.

La orquesta se formó cuando llegó al gobierno el coronel Rodolfo Sánchez Taboada, (1938-1944), a quien le tocó ser la mano ejecutora del reparto agrario por órdenes de Lázaro Cárdenas. Su asistente principal, el hombre de sus confianzas, era el capitán López Avelar, que de aquí se fue con Sánchez Taboada y después llegó a ser gobernador de Morelos. Cuando se fue Sánchez Taboada, la gente creía que lo había derrotado la Colorado, que había hecho presión para que lo quitaran porque le había afectado sus intereses, repartiendo la tierra a mexicanos, por órdenes del presidente Lázaro Cárdenas.

Fue sorpresa para todo el mundo que al llegar a México, el presidente Ávila Camacho lo nombrara ministro de Guerra y Marina. Sánchez Taboada fue un gran político, dirigente del Partido Nacional Revolucionario, después PRI. Yo lo conocí de vista, andaba mucho entre la gente, era muy popular, muy querido y muy temido también, porque tomaba unas determinaciones muy drásticas con los que iban contra el gobierno; él vino a cumplir órdenes, como militar que fue toda la vida. Cuando llegó aquí era coronel, pero después lo nombraron general de división; ocupó puestos muy importantes en la política y en el ejército. Lo recuerdo muy bien, lo miraba en actos oficiales o en la presidencia municipal, porque la comandancia de policía estaba en los sótanos de palacio y yo iba allí. Entonces había poca gente y era muy fácil encontrarse a los funcionarios de gobierno.

Al abandonar Baja California el gobernador Sánchez Taboada, continuaron con la orquesta durante el gobierno del general Juan Felipe Rico Islas. Me acuerdo muy bien porque tenía acceso a la comandancia por mi padre que era policía. En ocasiones los arrestaban porque como eran policías de punto en las cantinas, a veces se echaban sus copas y los arrestaban y tenía que llevarles yo lonche. Los soltaban pronto porque eran muy queridos de los jefes de ese tiempo. Los jefes de ese tiempo fueron el inspector de policía Enrique Rayón, sobrino de Sánchez Taboada, quien posteriormente fue delegado del Seguro Social en Tijuana.

En ese tiempo era muy fácil ver a los presidentes municipales o al gobernador; a Alfonso García González, que fue el último gobernador del territorio, antes de que se eligiera a Braulio Maldonado constitucionalmente, le decían *Pluma Blanca*, por un mechón de canas que tenía. Era muy pulcro, siempre vestido con trajes blancos o beige, con zapatos blancos. Caminaba por toda la Reforma y todas las calles, libremente. Entonces estaba la casa de gobierno donde ahora está el Instituto de Cultura (Obregón y Calle D). Años después, en la década de los 60, otro personaje muy popular fue el presidente municipal José María Rodríguez Mérida, el *Chemalo*, como le dicen todavía los mexicalenses.

En los años 40, donde terminaba la ciudad, por la calle Francisco Javier Mina, estuvo una

famosa harinera que era de un señor que le decían el *Pato* Noriega. A un lado había unos basureros muy grandes, de los que se hizo dueño el señor Ernesto Escandón, que fue propietario de la Algodonera Escandón y de la Funeraria Escandón, el *Chapo* Escandón, le decían. Era tío del *Yaco* Escandón, que regenteó siempre la funeraria, muy amigo de nosotros. Esos basureros estaban en Mina e Hidalgo y allí construyeron los departamentos Escandón, de los primeros que hubo aquí, muy bonitos.

Allí vivieron personas muy reconocidas en la región, como Eleuterio Duarte y Salvador Rosas Magallón, quien vivió allí muchos años con su familia. Los departamentos estaban junto a una industria, también del *Chapo* Escandón: la Escobera del Valle. Quedaba por la calle Francisco Javier Mina, donde después estuvo la televisora del Canal 5. Desde ese lugar y hasta el callejón Mina, estaba la molinera y receptora de trigo del señor Noriega.

Mi tío Eleuterio Duarte fue de los primeros agricultores de la colonia Zacatecas; allí tenía un rancho muy grande, cerca de la desembocadura del río Colorado. Allí iba mucha gente a cazar patos y gansos canadienses. Llegaban artistas famosos.

La primera harinera de El Rosal que recuerdo estaba donde después estuvo el cabaret Flamingos, en Internacional (ahora Cristóbal Colón) y Azueta. Antes de ser Flamingos era la harinera de un señor García, pero se quemó y los trabajadores se quedaron con la propiedad; después se cambiaron y pusieron su harinera en Altamirano

y Zuazua, cerca del callejón, donde fueron unos billares y ahora es un cabaret, la llamaron harinera El Clavel. Yo conocí muy bien esa harinera porque trabajaba enfrente, en la cantina Azteca Nueva, que le pusieron así porque en la esquina de Escobedo y Zuazua había otra cantina Azteca.

Donde es ahora el mercado de comida Esteban Cantú estaba el Jardín Azteca. En ese tiempo había muchos restaurantes chinos, de mexicanos había pocos. En el Jardín Azteca estaba una taquería muy famosa, un restaurant muy famoso, allí comenzamos a trabajar el *Chinto* (Mendoza) y yo de chamacos; él tenía once años y yo trece. Entre los carros tocábamos piezas musicales a los turistas, tocábamos de todo acompañados de guitarra, de bajo. Cuando los músicos se iban a trabajar en el Casino Obrero, nos quedábamos de suplentes de ellos, así comenzamos, entre los carros tocando las piezas que nos pedían, el guitarrista era Agustín Arvizu. Cuando empezamos a trabajar en la cantina Azteca en 1947, andaba de moda la música de José Alfredo, la primera canción que hizo: *Yo*, que pegó mucho a nivel nacional, empezaba así:

Una gitana leyó en mi mano
Que con el tiempo te adoraría
Y esa gitana me ha adivinado
Que tu vida ya no es la mía
Yo, yo que tanto te quise en la vida

Después salió la canción *Ella*, que rebasó a la primera; pegó tanto que llegábamos a tocarla 20 o 30 veces en una noche. Los rancheros, toda la gente, la pedía mucho.

En el homenaje que se le hizo a José Alfredo Jiménez en la escuela Cuauhtémoc, canté una de sus canciones que me gusta mucho: *Tómame esta botella conmigo*:

Tómame esta botella conmigo
Con el último trago nos vamos
Nada me han enseñado los años
Siempre caigo en los mismos errores
Otra vez a tomar con extraños
Y otra vez con los mismos errores.

CALÉXICO

Nosotros, de pequeños, nos pasábamos por debajo del alambre que había o por los estanques de agua, de los cuales, con bombas se subía el líquido al tanque que abastecía las casas de madera en Caléxico. Los estanques estaban a un costado del tanque que aún se conserva, cerca de la garita vieja. En Mexicali también había grandes estanques, donde ahora está el Seguro Social, por avenida Lerdo.

De esos estanques se bombeaba al tanque que conducía agua a las casas de Mexicali. Por allí nos pasábamos y nos íbamos a visitar a la familia; pasábamos las vacaciones de verano en la casa de

mis tíos y primos en Caléxico. Mi tío era pizcador de melón y seguía las corridas a Yuma, Gila Bend y otros lugares calientes que producían mucho melón. En ese tiempo no había problemas de migración, pasaba la gente y radicaba allá sin ningún problema.

Yo recuerdo que cuando era chamaco, pasábamos por la garita y estaba un gringo viejo, de lentes, sentado en una poltrona que se mecía, lo conocía todo mundo, don Tomasito se llamaba. Estaba medio dormido por el calor y le decíamos, vamos a pasar a Caléxico y nomás levantaba la mano. Con los años empezaron a pedir pasaporte y pasábamos con un papel amarillo grande con el retrato de mi madre y toda la prole. El primer pasaporte de que tengo memoria, aparecía mi madre vestida de largo, de cuerpo entero y peinada a la usanza de los años 30. Yo tuve pasaporte desde mis primeros años, pero era muy raro que al pasar lo pidieran. En Caléxico había tiendas de japoneses y de árabes, tiendas de ropa. Ya existía Sam Ellis, desde que yo tengo memoria.

Entonces era muy fácil cruzar a Caléxico, prácticamente se pasaba sin pasaporte, en aquellos años, cuando las dos ciudades eran realmente buenas vecinas y muchas actividades cotidianas se compartían. El desfile de la cabalgata del desierto, por ejemplo, se realizaba en las dos ciudades. Todos los alumnos participaban; carecer de pasaporte no era impedimento. Con el tiempo empezaron a exigir pasaporte, pero era posible pasar

con alguna credencial de gobierno, de la burocracia o magisterio. Así fue hasta principios de la década de los 80, cuando empezaron a exigir el pasaporte local.

Caléxico y Mexicali estaban separados por un cerco de malla sin púas, como de cuatro o cinco pies, a veces caído de tanto que la gente pasaba. Cruzábamos cerca de donde estaba el Sanatorio Dueñas, por la calle México; hasta allí llegaba Caléxico y luego había ranchos. Nos juntábamos algunos chamacos de la Madero y pasábamos a robar miel del bordo de la línea. Allí había cajas de abejas, nos picaban, pero sacábamos pencas enteras.

En Caléxico había tiendas de gringos, mexicanos, japoneses y árabes; vendían ropa y comida. Por la calle Primera, a la orilla del pueblo, estaba la tienda La Voz del Pueblo. Frente a la garita estaba la tienda de Kawakita, vendía comida y en la banqueta ponía la fruta, que olía muy bonito. Cuando la guerra, su hijo se fue a Japón y ocupó un alto grado en el ejército, estuvo a cargo de un campo de concentración, pero al terminar la guerra regresó a Estados Unidos. En Los Ángeles fue reconocido por un ex prisionero; lo apresaron, se le hizo juicio como traidor y se le sentó en la silla eléctrica. Entonces Kawakita vendió la tienda a Juan el *Árabe*. Siempre traía su delantal y camisa muy blanca y en la banqueta gritaba: “¡Básenle, básenle!”. Hablaba como en las películas. Las mujeres de Mexicali decían: “¡Vamos a la tienda de Juan el *Árabe*!”.

Enseguida había otra tienda de comida y ropa de una señora gringa. En la esquina donde está la tienda Pronto, estaba un puesto de *hot dogs* y *root beer*; por la calle Segunda había otro, que todavía vende lo mismo. En el Kress compraban muchos mexicalenses porque vendían de todo. Enseguida se encontraba la joyería Siglitz, su dueño venía a Mexicali y vendía a crédito, relojes y joyas a los trabajadores y artistas de bares y restaurantes. En la esquina de Segunda y Heffernan estaba una zapatería.

Ya existía Sam Ellis, desde que yo tengo memoria; allí nos compraban los overoles de mezclilla y la mejor ropa. A un lado de la tienda se encontraba el teatro Azteca, a donde íbamos al matiné. Entre la Sam Ellis y el teatro estuvo muchos años un pequeño restaurante donde vendían café, donas y comida. Por la Segunda estaba el cine Fox.

Un lugar importante que conocí a los diecisiete años, cuando tocaba en El Flamingos, fue el hotel De Anza. Allí tocaron músicos de categoría como Glenn Miller, Less Brown, Stan Kenton, considerada una de las mejores orquestas del mundo por sus arreglistas. Otro lugar a donde acudían los mexicalenses era a la iglesia de Guadalupe en Caléxico, donde muchos niños de acá se registraron, entre ellos algunos de mis hermanos. Después mucha gente pasaba con la fé de bautismo y algunos arreglaron su residencia legal en Estados Unidos, sólo por haberse bautizado en esa iglesia.

Pasábamos a Estados Unidos también, porque los médicos que curaban a la población de aquí venían de Caléxico. Había pocos médicos en Mexicali y la mayoría de los que venían a las vecindades eran de Caléxico. Cobraban simbólicamente, casi no cobraban. En la Zuazua, cuando pasaba algo, que alguien se ponía enfermo nomás gritaban: “corran y háblenle al doctor Gray”, y luego él llegaba en su carrito Ford modelo A. Se bajaba con su maletín, era alto, delgado y nos curaba. Posteriormente hubo más médicos mexicanos, como el doctor Mario Flores.

LUGARES DONDE TRABAJÉ

El Jardín Azteca era un restaurante familiar, a donde los clientes llegaban en carro y se servía la cerveza Mexicali en tarros. La señora del restaurante tenía comida del día, bistec ranchero, tacos de carne de machaca redondos, grandes, eran famosísimos esos tacos de Damiana; Damiana se llamaba la señora que hacía esos tacos. El Jardín Azteca era de don Luis Rivas, papá de Javier Rivas. Arriba del restaurante había un hotel; su dueño era muy visionario, fue el que fraccionó la colonia Nueva Esperanza, y todavía sus hijos tienen un rancho por allí por la carretera Unión. Se entraba por Zuazua y por el lado de la cantina también se entraba y en medio quedaba el restaurante.

Atrás había unos departamentos de renta, enfrente del restaurante había una pista de baile y

mesas, porque también se bajaba gente de los carros a escuchar la música que estaba allí tocando siempre, en la tarde y en la noche y había pista de baile y mesas alrededor. Los sábados y los domingos preparaban caguama. Había caguameros, uno de ellos fue *Chencho* Jaramillo, otro era Teodoro y la gente iba mucho a comer caguama. Los cuñados de Rivas eran los cantineros del Jardín Azteca; ellos vivían por la calle Hidalgo, enfrente del jardín de niños Gabriel Leyva. Este lugar funcionó muchos años hasta que se quemó y Rivas vendió, allí hicieron el mercado Esteban Cantú. Todo eso que es el mercado de comida Esteban Cantú, era el Jardín Azteca.

La famosa cantina El Tío Pepe, a donde llegaban todos los campesinos, estaba en la esquina de Altamirano y Juárez y después de muchos años el dueño vendió y allí se estableció la tienda La Bonita. En los 50 estaba por avenida Internacional el cabaret Copacabana, y el restaurante de comida china Shangrila. En ese tiempo el Shangrila tenía fama de ser el mejor, lo visitaba todo tipo de personas. En la esquina de Madero y Azueta estaba el Banco Mercantil, que después fue de Comercio, ahora Bancomer.

El hotel Imperial, por avenida Madero, se quemó, pero fue reconstruido igual; allí en la parte de abajo estaba el cabaret Imperial, donde hizo Jack B. Tenney *Mexicali Rose*, que es una canción muy famosa.

EL MERCADO MUNICIPAL

El mercado municipal era el corazón de Mexicali; era el centro de abastos de todo Mexicali; tenía mucho auge, la gente iba a comprar allí todo, aunque había muchas carnicerías en el centro de la ciudad. Dentro y alrededor del mercado había muchos puestos de comida mexicana, a donde iba la gente que llegaba del valle, que tenía que pasar el día arreglando asuntos.

Un personaje muy conocido en los alrededores del mercado fue el *Monterrey*. Yo conocí al *Monterrey* cuando era chiquillo, él ya llegó viejo a Mexicali. Fue revolucionario, con el grado de mayor, según contaba; iba mucho con nosotros porque escuchaba la música cuando estábamos ensayando en casa de mi tía *Panchita* y ella le daba comida, agua o sodas y él se ponía a cantar sin ton ni son; le gustaba mucho cantar *Atotonilco*, pero él hacía su propia melodía, la cantaba como quería.

Estaba mal de sus facultades, tenía cicatrices desde el cuello hasta arriba de la cabeza, rozones de bala que le afectaron sus facultades, durante la revolución también perdió un ojo. Usaba un sombrero, pero lo usaba como gorra, no se aseaba y tenía su barba entre amarilla y roja crecida. Era un indigente, la gente le regalaba chamarras, ropa, usaba botas y los pantalones arremangados; andaba mal el señor, hablaba incoherencias con una voz potente y le daba por dirigir el tráfico.

Era pacífico y hacía mandados a la gente, nos caía bien a todos.

El *Monterrey* se quedaba donde se le hacía noche, yo me lo encontré muchas noches abajo del puente del ferrocarril, enfrente de donde está ahora la Plaza La Cachanilla. Allí pasaba el ferrocarril y había un puente de puros postes enormes, estaba muy alto el puente y abajo corría el canal de las aguas negras, que le decían el dren 134. En la parte alta había covachas y allí dormía el *Monterrey* muy seguido; yo me lo encontraba cuando pasaba por el puente, para ir a la comandancia, en el antiguo palacio municipal, por avenida Reforma.

Yo tenía que pasar por el callejón de La Famosa. El callejón de La Famosa, se llamaba así por la colchonera La Famosa que estaba al final del callejón y avenida Lerdo. Yo no vi cuando el tren mató al *Monterrey*, pero entonces todo se sabía en Mexicali y contaba la gente: mataron al *Monterrey*. Quiso parar al tren y lo mató. Como le gustaba dirigir el tráfico y los taxistas, los choferes y todos los que tenían carro le hacían caso, también quiso parar al tren. El maquinista se dio cuenta y aunque no iba rápido no pudo parar a tiempo para no golpearlo. El *Monterrey* no se movía de la vía, la máquina le dio el golpe que lo mató.

Recuerdo que cuando íbamos a la Escuela Cuauhtémoc pasábamos por el teatro Mexicali; donde está el cine Bujazán, anteriormente era el

teatro Mexicali, pero se quemó; allí vi muchas películas cuando era chamaco, del hombre lobo, la momia. También estaba el cine Rex por avenida Reforma, a un costado de la escuela Leona Vicario. Recuerdo que enfrente del correo había una librería que se llamaba La Diez y Quince, allí comprábamos los libros de la escuela y, con el señor Rojas, en una pequeña librería en calle Altamirano y Madero, comprábamos libros de aritmética. Enseguida estaba la peluquería del *Chanate* González y el consultorio del doctor Fausto Ramírez. En la esquina de Madero y Morelos estaba la gasolinera del señor Meléndez.

NEGOCIOS DE JAPONESES

Por avenida Madero había una nevería de japoneses. Ellos tenían neverías y taquerías. Principalmente donde tenían sus negocios los japoneses era por la avenida Madero; enfrente del correo estaba lleno de negocios de japoneses, como El Oasis, donde vendían tacos y nieve de garrafa que ellos hacían. A la vuelta, al lado de la iglesia y a un lado de donde está la Mevalza también había japoneses; los Chimizo, Yamamoto, Ishikawa y los Nakamizawa.

Los Ishikawa fueron los únicos que cuando los concentraron durante la guerra, no vendieron, no malbarataron su propiedad. La dejaron allí y cuando terminó la guerra regresaron. Uno de ellos era médico general en el hospital, pero nomás practicó

la medicina unos tres años y se dedicó a su negocio. En ese tiempo embotellaban y distribuían la soda Nehi y el agua de Celis, los sifones de agua mineralizada. Los sifones eran para las cantinas, vendían hielo seco y tanques de oxígeno y hasta la fecha lo siguen vendiendo, en avenida Madero, donde estuvo la planta de soda Nehi. Los Ishikawa era dueños de un rancho donde ahora están las colonias Flores Magón y Corregidora, hasta atrás del Cetys, todo eso era de ellos, allí tenían una granja de marranos. Se los expropiaron, les pagaron lo que quisieron, fue un robo a esos japoneses.

Otras propiedades de japoneses se encontraban donde estuvo la clínica del doctor Dueñas; allí estaba la Asociación Japonesa y la escuela de artes marciales de los japoneses. Cuando nosotros salíamos de la Escuela Cuauhtémoc nos íbamos a ver el gimnasio enorme, que después fue el sanatorio Dueñas. Tenían colchones donde practicaban artes marciales, había paralelas, peleaban con palos, era un gimnasio de artes marciales de la escuela japonesa. Cuando se fueron malbarataron todo eso y también donde ahora están las florerías por la calle México; muchos mexicanos lo aprovecharon.

Mi padre de chamaco, de seis o siete años, junto con el profesor Gilberto *Nito* Ahumada, daban bola en los locales de los japoneses que estaban por Reforma frente al cine Iris (de Corella). Del cine Iris hacia el este, estaba La

Chinesca, allí estaban las tiendas esas famosas que se quemaron; hicieron edificios nuevos y a mí me tocó andar con mi tío Pedro Valdivia que era plomero y agarró los contratos del hotel de Cecilio Chi y del dueño de los mercados El Ahorro, José Shuton; todos chinos millonarios. Desde los sótanos puso mi tío las tuberías y drenaje hasta arriba en todos los edificios; yo tenía ocho o nueve años cuando andaba derritiendo plomo, eso fue como en 1941 o 42. Enfrente de La Chinesca estaba el hotel Moderno y una tienda muy famosa que era de los Esquer; allí había una barbería de japoneses, y mi padre y el profesor *Nito*, eran boleros.

Con el tiempo nos conocimos el profesor y yo, y nos apreciamos mucho porque él había sido compañero de mi padre de chamaco. Pertenecía a la fraternidad deportiva a la que pertenezco. Está formada por deportistas y músicos viejos, atletas y boxeadores que figuraron en aquellos años, algunos muy buenos, que fueron a las Olimpiadas de 1932 en Los Ángeles, mexicalenses representando a Estados Unidos.

Hay una edad para aceptar que entren a la fraternidad, es la edad de 60 años y estar activo, pero a mí me aceptaron de 55 años. Yo no fui deportista, nomás practiqué basquetbol, porque de chamaco me pasaba estudiando la música y a los trece años ya trabajaba tocando en las cantinas hasta las cuatro o cinco de la mañana. Yo nomás terminé hasta sexto, porque desde quinto año tocaba e interrumpí un año de estudios.

LUGARES DE DIVERSIÓN

Cuando la guerra terminó, venía mucha gente de California: artistas, rancheros, vaqueros; venían a las variedades y a los toros. La plaza de toros estaba desde 1942 donde ahora está el COBACH. Antes había una, entre López Mateos y Zuazua, atrás de la cárcel, a esa yo nunca fui, pero sí la miraba porque vivía en la calle Zuazua y pasaba por allí. Era como las que hacen los gringos para rodeo, de puros troncones de mezquite, muy rústica, pero allí toreaban y jaripeaban, yo nunca entré, nomás la miraba desde afuera.

La otra plaza la conocí porque estaba yo en la banda del profesor Irineo Rodríguez, que se armaba cuando había toros; era una banda taurina. Por eso me tocó conocer a los viejos toreros, como de 1946 a principios de los 50. A Silverio Pérez lo vi varias veces; la última vez que lo vi fue en una corrida de beneficio y torearon también Carlos Arruza, que venía a la usanza andaluza, con su sombrero español y el español Cagancho. Vi muchas veces a la rejoneadora *Conchita* Cintrón, conocí a Luis Briones, David Liceaga, Antonio Velázquez, uno de los Silveti, al *Calecero*, que era hermano de Ernesto Alonso. A *Cantinflas* lo vi varias veces, llenaba la plaza, con sus pantalones cayéndose y sus chistes. Vi a Luis Procuna, Antonio Velázquez, *Cañitas*. Todo esto entre 1946 y principios de los años 50.

Además de ser plaza de toros allí se hacían peleas de box. Allí peleó Joe Lewis. Allí vi pelear en 1948 a *Memo* Valero, que era campeón nacional pluma, peleó contra Manuel Ortiz y Ortiz lo noqueó en el octavo round; Valero nunca le pudo ganar a Manuel Ortiz que era campeón de peso gallo. Ortiz era de El Centro, California. Yo lo conocí viejo y tuvimos mucha amistad. Allí peleó también el *Teco* Monroy y lo noquearon también. Era muy grande y potente con los puños, pero tenía el mentón muy frágil.

También había peleas en la arena Juárez, que estaba en La Chinesca, que no parecía arena porque estaba adentro, enfrente había una imprenta y por un callejón se entraba a la arena Juárez. Allí peleó Vicente Villavicencio, que fue muy famoso porque le ganó a *Kid* Azteca, que tenía diecisiete años de campeón nacional; había peleado con los mejores del mundo y en México no había quién le ganara, era especialista en gancho al hígado, casi a todos los noqueaba. Villavicencio era de Ensenada, pero aquí se la llevaba y aquí boxeaba; era muy fuerte. Peleó en México contra *Kid* Azteca y todos creían que iba a ganarle, pero la sorpresa fue que ganó Villavicencio y le quitó el campeonato de diecisiete años.

A un lado de la plaza de toros estaba el parque Hidalgo. Cuando entrabas al parque, al fondo se miraba la plaza. Entonces no había liga y venían diferentes equipos de Sonora, Sinaloa, Saltillo. Mario Hernández estaba muy joven y jugaba

primera base, le decían la *Chueca* Hernández. Siempre fue el que impulsó el beisbol aquí. En el parque Hidalgo conocí verdaderas leyendas del beisbol. El equipo de Mexicali lo formaban nativos de aquí y algunos del otro lado. A mí me gustaba el beisbol y podía ir porque mi papá tocaba en la orquesta.

En cada juego tocaban antes de empezar el juego y entre cada *inning*, una melodía o dos. Yo no toqué en el parque Hidalgo, pero iba porque me gustaba el beisbol y tenía amigos que jugaban como Ramón Palacios, el *Bule* Guzmán que fue pitcher muy bueno, de la costa del Pacífico, el *Pilillo* Estrada. Me acuerdo de un manejador que le decían el *Rompopa* González, el *Gordo* Germán Bey, Alejandro *Kitty* Garcilia, catcher de los Águilas, de Virgilio Arteaga.

Como la plaza de toros estaba pegada al parque Hidalgo, muchos peloteros se volaban la barda y pegaba en la plaza, y cuando había faul la pelota se iba hacia el Banuet y muchos correteaban pelotas y entregándolas en la puerta ya entraban gratis. Había unos bateadores que tenían mucha potencia y se volaban la barda, pero uno en especial, *Dick* Wilson llegó a meter varias pelotas al ruedo. Wilson después hizo las ligas Sunset y la Arizona-México. En la Sunset jugaban Reno, El Centro, Porter Field, Mexicali, Yuma y Cananea.

Ese *Dick* Wilson, tiene un récord, porque en una temporada se voló la barda 47 veces. Había un jugador que se llamaba el *Texano* Castro y pegó el

batazo más largo que he visto en mi vida. Un batazo tremendo, sonó muy fuerte la pelota en una línea que no se elevó, pero llegó hasta la esquina de calle Zaragoza y carretera a San Felipe, (ahora Justo Sierra), donde estaba entonces la terminal de los camiones Irrigación de la cooperativa Maya.

MI VIDA DE MÚSICO

De chamacos tocábamos con un permiso que nos daban. Donde ahora está La Voz de la Frontera, antes estuvo la escuela de El Buen Pastor, allí a un lado había una oficina muy chica, que decía Prevención Social, cuando era territorio Baja California. Allí nos daban permiso a los músicos y a los que trabajaban en lugares públicos donde no podían entrar menores. Era un permiso especial, y un gafete con la firma de los padres de uno y la profesión que uno ejercía; mi gafete decía: "Luis Contreras, menor de edad, autorizado para entrar a las cantinas para trabajar en su profesión".

Siempre tenía uno que traer el gafete para que al entrar a las cantinas, los policías no lo molestaran, si no, no lo dejaban entrar a uno. El gafete tenía vencimiento cada seis meses o un año. El ambiente en las cantinas no era muy pesado, llegaba la gente de aquí de Mexicali y la mayoría era gente del campo que venía a tomar en las cantinas.

Entonces había una ley que prohibía llevar licor al campo, aunque se llevaba de contrabando, porque en ese tiempo la gente del campo ganaba mucho dinero; era el tiempo del auge del algodón, cuando los agricultores ganaban tanto dinero que venían a gastarlo. Traían el dinero fajado en pacas, en bolsas de lona o bolsas de papel, miles y miles de pesos que cobraban. Mandaban tocar, nosotros no tocábamos ninguna melodía sin paga, aparte de lo que nos pagaba la empresa que era muy poco. Nos pagaban catorce pesos la noche por trabajar, pero ganábamos, 80, 90, 100 o más, cada noche, era un dineral. Desde chiquillos usábamos trajes de gabardina, *fil a fil* que se usaba mucho en ese tiempo, teníamos nuestros sastres que nos hacían ropa; andábamos elegantemente vestidos.

Se ganaba mucho dinero, dábamos dinero a la casa y jugábamos, nos divertíamos. Como en la casa del jabonero, el que no cae resbala, siempre andábamos con compañeritas, tomando; teníamos carrito desde muy chamacos; yo tuve mi primer carro en 1953, era un carro Nash 1941, de aquellos Plymouth, muy buenos. Se me descompuso y lo mandé al mecánico que me lo entregó un día antes de las elecciones de Braulio Maldonado para gobernador. Ese día hubo ley seca y cerraron las cantinas. Yo acababa de recibir mi carro arreglado y el mecánico me dijo que lo corriera a 30 ó 35 millas para que se asentara el motor. Como no había cantinas abiertas en Mexicali, yo andaba con Armando Toledo y decidimos ir a pasearnos a San

Luis en mi carro. No llegamos ni a Batáquez; allí se quemó el motor.

Yo tenía apenas veinte años, pero entonces los músicos ganaban mucho dinero, en comparación con otras personas. Con la música a mí nunca me ha ido mal. Yo entraba a muchas cantinas porque cambiaba de grupo, tocaba en un grupo y en otro, en las orquestas que tocaban en la Logia, el Casino y la Cámara de Comercio.

El lugar de baile más lujoso entonces era el Casino de Mexicali, pero los bailes más buenos eran en la Cámara de Comercio, en la parte alta, con su terraza y en la Logia Masónica, que estaba donde se encuentra ahora, pero en la parte de enfrente, a un lado de la Villa de Seris. Yo tocaba en las mejores orquestas de aquel tiempo, con *Manny* Martínez; antes hubo una que se llamó Estrella, formada con los músicos viejos como *Chucho* Moreno, *Cholo* mi primo, *Nacho* Soto, *Matus*, *Chinto* y otros. Después se juntaron *Matus* y *Tavito* Contreras y formaron la orquesta *Matus-Contreras*, que le gustaba mucho a la sociedad de ese tiempo.

Después de todos los bailes, la gente se iba al mercado municipal al menudo, los tacos de machaca, los tamales y el champurrado, el más famoso y visitado era el restaurante Chapultepec, pero estaba también el Mariana y otros restaurantes alrededor del mercado.

Mi padre era un memorista de lo mejor de su tiempo, hasta el último día de su vida, tuvo la

fama de ser un músico que tocaba de oído y de memoria la música que aprendió también. Mi papá al principio no tenía un trabajo fijo, trabajaba “al otro lado” y aquí, en las pizzas. Era muy joven y tuvo la suerte de relacionarse con mi tío Fidencio, el cieguito, papá de los Mendoza. Mi tío se dio cuenta que tenía muchas aptitudes para la música y le enseñó. Mi padre fue de los que inauguraron el Casino Obrero, ya estando yo hombre, ya grande.

El Casino Obrero estaba a un lado de la harinera El Clavel, por calle Altamirano, donde fue el sindicato de los trabajadores de la CTM de la Jabonera, llamado Fuerza y Progreso, que primero estuvo acá en avenida Bravo. El líder del sindicato, *Pancho* Barraza, inauguró el Casino Obrero, que tuvo un éxito rotundo porque acudía allí toda la gente de Pueblo Nuevo, San Isidro, del centro de la ciudad, Caléxico y otras partes.

Las mejores orquestas de México se presentaron allí. Mi papá trabajaba en la orquesta del Casino Obrero, que tenía su propia orquesta. Pero puros bailes, sábado, domingo y jueves; los jueves los retiraron y quedó nomás sábado y domingo. Esa orquesta tenía muchos elementos; estaban Carmelo Pérez (hermano del profesor Hermenegildo Pérez), un gran músico, saxofonista y clarinetista, estaba Pompiano, Isidro Gómez que llegó de Guadalajara y era reconocido nacionalmente, el trombón era *Tony* López, músico zacatecano, Víctor Navarro, mi primo hermano, él tocaba trompeta.

Otro que tocaba trompeta era mi compadre Antonio Ramírez, que vive todavía y está retirado de la banda del estado, como yo. Tiene 88 años y es papá de los muchachos del grupo musical La Familia. Está casado con una prima de mi esposa; yo fui a la boda hace mucho tiempo y hace como siete años fui también a la celebración de sus 50 años de matrimonio. Tocaba también José González; trompetista muy bueno, que venía de Cosalá, Sinaloa; Marcial Cruz del estado de Jalisco, era saxofonista, clarinetista y segundo tenor. Estaba también en esa orquesta el bajista Prisciliano Venegas, de Tepic, Nayarit, muy buen bajista y maestro de música. Fueron mis compañeros porque yo empecé a trabajar muy chico, los amigos de mi padre fueron mis compañeros también. Eso fue por los años 40.

Anteriormente, cuando mi padre aprendió música con mi tío Fidencio, éste presumía de haber tenido el discípulo que más rápido se haya llevado a trabajar. Antes de dos meses de aprendizaje empezó a trabajar en los bailes del Uno del Shenk, de Palaco; aquí en Mexicali en bailecitos familiares. Se tocaba mucho en las rancherías del valle y ya tocaba mi papá el saxofón. Mi padre tocaba en aquellos cabarets de los años 30, cuando yo estaba recién nacido. Los famosos lugares de diversión del primer cuadro, los que estaban por el lado donde está el Caliente, El Tecolote y la Reforma; allí había unos cabarets muy famosos donde trabajó mi papá.

Hubo un cabaret muy lujoso del español Venancio. El lugar se llamaba La Esmeralda. Otros eran el cabaret Mexicali, el California, La Zorra Azul. Donde más trabajó mi papá fue en La Esmeralda con músicos como *Tony* Ortiz, Ramón Torres, mi padrino Ángel Zamudio Sosa, que era trompetista de una banda militar y desertó; se vino a Mexicali, aquí se casó y se quedó. Dejó muchos hijos aquí y cuando vino a ver a una de sus hijas, tuvo un accidente; se equivocó al abrir una puerta y cayó por un tobogán de esos para arrojar ropa, se quebró algunos huesos y a la postre, de eso murió.

Mi papá también trabajó en un cabaret muy famoso que hubo aquí, era lo mejor que existía. Estaba en la esquina donde después estuvo El Gato Verde, colindaba con El Shangrilá, era enorme y muy bonito, traían variedades de Las Vegas, lo regenteaba un portugués-americano, de la confianza de los Alessio de Tijuana, Agustín Silveira se llamaba el señor, era el dueño del Caliente. El lugar se llamaba August Rendez-vous Rendez-vous significa un lugar muy bonito para platicar, como algo muy íntimo, pero no tenía nada de eso, porque a pesar de que tenía algunas separaciones, la mayor parte era una pista de baile y de variedades, mesas al descubierto; un lugar en el edificio de los hermanos Terrazas. En esa esquina, antes de eso existió un lugar que se llamaba Climax, era de lo más famoso que había en Mexicali, allí trabajó mi papá.

En ese tiempo estábamos invadidos de músicos americanos y mi papá trabajó con una pianista americana que se llamaba Luisa, muy bonita cuentan, porque yo no la recuerdo; era novia de un músico mexicano, Alejandro Murguía. Por eso me pusieron Luis a mí, ya que como hijo mayor tocaba que me pusieran Rómulo, pero me contaban, mi padre y mi madre, que Luisa, la pianista, me quería mucho, y decidieron ponerme Luis por esa pianista americana que se iba a casar con un músico mexicano, pero se fue para Estados Unidos.

Hubo otras pianistas mujeres como María Magallanes, que vivía con un violinista y maestro mexicano, el maestro Cifuentes, había también pianistas americanas. Jack B. Tenney vino aquí, mi padre convivió con él y mi tío Fidencio tocó con él; el baterista de Jack B. Tenney era *Pancho* Morlett. Formaban un grupo, no había orquestas en esos cabarets, se usaba mucho el dixieland, el ragtime, toda esa música de los 20, 30, predominaba el fox trot; pura música americana se tocaba allí; porque había dos polos, digo yo, allá eran las ligas mayores, y las ligas menores era el cuadro que formaban la Zuazua, Altamirano, Lerdo. En éstas se tocaba mucha música mexicana, como valeses mexicanos.

Había orquestas de cuerda como la del Jardín Caléxico, enfrente del Jardín Azteca, donde después estuvo el mercado Juárez y ahora hay una refaccionaria. Era de doña Carmen Cantú. El Jardín Caléxico era una cantina que tenía unos jardines afuera. En ese tiempo y posteriormente, durante

el auge algodonero, todas las cantinas estaban llenas de músicos de Sinaloa, de Sonora y Jalisco, venía mucha gente a trabajar porque hacían falta músicos. En ese tiempo un músico ganaba para mantener la familia, vestirse muy bien, tener carro y casa y hasta para sus baquetonadas de tomar y demás cosas del ambiente.

Mucho dinero se ganaba entonces, no tocaban una melodía sin que les pagaran, además de que en algunas partes les pagaban sueldo; no le hacían caso al sueldo, no dependían de las propinas que les decían *kitty*, *feed the kitty* les decía, quería decir “echarle carne al gato” porque hacían un gato de madera con la trompa arriba y allí les echaban las propinas y allí pagaban la música los que la pedían, los turistas. En ese tiempo había turismo aquí, desapareció después, pero en ese tiempo había turismo americano de Arizona, de Texas, de California; venían artistas de cine.

En la década de los años 50, cuando yo trabajé en los cabarets de la línea, me tocó conocer a muchos artistas americanos como Ava Gardner, Gilbert Roland, Ron Cameron; aquí en Mexicali, en el Flamingos, que era un restaurante internacional, chico, pero tenía fama de ser restaurante de primera, el más famoso de la frontera, se vendía pato, faisán, codorniz, ancas de rana, filet mignón, totoaba, todo de alta cocina; lo administraba el chino José Ley, que era íntimo amigo de nosotros, el

dueño era Luis Herrera y el edificio todo se llamó Luis Herrera. Después un banco lo embargó y se quedó con él.

El Flamingos se construyó después de la quemazón de la harinera. Allí tocó Luis B. Hjar, que era de Culiacán, Sinaloa. Venían artistas, agricultores y gente de mucho dinero de Estados Unidos porque era un restaurante muy caro. Un plato de ancas de rana, que eran como piernas de pollo chiquitas, se servían con arroz y costaban como cinco dólares. A los músicos nos las vendían a 1.50.

Luis B. Hjar se vino para acá con la intención de aprender música americana, le llamaba mucho la atención esa música, el jazz y la música de Glenn Miller. Organizó una orquesta que pegó mucho y *Pancho Ibarra Zeta* se lo llevó al famoso San Diego Café. Allá había unas tardeadas muy famosas donde tocaba la orquesta de la que era director Ibarra Zeta, y se lo llevó para tenerlo de planta para acompañar variedades. También se llevó al baterista, mi compadre Jesús Domínguez, que le decíamos *El Piolín*. Cuando Luis B. Hjar se fue al San Diego, por escalafón en el sindicato me tocó entrar allí.

Teníamos la Unión de Músicos de Baja California, de la que tuve el honor de ser secretario general tres veces. Actualmente existe sólo de membrete porque ya murieron el 80 o 90 por ciento de los músicos y los demás andamos por allí. Soy de los más chicos y ya tengo 70

años. Entré al Flamingos porque Luis B. Hjar se fue al San Diego, pero no sabía muchas de las melodías que se tocaban allí en ese tiempo. Predominaban los vales irlandeses, americanos y música americana. Luis B. Hjar era tan buena persona que fue mi maestro en el aspecto de que me dijo: “éntrale a trabajar en mi lugar, a suplirme, y en cada tanda vaya al San Diego y ya le voy a tener escrita una o dos piezas de las que se tocan allí en el archivo del Flamingos”.

De esa manera, él me ayudó y permanecí trabajando allí cinco años, hasta 1955. Ese año hubo una huelga y un primo hermano mío, el mayor de los Mendoza y yo, por andar en vagancias en San Luis, tomando, nos quedamos dormidos y no fuimos a un recuento de la Junta de Conciliación y Arbitraje y nos castigaron, nos amenazaron con suspendernos y renunciarnos al trabajo. Allí se quedó el Flamingos, músicos y cantineros se quedaron con él durante muchos años. *Tavito* Contreras, que acaba de morir, fue de los que se quedaron allí. Él fue de los que entraron al último, había otros músicos como el pianista *Quito* Guerrero, Antonio Ramírez, fueron socios con los cantineros muchos años, hasta que Roberto Montaña les compró la parte a todos.

Así pasó en muchos lugares; el gobierno para pagar los salarios caídos en las huelgas, se los quitaba a los dueños y se los daba a los trabajadores y los trabajaban en sociedad o en cooperativa. Nunca resultó beneficioso para los músicos, porque los que manejaban el dinero eran los cantineros y ellos se

servían con la cuchara grande. A mí no me pareció nunca bien y yo renuncié. También nos quedamos con un lugar muy bonito que se llamaba One, Two, Three. Posteriormente un empresario de Ciudad Juárez, José Zapién, se quedó con él y le puso Slopy Joe; fue muy famoso, estaba pegado al Gato Verde, por la avenida Internacional. También de allí me separé. Duré un tiempo acompañando variedades, unas buenas, otras malas

Todos los cabarets tenían variedades, había muchos músicos y artistas. Las variedades eran de baile español, cubano, había cantantes, malabaristas, bailarines argentinos, todo tipo de variedad y los artistas se pasaban de un lugar a otro. En 1961 fui secretario general de la Unión de Músicos de Baja California, que unía a todos los músicos y tenía 26 contratos colectivos de trabajo.

Rodolfo Mendoza, hijo de mi tío Fidencio, es nativo de Mexicali y uno de los mejores trompetistas de México, ha trabajado en todas las orquestas de México, tiene 44 años radicando allá. Cuando yo iba a México, nunca permitió que me fuera a dormir a otra parte, a un hotel; iba y me sacaba con todas mis maletas para que me fuera con él. Eso le tengo que agradecer. Es de los mejores trompetistas de la república mexicana; acaba de regresar de una gira de mes y medio por Europa. Nació en Zuazua 80. *Chinto* Mendoza también estuvo muchos años viviendo en México y realizó varias giras internacionales. Trabajó en Panamá, Argentina y Estados Unidos. Estudió en el

Conservatorio de Chicago. Es el mejor saxofonista de la república mexicana desde hace muchos años.

Chinto Mendoza, mi primo, trabajó muchos años como profesor de música. Actualmente está jubilado, ya harto de trabajar enseñando música. Sigue enseñando a músicos de Tijuana y del Distrito Federal graduados del conservatorio que quieren aprender más y vienen con *Chinto*. Él sabe mucho porque estudió el sistema Schillenger con el maestro *Pancho* Argote, hermano de Guillermo Argote, que casi nadie conoce en México ni en América Latina. Ese sistema es taquigrafía musical y composición muy avanzada. Fue inventado por un alemán y *Pancho* Argote fue a Estados Unidos a estudiarlo con Schillenger. El destacado maestro Argote daba clases en su casa sobre ese método y allí fue a estudiar *Chinto* Mendoza.

Yo hice muchos viajes a México y a otros lugares de la república, viajaba en autobús porque no me gustó nunca viajar en avión, no me trae chiste, porque soy muy afecto a observar el paisaje, la manera de vivir de la gente de cada pueblo que paso, sus hábitos; por ejemplo, en Sonora yo gozaba mucho la parte montañosa y la parte arenosa del desierto de Altar, sus casas de adobe y llegar a comer donde uno quiera. Y así ir recorriendo cada estado con sus características, las comidas diferentes en cada región.

BANDAS DE MÚSICA

Yo creo que en la formación de la banda de música municipal influyeron mucho el licenciado Rafael Martínez Retes, que tocaba violín y era un enamorado de la música. También influyó el *Perro*, Leopoldo Lomelí, porque cuando murió don Joaquín Ramírez, recién iniciado su gobierno municipal y siguió el gobierno de Martínez Manautou, ellos le aconsejaron que organizara una banda, porque el municipio de Mexicali no tenía, y hacía falta para los quioscos, las escuelas, para darle servicio musical a la comunidad. Se acabó eso el segundo año de gobierno municipal del *Chemalo* Rodríguez. Es amigo mío y se enoja cuando se lo digo, pero es cierto.

Con Martínez Manautou se formó una banda municipal muy buena que organizó Guillermo Argote. Él era director de la Banda del Estado de Oaxaca y llegó a Mexicali en 1950, invitado por el doctor Dueñas y otros para que diera clases en la Secundaria 18. Argote fue director y mi primo *Tito* Navarro fue subdirector, porque Argote le daba la facultad de encargarse de llamar a los músicos y tocaba primera trompeta. Yo siempre toqué saxofón en esa banda.

Tocábamos mucho en el parque Héroes de Chapultepec, en la explanada de la Escuela Cuauhtémoc, en las escuelas, a veces en las banquetas del parque y se arremolinaba la gente que iba pasando, se paraban los carros. Sobraba

dónde trabajar porque la banda gustaba mucho. Tocábamos entre dieciocho y veintiún músicos en la banda municipal.

La banda desapareció en el gobierno de *Chemalo* Rodríguez porque nos debían tres quincenas. Se acostumbraba mucho en ese tiempo que les adeudaran varias quincenas a los policías, pero los policías mordían la gente y así podían aguantar quincenas sin pago; ¿Pero, nosotros a quién mordíamos? Necesitábamos que nos pagaran, porque aunque trabajábamos por fuera, con ese sueldo completábamos para los gastos.

Hacíamos gestiones para que nos pagaran y a veces nos abonaban media quincena. Esa vez, era un 13 de septiembre, comenzaban las fiestas patrias a las siete de la mañana en el parque Héroes de Chapultepec. Era día de los Niños Héroes y todos los integrantes habíamos tomado la decisión de que si no nos pagaban para ese día íbamos a dejar de tocar; nos prometieron que allí nos iban a pagar, nos iban a llevar el dinero, si no todo, sí la mayor parte de las tres quincenas que nos debían.

Al llegar, lo primero que preguntamos fue si le habían entregado a Guillermo Argote el dinero, y nada. Argote dijo que no dieron ni un cinco y que podíamos tomar la determinación que quisiéramos. Ya estaban todos los militares y gente del gobierno; agarramos nuestros instrumentos y nos fuimos. El *Chemalo* se enojó porque todos preguntaban qué estaba pasando. ¿Por qué se va la banda si es indispensable para los honores y el himno

nacional? En la presidencia decidieron correr a Argote con toda la banda. Nos corrieron y nunca nos pagaron. Así terminó la banda de música municipal. Creímos que le iban a hablar a Argote y a nosotros los músicos, pero no sucedió así; llamaron a un músico esquirol que traía un grupo tamborero de Sinaloa; se prestó para hacer una charanga; eran como seis o siete músicos malos que no podían leer el archivo de música buena que teníamos, nacionalista. Así terminó el periodo del *Chemalo* y se acabó esa murga, esa charanga.

Pasaron muchos años, y en el gobierno de Milton Castellanos, Martínez Retes dejó de ser presidente de la asociación algodonera y Milton lo llamó a su gobierno. Milton lo apreciaba mucho porque habían sido compañeros de estudios en la carrera de leyes. En el gobierno de Milton Castellanos, en los últimos años fue nombrado secretario general el licenciado Rafael Martínez Retes, que era también periodista.

Gracias a su influencia se constituyó la banda del estado, el 16 de junio de 1976. Su primer director fue el profesor Santos Carbó, que era muy buen músico, pero no pudo porque tenía muchos compromisos y no le interesó mucho; nomás duró un mes y la dejó. Después la dirigió el maestro Argote. Él puso sus condiciones; se ensayaba mucho, se pagaba muy mal. A mí Argote me habló desde el principio, pero no pude sostenerme porque me arrancaba a México a trabajar unos meses y volvía a Mexicali y a la banda,

pero con lo que pagaban no podía yo hacer nada para sostener a mi familia.

Tenía yo que trabajar por fuera, de la banda nunca se pudo depender para sostener a la familia. Al principio pagaban 75 pesos por quincena, después duraron mucho tiempo pagando 125 pesos. Yo me iba a México y de allá mandaba dinero. Además, allá había muchas orquestas grandes y yo andaba libre; si me llamaban y convenía me quedaba, si no me iba a otra, al salto, se le llama a ese sistema .

A principios de los 80, el gobierno del estado nos mandó al Distrito Federal a una competencia nacional. Cada estado iba a presentar su banda y una obra. Nosotros fuimos y trabajamos en el Teatro del Bosque, atraz del Auditorio Nacional. Al frente iba Martín Cuburu presentando la obra de Don Quijote de la Mancha, llamada *El hombre de la Mancha*. Allí salía Martín Cuburu interpretando al Quijote y la profesora Nora Granados a Sancho Panza.

Se presentó con nosotros *Pancho* Liguori, crítico de teatro, periodista y abogado y nos dijo que había visto muchas veces esa obra, incluso con Enrique Álvarez Félix y que le había gustado más con la compañía que iba de Baja California. Ganamos el primer lugar y la crítica de los periodistas. Tuvimos audiciones en el Poliforum Siqueiros con mucha gente. Tocamos en la sala Netzahualcóyotl, en Coyoacán.

Nos habían programado para tocar en La Alameda, pero había muchos grupos y a nosotros

no nos tocó. Después volvimos a tocar en el Distrito Federal. Así pasé 25 años, iba y venía a México y cada vez que llegaba a mi casa, Argote me hablaba y me incorporaba a la banda del Estado, pero luego me volvía a ir porque no había dinero, y en México, en cuanto llegaba ya tenía trabajo, a veces hasta el mismo día y se ganaba muy bien. Yo era soprano y leía los papeles de oboe de las obras clásicas y semi clásicas que le gustaban mucho tocar a Argote.

Ahora ya ni se toca eso; nomás se murió el profesor Argote, hace como seis años y jamás se toca eso. Cuando quedó como director Luis Ortega Galaviz, a quien yo aprecié mucho, la banda se vino abajo. Luis Ortega Galaviz era clarinetista de la banda, pero más que nada era líder sindical y tenía control sobre muchos grupos de la CROM y en lugar de mejorar, la banda se vino abajo. Como él tocaba en la banda de Sinaloa, de una banda que tocaba música clásica y semiclásica, delicada y buena, se vino haciendo una bandota grande de Sinaloa.

Con las audiciones didácticas tuvimos experiencias muy buenas y otras desagradables en el COBACH Mexicali y en el CETYS. En el COBACH las muchachas estaban fumando y se paraban y salían, hablaban. Los maestros incapaces de poner el orden. En el CETYS nomás se presentaron tres alumnos porque había un juego de futbol. La organizadora nos dijo que no querían venir porque estaban viendo el juego. Argote dijo que era la última vez que nos presentábamos allí y lo cumplió, nunca volvimos a esas escuelas

Era muy rara la secundaria a donde íbamos que nos pusieran buena atención, las puedo mencionar: la del profesor *Lupe* Beltrán, siempre tenía muy bien ordenados a los alumnos; las de los poblados del valle, siempre nos daban refrescos y ensaladas. Hubo veces que fuimos a tocar a algunas escuelas del 43, el ejido Cucapá, el Sonora y nos hacían barbacoa, carnes asadas, mole. Una vez llegamos y se soltó una tolvanera y Argote dijo que no íbamos a tocar porque los papeles se iban a romper. No tocamos porque no se podía, pero nos dijo el comisariado: “Métanse a un salón”, y nos dieron barbacoa y mole. Nos trataban muy bien.

Tocábamos más agusto en los kinders y en las escuelas primarias con los chamaquitos poniendo atención a la música de CRI-CRI, que él hizo, y otras piezas. Porque los niños eran lindos, siempre aplaudían y querían mucho a la banda; nos daban de sus lonches y las maestras nos decían: “No los desprecien, porque ellos se sienten muy felices de que hayan venido”. Eso conmovía mucho a Argote y a algunos de nosotros. Argote hasta las lágrimas se le salían, porque había mucha atención y más buen comportamiento con los niñitos que con la gente grande.

Algunos jefes nos trataban mal, pero la mayoría nos trató muy bien; tengo muy buenos recuerdos de Manuel Bejarano Giacomán cuando fue jefe de nosotros en el Instituto de Cultura; de Florecita Vildósola cuando estuvo a cargo de la Casa de la Cultura. Como ella canta, comprendía muy bien a los músicos.

Argote les indicó a las autoridades que mientras él la dirigiera, la banda tocaría puras audiciones didácticas, en beneficio de la niñez. Tocábamos música nacionalista, el origen de la música mexicana principalmete, explicado para que los niños aprendieran las raíces del folklor mexicano. Eran audiciones educativas cien por ciento. Argote era liberal y nos hablaban de las kermesses de las iglesias y nunca permitió que la banda tocara allí, ni en eventos de la alta sociedad, que a veces solicitaba la banda

En ese tiempo empezaron a pagar 350 pesos por quincena y con lo que trabajaba por fuera más o menos sostenía mi familia y estaba en mi casa. De todos modos cada vez que tenía vacaciones me iba a México.

Al morir Argote, con Ortega Galaviz se tocaban las piezas más fáciles y más corrientes. Ya no se tocó con la delicadeza y la pulcritud, ni la belleza de la buena ejecución y el sentimiento de la música. Argote, con 21 o 25 músicos, tocaba lo que ahora con 40 nunca se tocó. Ortega Galaviz tenía 40 músicos, porque consiguió plazas con el Instituto de Cultura, pero metía elementos que no servían para nada.

Dejé de trabajar en la banda de música del estado, después de 25 años, por incapacidad, por edad; ya éramos muy grandes, yo era el más chico de edad y tenía más de 60 años. Me habían dado dos infartos y tuve una descompensación terrible que ya mero me moría. Dejé de trabajar ocho meses

después, porque tenía problemas con mi expediente. Ya dados de baja seguimos trabajando porque el gobierno no suplía las plazas que habían quedado vacantes y hasta la fecha no las han suplido. Duré un año trabajando, enseñando a los nuevos valores y nunca terminaba, porque llegaban unos y se retiraban, porque no les pagaban. Actualmente sólo cobro mi pensión.

Este gobierno le da preferencia a otras cosas; el último uniforme que dieron a la banda fue en el segundo año de gobierno de Ruffo Appel. Los instrumentos son pura chatarra y los uniformes puras garras y así nos mandaban a competir con las bandas de Caléxico. Los chamacos llevan instrumentos nuevos y nosotros pura chatarra. Nos mandan a alternar con las bandas de la Marina en San Diego y nos da vergüenza porque no llevamos instrumentos buenos. El gobierno ni nos da para comprar instrumentos, ni nos da uniformes. Últimamente nos mandan a las fiestas del 27 de enero y se han vuelto tan duros que nos dan taquitos de papas de lonche; y antes nos daban para comprar tacos de carne. En el camión llevan sodas de esas baratas, de las que venden al otro lado por montones para no gastar.

La banda ya no es del estado porque no vamos a otros municipios a tocar. En San Quintín hace cinco años que no se para la banda. No hay difusión de las participaciones de la banda. La última vez que fuimos a San Quintín, tuvieron que llenar el salón ejidal de puros soldados porque no se

presentó ningún chamaco, pudiendo llevar niños para que aprovecharan las enseñanzas de una audición didáctica de la música popular mexicana, sus principios. Una vez tocamos una audición frente al mar, ante una sociedad de maestros y señoras de la localidad que la solicitaron al gobernador Ruffo; eran 23 señoras y 40 de banda. Mal dirigida la banda; llegamos a ir a tocar a lugares donde no sabían qué íbamos a tocar.

Actualmente no hemos logrado que nos paguen una pequeña indemnización por los 25 años que trabajamos allí, como nos lo prometieron y, en cambio ellos, cuando salen de sus puestos cada trienio o sexenio, se reparten millones de pesos. Nunca nos dieron base ni nos dieron ningún cinco por representar al estado más de 25 años. No hacen nada por mejorar la banda.

Al deporte le meten millones de pesos y por la cultura no hacen nada. Es una tristeza que San Luis Río Colorado, siendo una población más chica, tenga catorce bandas de 70 u 80 "chamacos" cada una y aquí en Mexicali nomás la Secundaria 50 tenga banda. Y que a la banda del estado la tengan abandonada; no nos han cumplido ni nos van a cumplir. Tenemos que solicitarle una audiencia al gobernador Elorduy para que nos den esos pocos centavos que nos deben por tantos años de servicio y que no nos han dado y que pongan las plazas que faltan.

Qué desencanto que este 15 de septiembre, cuando la banda siempre tocaba adentro, en las

oficinas de palacio, donde siempre tocaba después del grito, ahora la banda tocó piezas de Glenn Miller, en lugar de tocar piezas mexicanas. Es una vergüenza que siendo una fiesta tradicional, en lugar de tocar música típica mexicana tocaron piezas americanas. Todo eso me llena de vergüenza. Ojalá que este gobernador cumpla con la cultura, que le dé impulso.

Hace años que viene sosteniendo una orquesta de alemanes, suecos, portugueses y otros extranjeros y que ellos presumen, y ya la llevaron hasta Bellas Artes y los músicos ganan sueldos estratosféricos; y la banda, que es representativa de la cultura mexicana y el pueblo, la tienen en el completo abandono, la siguen teniendo en la miseria.

OTRAS ORQUESTAS DONDE PARTICIPÉ

En México toqué en muchas orquestas reconocidas, la de *Chucho Zarzosa*, *Chucho Rodríguez*, *Leo Acosta*, *Gamboa-Ceballos*, la de *Mariano Merceron*, la de *Tony Rodríguez*, *Ismael Díaz*, *Héctor*, el *Gordo Campero*, *Venus Rey*, *Pío Tovar*, *Pedro Mendoza*, *Erasto Galíndez*, *David Hernández*. Además participé en cuartetos, quintetos y sextetos, que pagaban muy bien.

Con la orquesta de los *Hermanos Muñoz* toqué en el hotel *Marriot* de *Acapulco*. Estuve también en la orquesta de *Ismael Díaz* y con ella, en el hotel *Prince*, hicimos varios programas que pasaron en el programa *Siempre en Domingo* de

Televisa. Estando en Acapulco, el 2 de noviembre de 1974, asesinaron al profesor guerrillero Lucio Cabañas y se puso muy feo porque los tanques andaban vigilando la ciudad y no podía uno salir. En Mexicali toqué en orquestas muy buenas, como la de Los Alabastrinos y la de *Chinto* Mendoza.

Con otras orquestas salíamos a lugares como Veracruz, Guanajuato, León, Coatzacoalcos, Jalisco, Guerrero, Aguascalientes, Zacatecas. Tocábamos en carnavales. Principalmente las orquestas se mantienen en un 80 por ciento, tocando en las fiestas patronales, ferias y bailes de pueblos.

Actualmente, y desde hace unos seis años, soy el director de la banda taurina, que se arma cada vez que hay corridas en la actual plaza de toros de Mexicali.

REMEMBRANZAS DE AUSTREBERTO
SILVA OLIVARES

Austreberto Silva Olivares

Nací el 28 de noviembre en la ciudad de Tijuana, B.C. Mis padres fueron los profesores Pedro Silva Silva y Concepción Olivares Vite, originarios del estado de Hidalgo. También mis dos hermanos: Magdalena y Arturo, que a la fecha son profesores jubilados, nacen en Tijuana. A los pocos años nos trasladamos a la ciudad de México, a una casa en Mixcoac y después, definitivamente, nos quedamos a vivir en Coyoacán. La casa es amplia, antigua, de una planta y, además, con un enorme terreno en el que sembraban alfalfa y que se convirtió en un inmenso campo de juegos infantiles.

La propiedad, situada a espaldas de la iglesia de San Juan Bautista, está a dos cuadras de la casa de Hernán Cortés, en la que se alojan las oficinas de la Delegación de Coyoacán, y a tres cuadras de la casa de la Malinche, en el jardín de la Conchita.

Coyoacán, vocablo de origen tolteca; sus etimologías son tres: COYOTL =coyote; HUA= tenencia o posesión y CAN=lugar. Lugar de coyotes.

Me inscriben en las escuelas primarias: Juan Díaz Covarrubias, a una cuadra de mi casa, en la que cursé hasta el cuarto grado y en la escuela Melchor Ocampo, donde mi padre es profesor, para cursar el quinto y sexto grado. Mis profesores, amigos y compañeros de dominó de mi padre, me traen “muy cortito”, son exigentes pero justos; cualidades indispensables para padres y docentes.

Al terminar la primaria en unión de mis amigos Jorge Pueblita y Sergio Carballo, nos inscribimos en la escuela Secundaria núm. 13 de la colonia Portales.

Casi siempre al salir de la escuela, dejamos de utilizar el tranvía y parte del trayecto, caminamos por el bordo del río Churubusco. El río, bordeado de viejos y frondosos eucaliptos, es testigo de nuestras incursiones para cortar los grandes elotes que crecen en las milpas aledañas.

En un ambiente familiar de profesores normalistas, en donde las pláticas son de temas, conocimientos y experiencias pedagógicas, se inicia mi vocación para la docencia, y a punto de ingresar a la Escuela Normal, unas visitas al dentista, me inducen a abrazar la carrera de odontología. Siempre he manifestado que soy odontólogo de profesión y maestro de vocación.

Prosigo mis estudios en la Universidad Nacional Autónoma de México, cursando el bachillerato de biología en la Escuela Nacional Preparatoria en 1945 y 1946.

De acuerdo con la Ley Orgánica de Instrucción Pública, expedida en 1857 por don Benito Juárez, el ministro de instrucción pública, don Antonio Martínez de Castro, encarga la creación de la Escuela Nacional Preparatoria, a don Gabino Barreda. La escuela inicia sus labores el 1º. de febrero de 1868, en el mismo edificio del que fuera el antiguo Colegio Real de San Ildefonso en las actuales calles de Justo Sierra y de San Ildefonso. Este magno edificio que a lo largo de su vida afortunadamente ha resistido nuestros embates estudiantiles, como la explosión de los cohetones que retumbaban en alguno de sus tres amplios patios cuadrados; así como el grueso y labrado portón que celosamente cuidaba el conserje recordado por muchas generaciones: don *Trini*, actualmente es el Museo de San Ildefonso, que guarda preciados tesoros artísticos. Carrillo, Vargas y Maldonado, son mis amigos más cercanos en la escuela preparatoria. De esta época recuerdo las proezas deportivas de un moreno y atlético alumno, miembro de una familia de Ensenada, B. C.: José Soto Blanco. Dejan huella en mi espíritu, algunos de mis maestros de ilustre trayectoria, autores de los ya clásicos libros que tanto nos apoyaron en las materias que impartieron: Dr. Nieto Roaro, botánica; Quím. Héctor Murillo, química orgánica; Ing. Salvador Peralta, física; Dr. Ramírez Laguna, zoología; Ing. Soto Peimbert, álgebra; Dr. José de Lille, biología general; Dr. Francisco Larroyo, ética.

De 1947 a 1951, realizo mis estudios profesionales de cirujano dentista en la Escuela Nacional de Odontología de la UNAM, formando parte de los 52 alumnos que integramos la penúltima generación que estudia en el antiguo y bello edificio situado en la esquina que forman las calles de Lic. Primo de Verdad y Guatemala.

El edificio que tiene sus cimientos en el palacio de Axayacatl (1469-1483), a principios de siglo se remodela y se derriba parte de la esquina, para reconstruirla con un estilo neoclásico acorde con la época. En agosto de 1929, pasa a formar parte del patrimonio universitario y se convierte en asiento de la rectoría.

Siendo rector Antonio Castro Leal, uno de los siete sabios, el presidente de la República Emilio Portes Gil, en ese año de 1929, concede la autonomía universitaria, firmándose en el edificio de mi escuela, este trascendental acuerdo. Desde entonces se constituye en la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM.

Es conveniente mencionar que en 1913, el antiguo Consultorio Nacional de Enseñanza Dental, se convierte en Escuela Odontológica y en diciembre de 1914, se incorpora a la UNAM junto con la Biblioteca Nacional.

Octubre de 1935, fecha en que la Escuela Odontológica Nacional —como se llamaba en esa época— y que funcionaba en un local anexo a la escuela de Medicina, se cambia a su nuevo e independiente recinto recién desocupado y

debidamente equipado con clínicas y laboratorios. La inauguración es realizada por el rector Luis Chico Goerne y el director de la escuela, Dr. Virgilio Ramos San Miguel.

Aunque la calle de Lic. Primo de Verdad, —en honor de Francisco Primo de Verdad y Ramos, protomártir de la Independencia—, entre Guatemala y la de Moneda, no es dependencia escolar, es casi propiedad de nosotros, los estudiantes. Este largo espacio que con frecuencia se convierte en un gran patio de juegos, peleas y campo de fútbol, es fiel testigo de vivencias y gratos recuerdos; igualmente para nuestros vecinos: los alumnos de la contigua Escuela de Iniciación Universitaria y el alumnado de la Pre-Vocacional del Instituto Politécnico Nacional, situada en la calle de Correo Mayor.

Cuando no hay alumnos, es una corta y tranquila rúa muy cercana a las librerías y editoriales Porrúa Hermanos y Robledo; en la esquina que forma con la calle de Moneda, se halla el templo de Santa Teresa, ahora convertido en un recinto cultural y en la otra esquina el Conservatorio Nacional de Música que forman parte importante del Centro Histórico de la ciudad de México.

Con el deseo de anticipar mi servicio social, me admiten en el Dispensario Antivenéreo 11, de la Secretaría de Salubridad y Asistencia para hacer detecciones de padecimientos bucales. Asimismo, el 1º. de marzo de 1951, la

Dirección General de Alfabetización y Educación Extraescolar me nombra instructor de alfabetización en la Secretaría de la Defensa Nacional, en el Campo Militar No. 1, con el 49/o Batallón de Infantería. Estas son mis primeras experiencias docentes, las que con el apoyo y orientaciones pedagógicas de mis padres, son exitosas. Lamentablemente estas actividades no son suficientes para calificarse como servicio social, pero fueron buenas experiencias.

Llega el ansiado evento consistente en la entrega de cartas de pasante, que se verifica en agosto de 1951. Muy felices de ser pasantes, nos toman la fotografía oficial, en la escalinata de blanco mármol de la Escuela Nacional de Odontología, iluminada con la alegría de todo mundo y la luz del día que entra por la amplia y bella cúpula transparente.

Veinticinco años después, nos reunimos otra vez para celebrar el aniversario y se hace la toma de la fotografía en la misma escalinata, con la presencia del entonces director de la escuela, y padrino de la generación: Dr. Ignacio Reynoso Obregón. Hay alegría por el reencuentro, pero ya se observan los efectos del tiempo en los presentes. El 18 de agosto de 2001, celebramos el quincuagésimo aniversario; yo no pude asistir y muchos de mis compañeros han fallecido. Hoy solamente conservo fotografías y vivencias de mis compañeros de esa época.

En el año de 1948, ocurrió un evento en el que participamos activamente la mayoría de los alumnos de nuestra escuela. Todo se inicia con la pelea de un estudiante de la prevocacional contra otro de iniciación universitaria; sin embargo, el pleito se magnifica y pronto se involucra todo el alumnado de ambas escuelas. Nuestra escuela situada en el medio, pronto es agredida y los cristales de los grandes ventanales de las clínicas son apedreados y destruidos. Cerramos ventanas y rejas para evitar daños que, afortunadamente no afectan a las clínicas, y quedamos a la expectativa. Se montan guardias para protegerla y a unos compañeros y a mí, nos toca hacer guardia nocturna en el techo. Alguien nos lleva pan blanco con azúcar para mitigar el hambre y el miedo ante un sorpresivo ataque. Intervienen las demás escuelas del Poli y la UNAM y se politiza el movimiento, que termina con la salida del rector Salvador Zubirán. Al fin jóvenes del primer año de la carrera y sin experiencia y sin conocer el fondo político, disfrutamos el bullicio y participamos en el gran coro: “A Zubirán... lo bajarán”, “A Zubirán... lo correrán” etc. etc.

RUMBO A BAJA CALIFORNIA

El 13 de septiembre de 1951 y por fin, con la carta de pasante en la mano, la Secretaría de Salubridad y Asistencia extiende mi nombramiento, sin

suelo, para cumplir con mi servicio social por un período de seis meses, en el poblado de San Felipe, Territorio Norte de Baja California, a partir del 16 de septiembre del mismo año.

El viaje por vez primera, solo y tan lejos de casa, es triste y acongojante para mis padres y para mí; sin embargo, es una nueva experiencia acorde con el deseo de conocer la tierra natal. Recorrer en ferrocarril cientos y cientos de kilómetros y observar los distintos paisajes del suelo patrio, es un alimento espiritual que distrae mis pensamientos y suaviza mi pena.

La convivencia humana dentro de un ambiente de constante desplazamiento de trabajadores de muchos estados del país, que buscan mejores oportunidades y salarios para enrolarse como “braceros” con rumbo a la frontera norte, es un acontecimiento palpable de una lacerante realidad nacional. En cada estación del ferrocarril, se respira el gran movimiento de gente que aborda, que se despide, que baja, que compra comida, que ríe, que habla, que grita, y que se dirige al Norte.

En Benjamín Hill, Sonora, es necesario dejar el tren Sud-pacífico, —tan pacífico en su transitar, que la gente le llama: “sud-paciencia”—, para transbordar al día siguiente, en el ferrocarril Sonora-Baja California de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas. Después de esperar una incómoda y larga noche, tratando de dormir en una “cuartería” que me

recomendaron, cuyas habitaciones tienen un camastro y como puerta una sábana, y mirando “con un ojo al gato y el otro al garabato”, llega el ansiado día y entre la algarabía de los numerosos “braceros”, vendedoras y curiosos; por la tarde me subo al tren Sonora-Baja California que durante toda la noche recorre el peligroso desierto de Altar.

Ulises Irigoyen, chihuahuense de grata memoria para los bajacalifornianos, siendo director de Ferrocarriles, Tránsito y Tarifas, coloca el primer riel, acompañado de su señora madre, el 20 de marzo de 1937. Una larga calle de Mexicali: la “F”, que está situada de sur a norte, desde la estación del ferrocarril al antiguo palacio de gobierno, lleva su nombre. Calle que con frecuencia recorro.

El ferrocarril Sonora-Baja California es inaugurado en su primera corrida oficial, por el presidente Miguel Alemán en 1948: —el día 7 de abril en Benjamín Hill y el día 8, en la pujante ciudad de Mexicali—. Ese ha sido el sueño de los bajacalifornianos que al fin se hace realidad y que yo también comparto.

Los ingenieros: Raúl Sánchez Díaz, Jorge Medina y Enrique Herrera Borel, son los técnicos que llevan a feliz término esta fatigosa obra que también deja mártires: López Collada, Sánchez Islas, Gustavo Sotelo y Jesús Torres.

Después de tres días y medio de viaje, los numerosos “braceros”, pasajeros y yo, cansados,

polvorientos y somnolientos, arribamos muy temprano por la mañana, a la flamante estación del ferrocarril en Mexicali en donde ya me espera mi prima, Sara de la Cruz Silva Cota, profesora de la escuela Leona Vicario. De la moderna estación, destacan sus amplísimas salas de espera y comedor, que más adelante y, ocasionalmente, también se utilizan como salones de baile para fiestas y posadas.

El breve recorrido por la ciudad de Mexicali rumbo a la casa de mis parientes, que hago en esa soleada mañana de septiembre de 1951, recién llegado del Distrito Federal, es novedoso e impactante: una luminosidad del medio ambiente que recuerda al desierto y que permite observar calles amplísimas y tranquilas. Muchas casas de madera de una planta y techos de “dos aguas” con su característico “porche” o recibidor cuadrado; muchas de ellas rodeadas de plantas y arbustos. Ausencia de altos cercos o bardas que permiten visualizar jardines o espacios con sillas de descanso y camastros o catres bajo los árboles. Hay juguetes, objetos, y mangueras tendidas sobre las banquetas que riegan el pasto de las jardineras, lo que denota la despreocupación de sus moradores ante riesgos de robos o problemas similares. Al nivel de las banquetas sobresalen palmeras y unos frondosos pinos de toscos troncos y retorcidas ramas que dan mucha sombra; en seguida me informan que son los famosos “pinos salados” (*Tamarix chinensis*).

De repente, observo casas con un piso superior que tiene tejado y en lugar de paredes se observan mallas de alambre o “mosquiteros”, que son los espacios donde duermen los moradores para disfrutar las noches frescas del verano. También percibo un suave olor almendrado que se esparce por toda la ciudad y que proviene, según me dicen, de la Compañía Industrial Jabonera del Pacífico.

Gratos recuerdos de la recientemente pavimentada y anchísima avenida Madero en donde se halla la casa de la familia Silva Cota. Por segunda ocasión en mi vida (de la primera con dos años de edad no me acuerdo), observo tierras extranjeras: porque desde la casa de mis tíos, se dejan ver los ricos campos agrícolas que rodean la pequeña ciudad de Caléxico y que forman parte del Valle Imperial de California, E.U.A.

En una ocasión, acompañado de mi tío Andrés, hacemos un viaje al extranjero: a Indio, California y por el camino nos detenemos en un lugar saturado de palmeras datileras llamado Valerie-Jean, en el que venden frutas secas, y por vez primera me deleito con un delicioso, frío y reconfortante *milk shake* de dátil que me desaparece el deseo de un succulento y abundante desayuno. Este lugar queda no muy lejos del poblado de Indio, California y como ya me habían advertido, nunca pregunto cuánto me falta para llegar a Indio, porque invariablemente me contestarán: “las plumas, nada más”.

Independientemente de quiénes sean los autores de los ingeniosos nombres de la ciudad vecina y la nuestra, los historiadores están de acuerdo en que el nombre: Mexicali se compone de: Méxi-co y Cali-fornia. Así como el nombre de la ciudad vecina, Caléxico: Cal-ifornia y M-éxico.

LA FAMILIA SILVA COTA

Parte del tiempo en el que realicé el servicio social, viví en la casa de mis tíos y me relacioné estrechamente con mis primos del norte. La familia Silva Cota, está integrada por el distinguido maestro hidalgense que llega a Baja California en 1912 y quien tiene una gran trayectoria como educador en el estado: Prof. Andrés Silva Vite y su esposa: Elvira Cota Sosa, la bajacaliforniana más bajacaliforniana que he conocido; nativa de Ensenada; artista, poeta, romántica y soñadora, madre de siete hijos: Andrés, Santos, Sara, Guilebaldo, Ulises, Elvira y Luis.

Mi tío Andrés, ya jubilado, tiene un criadero de pollos; es un experto jugador de ajedrez y más adelante, es director de la preparatoria en el poblado Guadalupe Victoria, en el valle de Mexicali. Fallece el 13 de enero de 1975; 14 años más tarde mi tía Elvira fallece el 28 de noviembre de 1989, a los 102 años de una activa vida.

En 1951 la hija de Andrés y de Yolanda, la *Chachi*—hoy distinguida médica especializada,

graduada en la Universidad de Irvine, California—, vive con mis tíos mientras cursa su primaria en la escuela Leona Vicario.

UNA PARTIDA DE AJEDREZ

Mi tío y mi padre, tienen un feliz encuentro y al reunirse juegan una partida de su entretenimiento favorito: el ajedrez. Absortos en su juego, no se percatan de que la tierra empieza a temblar; toda la familia se asusta pero ellos siguen jugando; el temblor se intensifica, ellos siguen jugando pero todos salimos corriendo al patio de la casa y les gritamos que también se salgan. Entonces los dos hermanos simultáneamente se levantan de sus sillas sin perder de vista las piezas, abren sus piernas para no perder el equilibrio y continúan absortos en su juego con la consiguiente sorpresa de la familia.

En Mexicali, muy temprano tengo que abordar el único autobús que se dirige hacia el poblado de San Felipe y que se regresa por la tarde; no hay otro medio público de transporte a ese lugar designado para efectuar mi servicio social.

San Felipe, que hasta fines del 1953 se convierte en delegación, está situado a la orilla de una hermosa y tranquila bahía sobre el golfo de Cortés. Se encuentran diseminadas unas cuantas casas de pescadores, la pequeña botica y un ambiente tranquilo y silencioso. La población

apenas llega al millar de habitantes; posteriormente se ha incrementando con la construcción de la carretera; no hay luz eléctrica (ésta llega hacia el año de 1963), tampoco agua potable (hasta 1969) y el dueño de la solitaria botica del lugar, me describe un triste y desalentador panorama de trabajo. Después de ver y oír al boticario, el desánimo hace presa de mí espíritu y por la tarde me regreso a Mexicali en el mismo autobús.

Con el apoyo de Santos, conozco y me entrevisto con el Dr. Víctor Slim, jefe de los Servicios Médicos Coordinados de Salubridad y Asistencia, en el Territorio Norte de Baja California. La oficina, se aloja en el edificio construido por el gobierno del general Abelardo Rodríguez en 1925, para la primera biblioteca de Mexicali. Sucesivamente es ocupado por la oficina de Tránsito y Transportes; la oficina de Fomento Agropecuario; la Delegación de Turismo, la Secretaria de Relaciones Exteriores y finalmente, por el Archivo Histórico del Estado de Baja California. El Dr. Slim, a quien allí conocí, me asigna a la escuela primaria Netzahualcóyotl, asentada en Pueblo Nuevo, para iniciar mis actividades el 15 de octubre de 1951.

Esta escuela construida por el gobernador, general Abelardo L. Rodríguez, está a cargo de la profesora Gloria Rosado Cázares, quien me recibe amablemente. Años después, el 20 de abril de 1958, rinde su protesta como diputada propietaria de la 1a. Legislatura del Congreso del

nuevo estado de Baja California y se convierte en la primera mujer con ese cargo, que ejerce durante dos años y medio. El Prof. Salvador Ocampo Sagahún, me extiende el oficio de término de servicio social en la escuela.

En esta época, soy testigo de un cambio importante: el 16 de enero de 1952, aparece publicado en el Diario Oficial de la Federación, el decreto que crea el estado de Baja California como parte integrante de la federación, con la superficie y límites que tenía el Territorio Norte de Baja California. Este es otro legítimo anhelo de los bajacalifornianos hecho realidad, ya consignado con antelación, en la tesis de recepción profesional de mi primo, Lic. Guilebaldo Silva Cota: *Baja California debe ser Estado*.

Prosiguiendo con mi servicio social, el 28 de enero de 1952, me asignan a la primaria Vicente Guerrero, en el barrio de Lomalinda. La directora es la profesora María de Jesús Gil Morales, tía del Lic. Rafael Soto Gil, tercer rector de nuestra Universidad Autónoma de Baja California.

El 15 de marzo de 1952, terminé mi servicio social. Las actividades en ambas escuelas, consisten en detecciones de padecimientos bucales a todo el alumnado; así como orientación y prevención del padecimiento más común: caries dental. En virtud del entusiasmo del alumnado de los quintos y sextos grados y con la anuencia de los señores directores, los pude involucrar en la creación y desarrollo de la Cruz Roja Escolar. La mejor

recompensa a estas actividades, se refleja en la positiva respuesta de los niños y los elogios por el trabajo realizado, señalado en sendos oficios de fin del servicio que me expedieron los directores, profesor Salvador Ocampo S. y profesora María de Jesús Gil Morales.

A fines del mes de julio, con nuevas experiencias y expectativas que incrementan mi vocación por la docencia, regreso a la ciudad de México, también por tren y acompañado de muchos “braceros” de norteña indumentaria (pantalones “livais” y camisola a cuadros rojos).

El día 7 de noviembre de 1952, en el paraninfo de la Escuela Nacional de Odontología, aceptada mi tesis: *El esmalte dentario y su calcificación*, presento el examen profesional, siendo aprobado por unanimidad. Acompañado únicamente por mis padres, celebro este acontecimiento con una comida en un restaurante de la colonia Portales. Años después, regreso a ese mismo restaurant, de cuyo nombre no me puedo acordar, acompañado de mi esposa y también de mis padres.

Recibo mi título de Cirujano Dentista, el 12 de enero de 1953 .

Habiendo “probado el agua del río Colorado” y con el título en la mano, regreso en febrero del mismo año a la ciudad de Mexicali, capital del nuevo estado, que tiene como gobernador provisional, al Lic. Alfonso García González, quien gobierna el territorio desde 1947.

Nuevamente ocurre el grato encuentro con la gente de Mexicali: la voz fuerte y su entonación al hablar, muy distinta a la del centro del país. Me llama mucho la atención que cuando se refieren a otra persona por su nombre, anteponen el artículo "la" o "el"; por ejemplo: "La Sara es profesora muy exigente"; "Seguro que el Guilebaldo olvidó algo"; "La *Chachi* es muy simpática"; "El Santos es un perfeccionista", "La Quina siempre toca el piano mientras espera la visita del *Chemaló*" etc. etc. A mi juicio, esta característica significa franqueza y confianza entre la gente del norte. El clima extremo y el duro trabajo, originan un modo de ser caracterizado por la rudeza y sinceridad. En esta época mucha gente proviene de otros estados de la República. Frecuentemente dicen que pronto se regresarán a su tierra, lo cual no ocurre; casi todos se quedan a vivir en Mexicali. La población nativa o "cachanilla", va en aumento.

Recuerdo que había noches que al caminar por la banqueta, pisamos algo que "truená", como si fuesen cacahuates secos esparcidos por todas partes; al acercarse a la luz del alumbrado público, el ruido aumenta. Al observar lo que pisamos, nos sorprenden la gran cantidad de grandes insectos que brincan; se trata de cientos de grillos, grandes y oscuros cuyo exo-esqueleto produce un fuerte sonido al ser aplastado. Esta plaga citadina desaparece conforme avanza la costumbre de fumar las casas. Por cierto: también me impacta el observar ¡¡casas completamente envueltas en

grandes lonas!!; al averiguar el por qué, me dicen que éste es un método de fumigar casas y almacenes.

En las noches de verano, con frecuencia se escuchan conciertos de chicharras, cuyo chirrido se oye a gran distancia. Estos insectos son grandes y de gran potencia para emitir su sonido, actualmente sólo se escuchan en el desierto.

En 1953, instalo consultorio en un local anexo al consultorio del Dr. Silva Cota, en las calles Segunda y Puebla en el barrio de Pueblo Nuevo. La eficiente enfermera, Socorro Valderrama y el joven mozo, Raymundo, son los auxiliares del consultorio médico y en ocasiones, también me prestan ayuda.

Mis pacientes provienen de las colonias Pueblo Nuevo, Loma Linda, Esperanza y Orizaba. El Dr. Santos Silva es muy conocido y estimado en el lugar. Es tan notable el desarrollo de este barrio de Pueblo Nuevo, que en las márgenes del río Nuevo, considerada zona insalubre, están asentadas numerosas casas habitación de madera y material inflamable pero con las comodidades indispensables. Mucha gente que vive en ellas, trabaja “al otro lado”, es decir: en el Valle Imperial de California. Viven con las comodidades del mobiliario y aparatos electrodomésticos, pero existe el peligro siempre latente, de contraer infecciones por el agua contaminada, y el constante pulular de mosquitos en el río. La gente es buena, trabajadora y luchadora contra el medio y confiada de que en Mexicali “casi nunca llueve”. Sin embargo, con

motivo de las sorpresivas y abundantes lluvias de 1955, esta zona del río, se inunda y el presidente municipal Rodolfo Escamilla Soto, ordena que la gente sea trasladada al ex ejido Orizaba y así nace la colonia Baja California.

Al poco tiempo me cambio a la calle Tercera, pavimentada y con circulación vehicular, que hacia el sur entronca con la avenida Michoacán. El lugar es un amplio local de la planta baja, compartiendo sala de espera con el Dr. Juan Manuel Durazo Moreno. La Compañía Telefónica del Noroeste, instala mi primer teléfono, entonces de cuatro cifras: 45-35.

Muy cerca, en el barrio de Loma Linda, se encuentra la escuela primaria Vicente Guerrero, en donde hice mi servicio social y uno de los primeros jardines de niños: el Rosaura Zapata construido en 1939. La profesora Consuelo Figueroa, que más adelante tendré el placer de conocer, es en esa época, la directora del Jardín. Viene a mi memoria el recuerdo de don Dimas Mateos del Manzano, quien es todo un personaje de Pueblo Nuevo; dueño de la Funeraria del Manzano ubicada por la avenida Durango entre las calles Cuarta y Quinta. Es entusiasta promotor del barrio de Pueblo Nuevo, hombre activo y gran amigo; las malas lenguas lo mencionan como el “cacique de Pueblo Nuevo”, como broma y creo que sin mala intención.

Me llaman la atención los restos del histórico Camino Nacional, que terminan en el

rústico puente de madera, con una caseta de policía que vigilaba prácticamente la salida y entrada a la ciudad de Mexicali. Desde este lugar se inicia la carretera rumbo a Tijuana. Son notorios los canales que conducen el agua para uso doméstico y riego de plantas; también en las casas hay un pozo de agua limpia que la gente comúnmente le llama: “reservorio”. El agua de los canales no se cobra al usuario, esto permite el riego de multitud de plantas y arbustos que adornan y dan sombra alrededor de las casas. Destacan el canal que divide la colonia Esperanza de la Orizaba, así como las numerosas casas construidas de adobe “parado”, material que en el verano, aísla mejor que la madera.

Varios años compartí una casa habitación de la calle Zacatecas en Loma Linda, con el siempre recordado, Dr. Rafael Soto Blanco, pediatra, hermano del deportista *Chapo*, José Soto Blanco. En esa época no hay pavimento, excepto en las calles Tercera y avenida Michoacán; así que cuando llueve el suelo se torna “chiclosa”, de tal manera que el peatón fácilmente pierde los zapatos, tal como me sucedió la primera vez que traté de caminar por esas calles enlodadas y pegajosas. No se diga de los carros que se quedan atascados, mejor dicho: “pegados” al suelo arcilloso. Ocasionalmente hay que dejarlos hasta el día siguiente, seguros de que amanecerán completos en el mismo sitio y resignarse a caminar descalzos o en calcetines, varias cuadras hasta llegar a la casa.

En la época en la que instalé mi consultorio, ya existían en Mexicali: el hospital Civil, el hospital Ejidal y el hospital de la SCOP. Además dos clínicas: la de los Dres. Ruíz Esparza y el Sanatorio Dueñas. Hay varios odontólogos: José Cárdenas Yado, José Sariñana, José Luis Yáñez, Emma Ramírez, Eugenio Martos, Manuel Fernández Guerra, Héctor Bernal, Salvador Farah y José Ornelas.

La estación del ferrocarril Sonora-Baja California, situada al final de la calle Ulises Irigoyen, es un moderno edificio de dos plantas que tiene un limpio, iluminado y espacioso restaurante que en ocasiones es convertido en sala de fiestas, bailes y posadas, organizados por particulares y clubes sociales de Mexicali. Ese tiempo de mi vida y en ese lugar formé parte del pequeño grupo de amigos de siempre, entonces solteros, que casi todos los días nos reunimos para comer: Fabio Romo Gallo, Dr. Raúl de la Torre Torres y el Dr. Ramiro López Beltrán.

El 15 de febrero de 1953, con una plaza de maestro de materias profesionales de tres horas semanales, ingresé a la Escuela Normal Urbana Fronteriza de Mexicali. Mi llegada coincide con la conmemoración del IV Año de su fundación. El médico y profesor Francisco Dueñas Montes, es su fundador en el quinto intento, y funciona en el edificio de la Escuela Cuauhtémoc (hoy Casa de la Cultura); el director es el Dr. Francisco Dueñas y la subdirectora, es la profesora Consuelo Figueroa de Lamadrid. La estructura académica comprende tres años de secundaria y tres de profesional.

Mi ingreso como maestro de la Normal en 1953, también coincide con el hecho de que el 15 de agosto, el Congreso Constituyente (uno de sus miembros es el Dr. Francisco Dueñas Montes), termina la redacción de la Constitución Política del Estado Libre y Soberano de Baja California, promulgada al día siguiente por el Gobernador Provisional: Lic. Alfonso García González; convocándose a elecciones el día 17, para elegir las primeras autoridades constitucionales del nuevo estado.

Inicio por primera vez en Baja California mi trabajo docente, ocupando la clase vacante de historia de México, por lo que les dije a mis alumnos que la Historia la recordaríamos juntos; y con cuestionarios y lecturas, terminamos el resto del curso. En el siguiente año, imparto la clase de química, hasta que me comisionan en el nivel profesional, con la materia de higiene escolar, que conservo hasta el final del año lectivo de 1958.

En este mismo año, la Escuela Normal se instala en su propio edificio en el ex ejido Coahuila. No obstante la fealdad del moderno edificio escolar sin terminar, es, sin embargo, amplio y funcional. Muy pronto se adorna con la algarabía estudiantil.

Mi permanencia en la Escuela Normal, deja acentuadas vivencias en mi espíritu ya orientado hacia la docencia. Además del personal directivo, conozco, aprecio y trabajo junto a

distinguidos maestros, entre los que menciono, con omisiones involuntarias, a los profesores: Domingo Márquez S., Gabriela Delgado de Talamantes, América Oropeza M., Virginia Navarro de Vargas, Federico Barrientos, Guillermo Argote, Fernando Robledo, Dr. Ramiro Bermúdez Alegría, Dr. Esteban Vargas Barreto, Lic. Rafael Soto Gil, Victoria Preciado, Lic. Pedro Castro López, Profa. Georgina Alvarez Padilla; quien con el Ing. José G. Valenzuela, ganan el concurso de un libro de *Geografía de Baja California*, para uso de las escuelas primarias que se publica en 1955. Este es el primer libro de su tipo publicado en el estado.

El edificio de la Escuela Cuauhtémoc, tiene mucho significado para mí, puesto que mis actividades docentes se consolidaron en ese recinto y tuve muchas experiencias y vivencias. La construcción se inicia en 1915, con el primer presidente municipal Francisco L. Montejano, pero solamente se logra terminar la cimentación. Con el decidido apoyo del coronel Esteban Cantú, se termina en la gestión del segundo presidente municipal Francisco Bórquez y es inaugurada por el director general de Educación Prof. Matías Gómez, el 16 de septiembre de 1916.

En la base de los muros que forman la esquina suroeste del vetusto, pero bien conservado edificio escolar, que pueblo y gobierno han sabido preservar, existen dos placas a las que varias veces he dado lectura: "El

Respetable Ayuntamiento de 1915, A la Niñez” y en la otra: “El Jefe Político Coronel Esteban Cantú, A la Niñez”.

En este recinto escolar, por el que han pasado muchas generaciones de estudiantes de diversas disciplinas, yo también pasé gran parte de mi vida docente. Además de la escuela primaria Cuauhtémoc y la Normal, está alojado el Instituto de Ciencias y Artes de Mexicali creado por el Dr. Francisco Dueñas en 1953 y dirigido por el profesor Salvador Jiménez Gómez. A partir de 1956, se denomina Instituto de Ciencias y Artes del Estado (ICAE). Posteriormente, el director es Cándido Zatarain Salmerón. El instituto se integra con las escuelas de Enfermería, de Comercio, de Pintura, de Arte Dramático, de Música.

Otros acontecimientos muy importantes de 1953 para nosotros los bajacalifornianos, ocurren como en cascada: el día 1º de diciembre toma posesión como gobernador del nuevo estado de Baja California, el Lic. Braulio Maldonado Sáñdez. El 29 del mismo mes, Mexicali es declarado municipio con 14 delegaciones y, don Rodolfo Escamilla Soto, es el primer presidente municipal.

Las relaciones con mis compañeros maestros, derivan en algunas actividades deportivas en las que ya tenía experiencia; lo que motiva que el 4 de abril de 1955, el Gobierno del estado de Baja California, me otorgara un diploma como integrante del equipo de volibol “Foto Venus”, por haber obtenido el primer lugar en el Campeonato

de Primera Fuerza 1954-1955. También formé parte del equipo de volibol "Cofrades" de mi amigo y "compadre" Prof. Diego Chicatti Moreno, profesor de educación física. Los juegos se realizan en la cancha de la Escuela Cuauhtémoc.

En 1954, el jefe de los Servicios Médicos Municipales, Dr. Alfredo García Padilla, me invita a formar parte del personal de los Servicios Médicos Municipales de Mexicali, para proporcionar atención odontológica. La atención incluye a los reos internados en la cárcel municipal. En virtud de que ésta no tiene consultorio dental, los pacientes deben ser trasladados, previa cita, a mi consultorio y siempre con sus custodios, aunque existe el riesgo latente de alguna fuga. En dos ocasiones se escapan del pasillo aledaño al consultorio, provocando una conmoción entre custodios, transeúntes y mirones; sin embargo, después de una correteada por la avenida Madero y frente a la oficina de correos, logran atraparlos.

En 1955 soy maestro fundador de la Escuela Preparatoria que depende de la Dirección de Acción Cívica y Cultural del Estado, impartiendo las clases de botánica y zoología. Fundada por el Dr. Francisco Dueñas en 1954, la Escuela Preparatoria del Estado empezó a funcionar normalmente en 1955 en el mismo edificio de la Escuela Cuauhtémoc, en el turno vespertino.

Al ingresar la tercera generación en el año de 1957, con una inscripción de 128 alumnos, la

escuela tuvo necesidad de cambiarse a un galerón situado en los altos del edificio marcado con el número 743 de la avenida Madero; en forma abreviada, todos decíamos: “la prepa está arriba de la Sunland”.

En el año de 1955, me inicio como miembro del Club 20-30 Internacional Mexicali 399. El 20-30, es un club de servicio social que efectúa sus reuniones semanales (lunes a las 20:30 hs.) en el restaurante El Suizo, de don Julio Dux, situado en la planta baja, junto a la Mueblería Monterrey de la calle Morelos. Posteriormente, las reuniones se hacen en el restaurante El Emporio, de don Gregorio Vidal; también dueño de la joyería anexa, en la av. Madero. Todos los miembros somos “bautizados” con un apodo y yo no me escapo de ello, así que me bautizan como el *Caimán*. Recibo aplausos, reglamentos y distintivo o “charola” que me identifica como socio activo para todas las actividades 20-30.

El Club de Servicio 20-30 significa que la membresía la integramos personas cuya edad oscila entre 20 y 30 años. El club trabaja en períodos semestrales de actividades y se funda en Mexicali el 20 de enero de 1951, con un gran baile en el Casino de Mexicali. El primer presidente es Heraclio Sarabia Escandón.

Siendo presidente del club Enrique García Michaus, recuerdo algunas actividades relevantes en las que participo activamente: en julio de 1955 se realiza la Gran Colecta Nacional pro-Vacuna Salk,

para prevenir a la población infantil mexicalense contra la poliomielitis.

Al finalizar el año y ante el reciente fallecimiento de una niña, el Club 20-30 decide comprar un “pulmón de acero” por medio de la comisión que integramos los socios: Dr. Rafael Soto Blanco, Samuel Jaime y el que habla. Nos trasladamos a la ciudad de Los Ángeles, Cal. para comprar el “pulmón”, logrando un buen descuento en el precio del aparato, en razón a los motivos altruistas de nuestro Club 20-30.

Durante la presidencia municipal del Sr. Raúl Tiznado Aguilar (1956-1959), se construye el gimnasio de Mexicali, donde se realizan los campeonatos nacionales de básquetbol de 1957 y 1958. El gimnasio recibe el nombre de *Coloso Plateado* y más adelante el nombre del jugador Ernesto Aguilar.

El patronato pro-construcción del gimnasio de Mexicali queda integrado por el presidente: químico Juan de Dios Muñiz Duarte; secretario: Ing. Jorge Guevara Ciriza y, tesorero: José María Rodríguez *Chemalo*. Salvador Mena *Sal*, es el constructor y, el Ing. Antonio Ptanick, es quien instala el alumbrado. Los clubes sociales y de servicio, colaboran y nuestro Club 20-30 se convierte en Comité de Reinas, logrando reunir cien mil pesos que se entregan al patronato. La Srita. Cecilia Blando, resulta ganadora como Reina del Básquetbol.

En noviembre de 1958, ponemos en escena la obra de José Zorrilla: *Don Juan Tenorio*,

con el libreto adaptado en broma, por el socio Gustavo Llorenz, *Papy*; esta obra se presenta en el cine Curto, con el elenco artístico del Club 20-30; el *Caimán* (o sea su servidor) interpreta el papel del *Chiuti*. El evento alcanza gran éxito y se transmite por la televisión local.

En 1955 y 56, me nombran secretario y en 1957, presidente del Club 20-30; la mesa directiva la integran: Abel García Lara, Ing. Enrique Ante L., Alberto Rosas, Carlos Ainslie, Dr. Rafael Soto B., Carlos Aguirre, Luis Rizzo y Ofelio Román.

La juventud que integra el Club 20-30, se divierte trabajando en obras de beneficio social como lo hacen la mayoría de los clubes de servicio social.

Otro de los varios acontecimientos de los que me toca vivir, es el del 24 de febrero de 1956, cuando el Gobernador Constitucional del nuevo estado de Baja California, Lic. Braulio Maldonado Sánchez, convoca a un certamen para el diseño de un nuevo escudo, en virtud de la abrogación del escudo actual del Territorio que incluía el norte y sur de la península. El ganador del certamen es el Sr. Armando Delbois y, el 27 de septiembre de 1956, se adopta como escudo oficial del estado de Baja California.

En 1956, me invitan para impartir la clase de fisiología en la Escuela de Enfermería, dirigida por mi amigo el Dr. Gamaliel Gutiérrez Sánchez, que funciona en el edificio de la escuela

Cuauhtémoc. La Escuela de Enfermería cuyo primer director es el Dr. Víctor Manuel Gutiérrez Sánchez, satisface la creciente demanda de los hospitales para obtener personal de enfermería debidamente calificado. Asimismo, logra capacitar a muchas enfermeras empíricas que tienen suficiente experiencia, pero que carecen de un documento. Con el certificado de primaria, ingresan a la Escuela de Enfermería y al cabo de tres años, obtienen el diploma de enfermera.

En 1960 la Escuela de Enfermería, se incorpora a la UABC, pero se exige el requisito de certificado de estudios de secundaria para cursar la carrera de enfermería y obtener el título de enfermera. Esta escuela logra ocupar un importante sitio en el ámbito profesional, gracias al trabajo, a la entrega y al humanismo de su director, Dr. Gamaliel Gutiérrez Sánchez y a su leal, eficiente y por consiguiente, eterna secretaria: enfermera Amalia Linares Obeso; así como a su distinguida planta de maestros y al interés del alumnado por capacitarse. Con involuntarias omisiones, recuerdo a los distinguidos maestros: doctores Ramiro López Beltrán, Raúl de la Torre Torres, Manuel González, Héctor Cruz, Federico Rivera, Rodolfo Delgado, José Mayagoitia, Salvador Guerrero, Profa. Adelisa Delgado de Guerrero, Quím. Celia Rivera de Rivera. Es prefecto, el Prof. Antonio Gaytán.

LA ESCUELA SECUNDARIA FEDERAL NÚM. 1
"18 DE MARZO DE 1938"

En el año de 1956, siendo director el Prof. Antonio Amaya Estrada y sub director el Prof. Rigoberto Álvarez Rivera y gracias a una invitación que me hace el Dr. Gamaliel Gutiérrez, me presento ante el Prof. Amaya y obtengo su aprobación para ingresar como maestro de la escuela que él dirige con bondad pero con decisiones firmes y justas, no en vano todos los compañeros lo aprecian y respetan. Así inicio una nueva y larga etapa como profesor de las clases de física y química en la prestigiada escuela Secundaria Federal Núm. 1, "18 de marzo de 1938", período que se prolonga hasta mi jubilación en el año de 1984.

En 1925, se inicia la instrucción del ciclo de enseñanza secundaria en nuestro país y en el año de 1933, se crea en esta ciudad de Mexicali, la escuela Secundaria Agrícola que es el antecedente de la Secundaria Federal "18 de marzo de 1938". En el año de 1938 se inaugura el largo edificio de dos plantas, de calle a calle, que con su patio ocupan una manzana completa, cerca del palacio de gobierno (hoy rectoría) y entre dos importantes avenidas: Reforma y Obregón. Una escuela de muchas añoranzas para alumnos y maestros. Se recuerdan sus muros pintados de verde que por la avenida Obregón, presentan la entrada precedida por un par de escalones. Un gran

patio que se extiende hasta la avenida Reforma y que permite agrupar a los casi mil alumnos para hacer honores a la bandera nacional. Los laboratorios de física y química, en los que trabajé muchos años, están bien equipados con mobiliario extranjero, fuerte y resistente “a prueba de alumnos”. Sus mesas de trabajo con cubierta de granito, tienen instalaciones de electricidad, agua, drenaje y gas. Es un deleite trabajar y motivar a los alumnos en el desarrollo de las prácticas de laboratorio. El deterioro del edificio, obliga a la construcción de uno nuevo, funcional y de mejor aspecto, pero los laboratorios son de inferior calidad.

Cuando el Prof. Antonio Amaya deja la dirección de la escuela para cumplir con una comisión sindical, lo substituye la profesora Isabel Macías de Calderón. Más adelante, profesores: Antonio Amaya, José Reyes Ayala, David Gutiérrez Acosta (brevemente), Miguel García Rodríguez, Rigoberto Alvarez de la Rivera y Celia Hernández Ladrón de Guevara.

Esta larga época docente es en la que obviamente más recuerdos se acumulan: las numerosas generaciones de alumnos cuyas vivencias, en esta etapa estudiantil, son más intensas, quedan en el espíritu de ellos y en el mío. Son muchas generaciones de alumnos distinguidos, ahora plenamente desarrollados, en las que dejé gran parte de mi vida. Recuerdo a mis compañeros y amigos, la estrecha amistad con el Dr. Gamaliel Gutiérrez y con los profesores: Rigoberto

LA ESCUELA SECUNDARIA FEDERAL NÚM. 1
"18 DE MARZO DE 1938"

En el año de 1956, siendo director el Prof. Antonio Amaya Estrada y sub director el Prof. Rigoberto Álvarez Rivera y gracias a una invitación que me hace el Dr. Gamaliel Gutiérrez, me presento ante el Prof. Amaya y obtengo su aprobación para ingresar como maestro de la escuela que él dirige con bondad pero con decisiones firmes y justas, no en vano todos los compañeros lo aprecian y respetan. Así inicio una nueva y larga etapa como profesor de las clases de física y química en la prestigiada escuela Secundaria Federal Núm. 1, "18 de marzo de 1938", período que se prolonga hasta mi jubilación en el año de 1984.

En 1925, se inicia la instrucción del ciclo de enseñanza secundaria en nuestro país y en el año de 1933, se crea en esta ciudad de Mexicali, la escuela Secundaria Agrícola que es el antecedente de la Secundaria Federal "18 de marzo de 1938". En el año de 1938 se inaugura el largo edificio de dos plantas, de calle a calle, que con su patio ocupan una manzana completa, cerca del palacio de gobierno (hoy rectoría) y entre dos importantes avenidas: Reforma y Obregón. Una escuela de muchas añoranzas para alumnos y maestros. Se recuerdan sus muros pintados de verde que por la avenida Obregón, presentan la entrada precedida por un par de escalones. Un gran

patio que se extiende hasta la avenida Reforma y que permite agrupar a los casi mil alumnos para hacer honores a la bandera nacional. Los laboratorios de física y química, en los que trabajé muchos años, están bien equipados con mobiliario extranjero, fuerte y resistente “a prueba de alumnos”. Sus mesas de trabajo con cubierta de granito, tienen instalaciones de electricidad, agua, drenaje y gas. Es un deleite trabajar y motivar a los alumnos en el desarrollo de las prácticas de laboratorio. El deterioro del edificio, obliga a la construcción de uno nuevo, funcional y de mejor aspecto, pero los laboratorios son de inferior calidad.

Cuando el Prof. Antonio Amaya deja la dirección de la escuela para cumplir con una comisión sindical, lo substituye la profesora Isabel Macías de Calderón. Más adelante, profesores: Antonio Amaya, José Reyes Ayala, David Gutiérrez Acosta (brevemente), Miguel García Rodríguez, Rigoberto Alvarez de la Rivera y Celia Hernández Ladrón de Guevara.

Esta larga época docente es en la que obviamente más recuerdos se acumulan: las numerosas generaciones de alumnos cuyas vivencias, en esta etapa estudiantil, son más intensas, quedan en el espíritu de ellos y en el mío. Son muchas generaciones de alumnos distinguidos, ahora plenamente desarrollados, en las que dejé gran parte de mi vida. Recuerdo a mis compañeros y amigos, la estrecha amistad con el Dr. Gamaliel Gutiérrez y con los profesores: Rigoberto

Álvarez, Diego Chicatti y la Lic. Marina Cueva Villaseñor; así como la convivencia con muy estimados y distinguidos compañeros maestros de gran experiencia docente, difíciles de olvidar y cuya disciplina y entrega al trabajo es ejemplar: Soledad Pulido *Cholita*, Francisco Muñoz Franco, Jesús Rodríguez Escalante, Juanita Martínez, Ortiz Galván, Roque Salazar, Sotero Medina, Francisco Jasso, Armando Rodríguez Carpinteiro, Celia Hernández Ladrón de Guevara, Juan Cruz Armendáriz, Jorge Castillo, Jesús García López, Francisco González. A las secretarías Estelita Rolón, Bertha Gaxiola, a los conserjes don Juan y don Trino. En el transcurso del tiempo se incorporan una pléyade de maestros que siempre cuidan y prestigian a la Secundaria 18; así como el valioso personal administrativo entre los que recordamos, con omisiones involuntarias, a doña Elvira Ruíz, Ana María Pitones, María de los Angeles Ramírez, Guadalupe Peñúñuri y Engracia Herrera .

DOS ANÉCDOTAS:

En esa época, según el decir del Prof. Rigoberto, para formar parte del personal docente, un grupo de maestros encabezado por el mismo Prof. Rigoberto, me participa que hay que pagar el noviciado con una comida o un sencillo agasajo, claro, por cuenta del “nuevo”. Así que encargué la preparación culinaria de una pierna de

cerdo que debía ser entregada en la dirección de la escuela a las dos de la tarde. Sin embargo el “agasajado” llega una hora más tarde y lo único que alcanzó a mirar es una bandeja con microscópicos restos de un sabroso guisado de pierna. En medio de la “carrilla” y risas de los compañeros comelones, inmediatamente me siento integrado al grupo.

El Prof. Amaya recibió una comisión sindical y tuvo necesidad de trasladarse a la ciudad de México, por lo que me quedo al frente de sus clases de física y química; también me vende su carro; por lo que el Prof. Rigoberto, (bromista como siempre), contaba a todo mundo que yo, además de “quitarle” sus plazas de maestro, también me había “quedado” con su carro.

Un acontecimiento muy importante en el aspecto educativo en nuestro joven estado, es la creación de la Universidad Autónoma del Estado de Baja California, el 28 de febrero de 1957 y la publicación de su Ley Orgánica, según el Decreto que aparece en el Periódico Oficial del 27 de febrero de 1957. En la misma fecha se publica el Decreto 40 que faculta al Comité Estatal Pro Universidad para la instalación y funcionamiento inicial de la que orgullosamente soy fundador. Presto mis servicios a esta institución por espacio de diez años como catedrático, jefe del Departamento Escolar y Secretario General.

La implantación de la medicina social en Baja California, señala una nueva etapa en mi vida que me permite desarrollarme en el medio de la

medicina institucional. Los doctores Eliud Gutiérrez y Roberto Guridi son los pioneros cuyas gestiones lograron la creación del Instituto Mexicano del Seguro Social en Baja California.

Establecidas las oficinas administrativas del Instituto Mexicano del Seguro Social en Baja California, en el edificio Bertha del parque Constitución, un prestigiado grupo médico crea la Unión Médica Regional, dirigida por los doctores Fausto Armando Ramírez y Enrique Sánchez Zarazúa. Los miembros de la Unión Médica, prestan servicios al Seguro Social en el sanatorio de los doctores Ruíz-Esparza adquirido por el IMSS. Los primeros odontólogos que trabajamos para el Seguro Social somos la Dra. Emma Ramírez y el que habla; al principio como subrogados, y después en los consultorios dentales del sanatorio. En cuanto se crea la Caja Regional del IMSS el 17 de marzo de 1959, ambos nos convertimos en fundadores de la Institución que se transforma en Delegación, siendo su primer delegado el Lic. Rafael Galván.

La moderna Clínica-Hospital núm. 1, actualmente Dr. Humberto Torres Sanginés, que se construyó en los terrenos de la antigua planta de agua, es inaugurada por el C. Presidente Lic. Adolfo López Mateos, quien saluda de mano a todo el personal médico. Cuando mi madre recibe una fotografía de esa visita, donde el presidente de la República está estrechando mi mano, lo primero que dijo fue: “Hijo, éstas

amistades debes de tener”. El Dr. Gustavo Arévalo Gardoqui, es jefe de los Servicios Médicos y el Dr. Humberto Torres Sanginés, es jefe del Departamento Clínico. La primera consulta médica que se otorga en la Delegación del IMSS en Baja California, la proporciona el Dr. Federico Rivera en los servicios de emergencia.

Los dos consultorios dentales, situados en el ala oriente de este magno edificio, junto a los de especialidades, me permiten una amplia vista hacia el espacioso estacionamiento y la zona que a lo lejos colinda con los edificios del multifamiliar del ISSSTE, por lo que soy testigo de la construcción del hospital de Ginecología y Pediatría erigida entre los multifamiliares y la calle G. Las dos clínicas se comunican por medio de un túnel que pasa debajo de la calle G, así que también observo el tráfico de los compañeros médicos entre ambas instalaciones.

También soy miembro fundador de la Sociedad Médica del IMSS en 1959. La Dra. Emma Ramírez, mi compañera en el consultorio vecino, es transferida a la nueva clínica de Medicina Familiar núm. 16 en Pueblo Nuevo y yo me quedo al frente de los dos consultorios, que con el auxilio de mis eficientes enfermeras, Rita Aguirre y más adelante Francisca Ávalos *Panchita*, se logra agilizar la consulta. Ante la creciente demanda del servicio, se nombran nuevos odontólogos; un día aparece un joven e inquieto dentista (uno de mis alumnos de la Sec. 18) que ocupa un consultorio. Se trata del Dr. González

Becerra. En el turno vespertino se encuentra el Dr. Salvador Farah y posteriormente ingresan los doctores Honorio y Juan José Guevara, quien frecuentemente resuelve los casos de cirugía máxilo facial. A la clínica 16 de Pueblo Nuevo,—aquí hago un grato recuerdo del Dr. Pérez Villanueva, director de la clínica,— ingresan las odontólogas Rosa Lidia y Elsa Valenzuela.

A medida que crece la demanda de los servicios, aumenta el número de odontólogos (también egresados de la Sec. 18): Pablo García, Leticia Zapata, María Luisa Roa, Josefina Ramírez. Algunos médicos que ocupan la Jefatura de Servicios Médicos Delegacionales son Humberto Torres S., Santos Silva C., Arias Elenes, Carlos Tapia A., Miguel Govea, Gilberto Morgan M., Antonio García González, Pedro Núñez, etc.

En el año de 1957, me invitan a impartir las clases de física y química en la escuela secundaria del Instituto Salvatierra, fundada en septiembre de 1955 por el padre Francisco Javier Esparza. La escuela funciona en las instalaciones de la iglesia de la Inmaculada Concepción y posteriormente se cambia al nuevo edificio, que es obra del esfuerzo del padre Javier Esparza.

El 23 de agosto de 1957, con el entusiasmo y dinamismo del Dr. Luis González Yáñez, se forma el Colegio de Cirujanos Dentistas de Mexicali A.C. El 27 de mayo de 1958, el Lic. Macedonio B. Gutiérrez, Notario Público número Uno del municipio de Mexicali, protocoliza el acta

constitutiva y estatutos que comprenden sesenta y nueve artículos. Los cirujanos dentistas que integramos el Colegio y cuyos nombres aparecen en el documento que se protocoliza, son los doctores Luis González Yáñez, José Sariñana Natera, Manuel Fernández Guerra, Ernesto Sánchez Valenzuela, Héctor Bernal López, Lorenzo Rebelín Ruíz, Armando Rueda García, Ignacio López Portillo, Gustavo Díaz Ruíz Esparza, Salvador Farha Mata, Austreberto Silva Olivares, Gabriel Hurtado Trujillo, Adolfo Peña Meza, Ignacio García López, Jesús Ornelas Díaz, Ramón Peralta Munguía, Elvira Flores Rubio, Sarabella Aguirre, Emma Ramírez y Eugenio Martos.

La primera mesa directiva se forma así: presidente, Ernesto Sánchez Valenzuela; vice presidente; Lorenzo Rebelín Ruíz; secretario interior, Austreberto Silva; secretario exterior, Luis González Yáñez; tesorero, Armando Rueda; subtesorero, Manuel Fernández Guerra.

El 8 de octubre de 1958, la Escuela Preparatoria del Estado, que se encuentra laborando en el galerón de la avenida Madero, pasa a formar parte de la Universidad Autónoma de Baja California, y se instala en el edificio de la Escuela Cuauhtémoc, convertido en asiento de la naciente universidad, en virtud de que la escuela normal se cambió a sus nuevas instalaciones. De esta forma, pasamos a ser universitarios. La escuela preparatoria, ahora de la universidad, pronto se cambia a su nuevo edificio en la avenida Zaragoza.

Como director de la Escuela Preparatoria de la Universidad Autónoma de Baja California, funge el Lic. Rodolfo Sosa y Silva; el Prof. José Guevara Lima, subdirector; José de Jesús Gómez, prefecto; Lucila Torres, secretaria y José Luna, conserje.

En el marco de un nuevo plan de estudios universitarios que también consta de dos años, imparto la clase de biología general hasta 1960, por lo cual recibo un diploma que me acredita como Maestro Fundador de la Universidad Autónoma de Baja California.

A la generación de estudiantes 1957-1959, le corresponde el honor de ser la primera generación de estudiantes universitarios, y con motivo de la terminación del ciclo de bachillerato, el día 1º de julio de 1959, la sociedad de alumnos de la escuela preparatoria, cuyo Comité Ejecutivo lo forman: presidente, Horacio Gallegos G.; secretario de organización, Sergio Vega; secretario de prensa y propaganda, Arnoldo Castilla, y secretario de finanzas, Francisca Martínez, hacen una formal invitación al baile de graduación de la IV Generación de Bachilleres.

En 1958 me convierto en profesor fundador de la preparatoria del Instituto Salvatierra que gracias al trabajo, esfuerzos y tesón del padre Javier Esparza, estrena funcional edificio escolar que aloja tanto a la nueva escuela preparatoria, como a la escuela secundaria. En tal virtud, y atendiendo la invitación del Padre Javier

Esparza, dejó el ciclo de secundaria para impartir las clases de química inorgánica y química orgánica en el ciclo de preparatoria, hasta el año de 1961.

El Lic. Eduardo Castro Riddle, es el director técnico de la preparatoria y el profesor Manuel Arvizu es el director técnico de la secundaria.

En diciembre de 1958, en la Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, ahora Catedral y ante el Padre Francisco Javier Esparza, contraigo matrimonio con Belia Mancilla Villa, hija del agente aduanal Gabino Mancilla Veliz y de la profesora normalista María Cleofas Villa Aguilera. Para esta ceremonia el padre Javier Esparza invita a mis alumnos y al término de la misma, de la valla se desprende un inquieto jovencito adolescente que se para frente a los novios y canta unas estrofas que no se me olvidan: "...Orates frates...ya te casates...Orates frates...ya te amolates... etc.", el jovencito es el inquieto alumno, ahora serio, formal y realizado plenamente, Lic. Marcelo Aguilera Reyes.

Tuvimos tres hijas: Maribel, profesora de enseñanza preescolar; casada con el Dr. Luis Aldaco y tienen tres hijas: Maribel, Ana Gabriela y Fernanda. Marina Concepción, cirujano dentista, casada con el Ing. Efraín Villarreal y tienen dos hijos: Marina y Efraín. Claudia Marcela, LAE, casada con el LAE Gabriel Vega y tienen un hijo: Gabriel Andrés.

LA FAMILIA MANCILLA-VILLA

Gabino Mancilla Veliz y María Cleofas Villa Aguilar, contraen matrimonio el 13 de diciembre de 1934. Tuvieron 9 hijos: Belia, Víctor, César, Rosa María, Gabino, Martha Lilia, Teresita de Jesús, Octavio y Jorge. Todos bajacalifornianos. Don Gabino Mancilla es agente aduanal.

Siendo presidente municipal de Mexicali, don Joaquín Ramírez Arballo, el 19 de febrero de 1960, nombra a don Gabino Mancilla, comandante de la Policía Municipal. Al ocurrir el fallecimiento de don Joaquín, el Dr. Federico Martínez Manautou asume el cargo de presidente municipal y don Gabino es ratificado en su cargo de comandante.

El 19 de enero de 1987, después de una vida de trabajo y esfuerzo y de haber sido un hombre de bien, fallece don Gabino Mancilla Veliz. Su hija Rosa María, se encarga de la agencia aduanal.

María Cleofas Villa Aguilar, nativa de Hermosillo, Son., ingresa a la escuela primaria para niñas Leona Vicario y con el anhelo de ser maestra, se inscribe en la Escuela Normal y Preparatoria de Mexicali, dirigida por su fundador, el Prof. Manuel Quiroz Martínez.

El 5 y 6 de noviembre de 1932, presenta su examen profesional y realiza sus prácticas docentes en la escuela Miguel F. Martínez, en Tijuana. Recibe un nombramiento como Ayudante de Grupo Elemental de Escuela del

Territorio, con la cuota diaria de \$ 4.75 pesos, con efectos a partir del 16 de febrero de 1933.

El 26 de mayo de 1933 se le expide su título de profesora de educación primaria.

Mujer con gran vocación docente, imparte clases en las escuelas Leona Vicario y Netzhualcóyotl por poco tiempo, en virtud de que contrae matrimonio.

Mujer de gran sensibilidad, cultura y de carácter, se convierte en digna y abnegada esposa, amorosa madre de nueve hijos y excelente y cariñosa suegra. Fallece el 23 de febrero de 1991.

El 23 de febrero de 1959, cambio mi consultorio y me instalo en la planta baja del edificio de la Sra. Villarino en la av. Madero 460, simultáneamente se instala el Dr. Raúl de la Torre Torres, y compartimos la sala de espera. Margarita Enciso y Petrita Camacho, excelentes recepcionistas, nos prestan valioso apoyo en diferentes etapas. Dos son los laboratorios dentales que trabajan para el consultorio: el Laboratorio Dental América, de José Hoyo y por muchos años, el Laboratorio Dental Mexicali de don José Pérez González.

A principios de 1959, en mi calidad de delegado sindical de los maestros de la Escuela Normal, hago un viaje a la ciudad de Guanajuato en compañía de varios compañeros para una reunión de trabajo. Esto sería un viaje normal y nada más; sin embargo el transporte utilizado, ocasiona que al regreso de mi viaje, reciba una seria amonestación

por parte de mi primo Santos Silva, debido a la inseguridad del avión y el consiguiente riesgo de un accidente. Resulta que al abordar el avión de la compañía Tigres Voladores, me percaté de que es un antiguo transporte militar, sin adaptación ni seguridad alguna; los asientos de los pasajeros, consisten en unas largas y duras bancas adosadas a cada lado del fuselaje; ni ventanillas, ni alimentos, ni cinturones de seguridad y ...nada más. Sin embargo, ya todos estábamos a bordo y pronto nos elevamos. La amonestación de Santos se hace realidad el 17 de abril de 1959, pues el avión de "pasajeros" de los Tigres Voladores, se desploma cerca de Bahía Kino en el estado de Sonora. En el accidente mueren la Lic. Aurora Jiménez de Palacios, primera mujer que es diputada por Baja California y el boxeador *Kildo* Martínez, muy querido por la afición de Mexicali. En nuestro país, "después del niño ahogado, se tapa el pozo"; porque más adelante se cancelan los vuelos.

Por esa época conozco y entablo amistad con un personaje que, para distraerse de su trabajo en una oficina con la que todos tenemos que tratar, disfruta las fumadas de un largo puro mientras, con su cabeza cubierta con un fino sombrero de ala ancha, contempla el entonces, tranquilo tráfico, desde la esquina que forman la avenida Madero y la calle Altamirano; se trata del caballeroso jefe de la Oficina Federal de Hacienda, don Salvador Gómez Saucedo. En ese lugar, también conocí al Sr. Abel Meléndez, dueño de la gasolinería y fundador del Club Kiwanis.

El 28 de marzo de 1960, soy miembro del Club Mexicali, A.C. Después de previas reuniones convocadas por Pedro Iturríos Márquez, constituimos formalmente el Club de Servicio Mexicali, A.C. con ex socios del Club 20-30.

Entre las actividades relevantes, recuerdo el “kilómetro de veintes” en la avenida Reforma, con lo que apoyamos la compra de un aparato resucitador automático para uso del cuerpo de bomberos, cuyo valor supera los diez mil pesos; las participaciones en las fiestas patrias; la limpieza de la Laguna México; el apoyo al hospital civil; el patrocinio para el encuentro de basquetbol Baja California vs. Chihuahua, etc.

El 23 de agosto de 1961, el primer rector de la Universidad Autónoma de Baja California, Dr. Santos Silva Cota, me confiere la responsabilidad de organizar el Departamento Escolar de la universidad, ya contemplado en la Ley Orgánica; lo que hoy es la Dirección de Servicios Escolares, función que concluye en 1968. Este departamento, al igual que la rectoría, inicia actividades en el edificio de la Escuela Cuauhtémoc. Su selecto personal fundador: Manuelita Hernández Quevedo, María Elena Moreno, Celina Guadalupe Álvarez, Rosario Valdez, realizan un magno y pulcro trabajo para apoyar la organización de este departamento, que dará una positiva imagen de la naciente universidad. La actividad más relevante y prioritaria, es la elaboración de los reglamentos

de inscripciones y de exámenes para su análisis y aprobación por el H. Consejo Universitario, que permitirán el control escolar de la universidad. En esta fecha también se crea el Departamento de Difusión Cultural, cuyo jefe es el Lic. David Piñera Ramírez.

Al iniciarse el ciclo lectivo 1961/1962, el Departamento Escolar publica el primer calendario de actividades de las diversas escuelas. En esos años las cuotas de inscripción y colegiatura son de 35 y 30 pesos respectivamente con una cuota de 50 pesos por concepto de laboratorio.

Para dar una idea de la población escolar de la universidad en esa época, me permito mencionar que en el ciclo 1968/1969, estaba conformada por 3364 alumnos; 1609 hombres y 482 mujeres en el ciclo de bachillerato; y de 910 hombres y 363 mujeres, en las escuelas de ciencias sociales, pedagogía, enfermería, contabilidad, economía, ingeniería y ciencias marinas.

La rectoría y el Departamento Escolar se cambian al edificio de la calle B; en el que también se asienta la Escuela de Ciencias Sociales y Políticas. El director de esta escuela es el Lic. Arturo Ibarra Ojeda y el subdirector el Lic. Enrique Priego Mendoza. En este edificio de una sola planta extendida en forma de L, funcionan la biblioteca a cargo del Sr. Raúl Cuevas; la rectoría; la incipiente tesorería —al frente de la cual se encuentra el C.P. Salvador Corral y la diligente y entusiasta cajera, Srita. Rosa María Mancilla, quien elabora las

nóminas y cheques del personal que labora en la UABC. En el extremo del edificio, se halla el Departamento Escolar. Don José Luna es el conserje y excelente jardinero.

En esta época, aparece el primer brote serio de inconformidad estudiantil; un gran grupo de jóvenes que se aglutinan frente a las oficinas universitarias de la calle B, y nos sorprenden con un escándalo de voces juveniles a través de un altoparlante, que proviene de un carro de sonido, que entre discurso y discurso, demandaban la presencia del rector y amenazaban con ingresar a las instalaciones de la universidad. En forma discreta se encontraban dos o tres patrullas de la policía a la expectativa. En mi calidad de funcionario de la UABC, podría decir: “no tuve más remedio que salir”; sin embargo, en mi mente estaba fija la idea de hablar directamente con los jóvenes, como siempre lo he hecho y sin pensarlo más me encaminé hacia la calle, con la confianza de que muchos de los estudiantes habían sido mis alumnos en la secundaria; me mezclé con ellos, les saludé y dirigiéndome al líder Almeida, les hice saber que por el momento el rector no se encontraba pero que nadie les impediría el paso a sus propias instalaciones, porque la UABC es de ellos. Una advertencia les hice: “cuiden las oficinas porque allí se encuentra trabajando el personal que atiende los archivos y por lo tanto sus documentos escolares, así como el jardín de don José que, bien cuidado como se aprecia, es para el

goce de todos”. Previamente había dialogado con el director Ibarra y con los alumnos de la Escuela de Ciencias Políticas, que ya estaban preparados para oponerse al ingreso de los manifestantes. En ese momento no se entrevistaron con el rector, pero entraron a las instalaciones de la UABC en forma ordenada, ocupando pasillos y patio y miraban todo con mucha curiosidad. Se sentaron en el piso del corredor, y respetaron todo, incluyendo por supuesto, el jardín de don José.

Al día siguiente, con la intervención del rector, se resuelve el problema.

El 5 de enero de 1962, se inician las primeras juntas previas para organizar el Consejo Universitario en Mexicali, Tecate y Tijuana.

El 24 de mayo de 1964, se realiza la ceremonia de premiación al autor del lema universitario: Miguel Gárate Velarde, quien fue mi alumno en la Secundaria “18 de Marzo”. El lema “Por la realización plena del hombre”, es la frase en que se basa el diseño del escudo oficial de la UABC, cuyo autor, José Reyes Meza, gana el concurso el 12 de abril de 1967.

En 1966, el biólogo Pedro Mercado, segundo rector de nuestra universidad, cambia las oficinas de rectoría, Departamento Escolar y Departamento de Difusión Cultural, a los nuevos espacios de la avenida Obregón, situados en el piso superior de la librería El Día. Nuestras oficinas tienen un mejor aspecto de formalidad y comodidad.

En agosto de 1968, el presidente municipal don José María Rodríguez Mérida *Chemalo*, convoca a un simposio para determinar la fecha de la fundación de la ciudad de Mexicali. En el simposio intervienen investigadores y antiguos residentes, quienes después de arduas deliberaciones, acuerdan tomar como fecha de nacimiento de Mexicali, el documento más antiguo expedido a alguna persona para desempeñar un puesto público en Mexicali.

El acucioso investigador Ing. Walther Meade, presenta a los participantes del simposio, el nombramiento de juez auxiliar de Mexicali, expedido el 14 de marzo de 1903, por el ilustre Ayuntamiento de Ensenada, a favor de don Manuel Vizcarra. Por lo tanto se acuerda y se establece oficialmente, que la fecha de fundación de Mexicali es el 14 de marzo de 1903.

Mexicali también tiene escudo. Como resultado de un concurso igualmente convocado por el presidente municipal, don José María Rodríguez Mérida, el 9 de abril de 1968 se adopta el escudo diseñado por el profesor Sergio Ocampo Ramírez. El copo de algodón, simboliza el producto agrícola de mayor antigüedad; el color ocre, simboliza el desierto; el clima cálido, el sol que está en la parte superior; la línea diagonal roja, es el río Colorado; el cerro Centinela, los primitivos pobladores; las palabras MEXI y CALI, su situación de población fronteriza; el águila representa las múltiples corrientes migratorias que llegan al valle

y a la ciudad; el engranaje, simboliza la industria; el átomo, la ciencia; TIERRA CÁLIDA, representa el clima y el carácter hospitalario de sus gentes.

En 1969, el Lic. Rafael Soto Gil, tercer rector de la Universidad Autónoma de Baja California, me invita a ocupar la secretaría general de la institución; con esa investidura, tengo el privilegio de firmar los primeros títulos universitarios de profesionistas egresados de nuestra universidad, para el ejercicio de las carreras de enfermería, de pedagogía y de oceanólogo.

Estos documentos corresponden a las enfermeras Catalina Flores Nieblas, Julia Calderón Avalos, María Luisa Quintero y Obdulia Flores Nieblas. A los oceanólogos Marcos Lecuanda, Katzuo Nishikawa y al maestro de pedagogía, Enrique Chávez Palmer.

En virtud de que el alumnado desea funcionarios universitarios de tiempo completo, y convencido de que la universidad crece y requiere más tiempo de trabajo, tomé la decisión de renunciar al cargo, satisfecho de mi labor. El 17 de septiembre de 1970, la Universidad Autónoma de Baja California, me otorga un diploma por mi trabajo: "En reconocimiento a los 12 años que laboró en la Institución".

Conociendo mi interés por la fotografía, Guillermo Sánchez, dueño de la Foto Venus, me invita para que forme parte de un grupo de personas entusiastas de la fotografía que está organizando Raúl Alfaro, recién llegado del estado

de Coahuila. De esta manera, me convierto en miembro fundador y socio activo del grupo fotográfico Imágenes. El grupo se inicia el 10 de noviembre de 1969, con once personas; sin embargo, solamente tres fundadores continúan activos: César Cárdenas, Ricardo Paniagua y yo. La asistencia a las sesiones es de un promedio de veinticinco socios cada lunes, ésto, desde que se fundó. Debido a la calidad de su constante trabajo fotográfico, el grupo Imágenes ya tiene su lugar dentro de las artes plásticas del estado.

Atendiendo una invitación de la Universidad Autónoma de Baja California, el grupo Imágenes colabora con la revista *Calafia*, creada por el Ing. Adalberto Walther M. En la página 47 correspondiente a la edición de abril-junio de 1970, aparece una fotografía: *La Bufadora*, de Raúl Alfaro. Más adelante, varios socios participamos en otras publicaciones de la UABC.

El 27 de febrero de 1975, después de varios años de tener mi consultorio en la av. Madero 460, me cambio a la avenida Reforma 1022, donde trabajo actualmente. Se sitúa en la planta baja del edificio que recién desocuparon los médicos Dr. Ramón Paz R., cardiólogo; Humberto Torres Sanginés, ortopedista, y el Dr. Rafael Luque Félix, radiólogo. Nuevamente soy vecino de otro compañero médico, el Dr. Germán García Zepeda, urólogo. Mis recepcionistas muy eficientes, Margarita Enciso, Karime Cárdenas y actualmente Cintia Celió.

El 26 de junio de 1975 los alumnos de la generación 1972–1975, que egresan de la escuela Secundaria “18 de Marzo”, me confieren el honor de nombrarme padrino de su generación, honor que agradecí cumplidamente. La ceremonia se realizó en el cine Variedades, junto con la clausura de cursos.

En 1980, mi jefe, el Dr. Rolando Dipp Varela, director de la Clínica núm. 1, me invita a ocupar un cargo de confianza en la Jefatura Delegacional de Servicios Médicos del IMSS, al frente de la que se encuentra el Dr. Arias Elenes. Después de la entrevista y un curso de inducción, me designan supervisor delegacional del IMSS para el Programa de Odontología en Baja California y San Luis Río Colorado, Sonora. En ese tiempo, coincidentemente, el rector de la UABC, Arq. Rubén Castro Bojórquez, me participa que le interesa proponerme como candidato para ocupar la dirección de la Escuela de Odontología, pero después de agradecer su intención, tuve que declinar debido al compromiso contraído con el IMSS.

Para cumplir con esta nueva tarea, gestioné ante el Sindicato de Trabajadores del IMSS, el permiso necesario para ocupar un cargo de confianza dentro de la institución y tuve que trasladarme a la ciudad de México para recibir un curso de inducción al puesto en las oficinas centrales del IMSS.

Grato reencuentro en la nueva actividad; uno de los supervisores es mi ex alumno de la

preparatoria Salvatierra, ahora plenamente realizado, el Dr. Feliciano Linares Obeso, ginecólogo encargado del programa de planificación familiar.

Dije un grato reencuentro con el Dr. Feliciano Linares, sin embargo, no olvido el recibimiento frente al reloj marcador, donde me colmó de atenciones, orientaciones y recomendaciones por doquier: “¡Hola maestro! ¿cómo está Ud.?” “maestro, qué bien que está con nosotros”, “maestro mis respetos, permítame indicarle dónde marcamos nosotros”. “Mire maestro, aquí es”, y me señala una fila del tarjetero. “Gracias, muy amable”, le contesto, “hasta mañana”. Al día siguiente ya no hubo: “maestro por aquí, ni maestro por allá”; nos encontramos frente al reloj y me saluda cortésmente pero como de rutina, sin atenciones, ni recomendaciones, ni orientaciones. Pero al tercer día, me saluda con su franca sonrisa, diciéndome: “Oye ca... buenos días. Ya sabes ca... dónde checar tu tarjeta”. Bueno pues, se rompió el turrón abruptamente y todo vuelve a la normalidad de una estrecha amistad. Muertos de risa nos encaminamos a las oficinas para la reunión con el jefe.

El Dr. Rogelio Fermán se encuentra al frente del programa de medicina preventiva con el apoyo de la enfermera Obdulia Flores. Los Dres. Gilberto Morgan y Carlos Tapia encabezan el programa de medicina familiar. En el marco de mi nueva tarea, también me involucro en los programas de la

jefatura de medicina preventiva en el ámbito de odontología y con el apoyo de la delegación se logran crear diez nuevos consultorios dentales atendidos por pasantes de odontología en servicio social. Implantamos el nuevo programa nacional de odontología entre los odontólogos de base. Se establecen bases e información sobre la enfermedad del SIDA y se desarrolla el uso de nuevos equipos y materiales desechables entre los odontólogos.

Mi labor en el IMSS, es fructífera porque constantemente hay nuevas enseñanzas y experiencias en el trabajo cotidiano. Los programas del instituto que más me llaman la atención, son los de medicina preventiva y de enseñanza. En junio de 1988, después de una satisfactoria etapa, me jubilo del IMSS por años de servicio.

Durante la década de los años ochenta, tengo la oportunidad de conocer lugares interesantes de nuestro estado con mis amigos Charles B. Williams, Raúl López y Eliud Gil Samaniego, que son conocedores de caminos y rutas. Realizamos varias excursiones fotográficas que me permiten conocer tres de las cuatro únicas misiones jesuitas asentadas en Baja California. La misión de San Borja, fundada en 1762 por el padre Wenceslao Link, cerca de Bahía de los Ángeles; Calamajué, fundada en 1776 por los padres Victoriano Arnés y Juan José Díez (de la cual solamente existen las huellas) al sur de San Luis Gonzaga, y Santa María, fundada en 1778 por el padre Victoriano Arnés, al este de Cataviña. Me

falta visitar la de Santa Gertrudis, fundada en el año de 1752 por el padre Jorge Retz, cerca del Paralelo 28.

Lo que me gusta de Mexicali, es el frecuente encuentro con ex alumnos que desempeñan diversas actividades y que con esa franqueza norteha, me saludan con afecto o me auxilian cuando es necesario. En junio de 1992, la generaci3n 64-67 de ex alumnos de la Secundaria 18, me invita para que sea el padrino de su xxv aniversario, por lo que me otorgan un testimonio de gratitud.

En agosto de 1998, el C. P. Vctor Beltr3n Corona, rector de la UABC y el Dr. Oscar Lara Betancourt, director de la Facultad de Odontolog3a, me invitan a formar parte de la planta de maestros impartiendo la clase de fotograf3a cl3nica a los alumnos del cuarto semestre.

La Escuela de Odontolog3a de la UABC, se funda el 1 de noviembre de 1976 y la ceremonia tiene lugar en el aula magna de la Escuela de Medicina, con la presencia del rector de la Universidad Aut3noma de Baja California, Lic. Rigoberto C3rdenas V. y el gobernador del estado, Lic. Milton Castellanos Everardo. El primer director es el Dr. Jorge Ochoa Cervantes y la integran diez maestros y 125 alumnos, recibiendo el completo apoyo de la Escuela de Medicina. En 1991 se transforma en facultad.

La carrera comprende nueve semestres, en tres etapas y cuenta con una planta de 84

maestros. El director, Dr. Oscar Lara Betancourt, el Dr. Jesús Alfonso Velez Gutiérrez y la Dra. Yolanda Bojórquez Anaya, subdirectores administrativo y académico respectivamente, son valiosos e institucionales funcionarios que a la fecha realizan un segundo periodo consecutivo al frente de sus delicadas responsabilidades. Angelita, Lolita y doña Rebeca, constituyen el eficaz apoyo administrativo de la dirección.

Mi regreso a la docencia en la facultad constituye un grato reencuentro con varios de mis exalumnos de la escuela Secundaria 18. Ellos, ahora realizados plenamente, forman parte de la planta de maestros con especialidad y/o maestría.

En el ámbito de la fotografía, ocurren algunos eventos como el de Arturo Esquivias Ojeda, quien me participa que el Instituto de Cultura de Baja California va a presentar su libro *Esquivias. El Paisaje del Tiempo* y me pide que yo sea quien haga la presentación. Acepto la honrosa comisión que tiene lugar en noviembre de 1996, en el auditorio de la Casa de la Cultura, con la asistencia del gobernador del estado, Lic. Héctor Terán Terán.

A petición mía y con motivo del xxx aniversario de Imágenes, el Dr. Víctor Landa Rico, profesor de la Facultad de Medicina y miembro del grupo, presenta y comenta mi libro *Historia del Grupo Imágenes* en el auditorio del Museo Universitario, en junio de 1999. Ésta es su última actividad oficial, antes de su sentido fallecimiento.

THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA AT BERKELEY
DEPARTMENT OF ELECTRICAL ENGINEERING AND COMPUTER SCIENCE
221 DOWDY DRIVE, BERKELEY, CALIFORNIA 94720-1770
TEL: (415) 842-2600 FAX: (415) 842-2601
WWW: WWW.EECS.BERKELEY.EDU
© 1998 UNIVERSITY OF CALIFORNIA AT BERKELEY

ESTA PUBLICACION SE TERMINO DE
IMPRIMIR EN MARZO DE 2005 EN LOS
TALLERES DE IMPRESORA SAN ANDRES,
S.A. DE C.V. RIO MOCORITO Y VAZCO
DE QUIROGA NO. 801, COL. PRO-HOGAR,
MEXICALI, B.C.
LA EDICION ESTUVO AL CUIDADO DEL
CENTRO DE ESTUDIOS Y CULTURALES
MUSEO
EL TIRAJE CONSTA DE 1000 EJEMPLARES

Títulos de la serie

1 Mexicali en tu voz

Aidé Grijalva / Martha Lilia Mancilla Villa
Yolanda Sánchez Ogás / Austreberto Silva Olivares

Los valiosos testimonios que conforman este volumen fueron galardonados en el concurso de historia oral Mexicali en tu voz, convocado por el CEC-Museo UABC. Representan, en su conjunto, un emotivo y ameno ejercicio de memoria de quienes han sido testigos privilegiados de la evolución de nuestra ciudad.

2 Mexicali ayer, Mexicali hoy

Entre la memoria, el centenario y la reflexión

Odette Barajas / Aarón Bernal
Sergio A. Búrquez / Alfredo Dipp / Colilá Eguía
Leticia Figueroa / Alberto Gárate
Katerly Mónica García / Aidé Grijalva
Sergio Haro / Carlos Leal / Gemma López
Jesús López Toledo / Hugo Méndez
Luz María Ortega / Óscar Sánchez
María Isabel Verdugo / Alfonso Vidales
Everardo Garduño / Susana Phelts Ramos
(coordinadores)

Esta obra reúne una atractiva colección de ensayos presentados en el Coloquio Mexicali ayer, Mexicali hoy... a cien años, organizado por el Centro de Estudios Culturales-Museo de la Universidad Autónoma de Baja California, el Archivo Histórico del Estado y el Patronato del Centenario de Mexicali, en el marco de la celebración de los cien años de nuestra ciudad.

3 Actitud hacia la lengua

Jitka Čiháková

El presente libro es resultado de una investigación realizada en Tijuana, Baja California, sobre las actitudes de la población hacia las lenguas indígenas, el español y el inglés, en un contexto determinado por sus complejas interrelaciones económicas y socioculturales.

Títulos de la serie

1 Mexicali en tu voz

Aidé Grijalva / Martha Lilia Mancilla Villa
Yolanda Sánchez Ogás / Austreberto Silva Olivares

Los valiosos testimonios que conforman este volumen fueron galardonados en el concurso de historia oral *Mexicali en tu voz*, convocado por el CEC-Museo UABC. Representan, en su conjunto, un emotivo y ameno ejercicio de memoria de quienes han sido testigos privilegiados de la evolución de nuestra ciudad.

2 Mexicali ayer, Mexicali hoy

Entre la memoria, el centenario y la reflexión

Odette Barajas / Aarón Bernal
Sergio A. Búrquez / Alfredo Dipp / Colilá Eguía
Leticia Figueroa / Alberto Gárate
Katerý Mónica García / Aidé Grijalva
Sergio Haro / Carlos Leal / Gemma López
Jesús López Toledo / Hugo Méndez
Luz María Ortega / Óscar Sánchez
María Isabel Verdugo / Alfonso Vidales
Everardo Garduño / Susana Phelts Ramos
(coordinadores)

Esta obra reúne una atractiva colección de ensayos presentados en el Coloquio *Mexicali ayer, Mexicali hoy...* a cien años, organizado por el Centro de Estudios Culturales-Museo de la Universidad Autónoma de Baja California, el Archivo Histórico del Estado y el Patronato Centenario de Mexicali, en el marco de la celebración de los cien años de nuestra ciudad.

3 Actitud hacia la lengua

Jitka Chová

El presente libro es resultado de una investigación realizada en Tijuana, Baja California, sobre las actitudes de la población hacia las lenguas indígenas, el español y el inglés, en un contexto fronterizo determinado por sus complejas interrelaciones económicas y socioculturales.